miscelánea

EL LIBRO DE LAS DESPEDIDAS

ANNE WIAZEMSKY

Ganadora del *Prix de l'Académie française*

• TRADUCCIÓN DE ANA HERRERA •

contenido

YALTA
MOSCÚ
YALTA

UN LIBRO DIGITAL
ES UN LIBRO INMORTAL
D.L

Para Henri de Maublanc

YALTA

Diario de Tatiana

10 de abril de 1919

Mañana nos vamos de Rusia en un barco inglés. Esta partida me oprime el corazón. ¿Qué será de todos nosotros? Los adultos ponen buena cara, a pesar de su tristeza. Salvo la tía Xénia, que no oculta su alivio (hace casi dos años que quiere abandonar Rusia con sus hijos. Recuerdo que antes nadie la tomaba en serio). La tía Olga, como de costumbre, lo supervisa todo, incluido el contenido de mi equipaje. Si no fuera la madre de mi querida Daphné, yo me atrevería a decir que me exaspera. Mi hermana Nathalie está ahora no sé dónde con Bichette, que huye hacia el Cáucaso. Estos últimos días, Nathalie parecía más distante que de costumbre. Había puesto otra vez lo que llamamos entre nosotros su «cara de piedra». ¡Me gustaría tanto que mi hermana fuese feliz de nuevo! ¿Qué le reservará su nueva vida? ¿Y la mía? Dentro de dos días cumpliré los trece años. ¿Se celebran los cumpleaños en los barcos ingleses?

Carta de Nathalie Belgorodsky a sus padres

10 de abril de 1919

Querida mamá, querido papá:

Os escribo estas palabras la víspera de la partida, con la esperanza un poco absurda de que os lleguen. Pero querría que supierais hasta qué punto mis últimos pensamientos en Rusia son para vosotros, para mis hermanas y mi hermanito pequeño. Seguir a mi familia política al exilio me parece la elección menos dolorosa, ya que no me decido a separarme de aquellos que mejor conocieron a mi adorado Adichka. También sería muy cruel para mi suegra: me necesita, igual que yo la necesito a ella. Gracias por haberlo comprendido tan bien y por confiarme la custodia de Tatiana, tan viva y encantadora, y que tanto se te parece, mamá. Que Dios os proteja y nos reúna a todos un día, pronto. Tatiana y yo os enviamos todo nuestro amor.

NATHALIE

Carta de Olga Voronsky a Léonid Voronsky

10 de abril de 1919

Mi querido esposo, mi Léonid:

Si algunas de mis cartas te llegan y algunas de las tuyas han sabido encontrarme en Yalta, me atrevo a esperar que ésta también lo haga. Se la confío al primo de nuestros vecinos, que cuenta con llegar a Lituania, donde tú te encuentras, por medios azarosos. Pues bien, lo que temíamos todos desde hace algunos días ha llegado ya, partimos mañana, bajo la protección de la flota inglesa, hacia Constantinopla, ya que, como preveíamos desde principios de mes, los rojos están a las puertas. El comandante de la flota inglesa fue el que previno a la emperatriz viuda de la inminencia de su llegada, y puso a su disposición y a la de su familia un crucero. Pero con la grandeza de alma y el valor que la caracterizan, ha exigido que la protección británica se extienda a todos los rusos candidatos al exilio, más de un millar de personas, se dice. Hemos tenido cuarenta y ocho horas para preparar el equipaje: no más de dos baúles por familia, como exige el reglamento draconiano de la flota inglesa. Seremos muchos los que partiremos mañana. Aunque el grueso del embarque tendrá lugar en Yalta, nosotros embarcaremos en el pequeño puertecito que el bisabuelo de Xénia hizo construir a dos kilómetros del palacio de Baïtovo. Espero que estemos más seguros allí que en Yalta, o en las carreteras. ¡La situación política se ha invertido en muy poco tiempo! No lo habría creído posible hace solamente un mes, ni a unas cuantas horas de la partida siquiera, ¡todavía no me lo creo!

Pero escribirte me ayuda mucho. Me siento un poco más valiente, con más fe en el porvenir, y quiero creer con todas mis fuerzas que pronto nos reuniremos, y que volveremos a nuestra casa, en Rusia. Si la partida de mañana no me rompe el corazón es porque pienso, creo, que los nuestros acabarán por ganar, mucho más rápido de lo que nos podemos imaginar. Que Dios te proteja y te traiga rápido a nuestro lado, mi amadísimo, mi querido Léonid.

P. S.: Daphné se ha repuesto completamente de la terrible gripe española. Nuestros niños están llenos de salud y alegría de vivir. Se unen a mí, a mamá y a los demás miembros de la familia y te abrazamos todos muy fuerte.

Dos muchachas estaban de pie ante la puerta-ventana y contemplaban en silencio el paisaje anegado de lluvia, el mar, la línea del horizonte, que se volvía imprecisa. Distinguían mal las terrazas, los cipreses, la gran escalinata que bajaba hasta la playa, y los seis leones de mármol blanco que la encuadraban. Sólo las palmeras en sus macetas, en primer plano, y una pelota infantil olvidada destacaban con toda precisión. Ningún sonido llegaba hasta el salón chino de la planta baja, donde ellas se encontraban. Como si los numerosos ocupantes de la gran mansión hubieran decidido misteriosamente callarse al mismo tiempo. Pero en el vestíbulo de gala estaban amontonados sus equipajes, testimonio del trajín que había tenido lugar allí a lo largo de todo el día.

Las dos jóvenes estaban juntas por última vez. Al día siguiente, una partiría quizá para siempre de Rusia; la otra huiría hacia el Cáucaso. Emocionadas por igual, intentaban permanecer calmadas, disimular su turbación, su pesar. Y eso las ponía rígidas, torpes, y cuando una, al retroceder, le dio un golpe a un libro, fue como un alivio. Casi al mismo tiempo resonaron gritos y risas, ruidos de carreras fuera, en la grava. Se oyeron tres portazos procedentes de algún lugar de la planta baja, y voces agudas e infantiles se mezclaron con la reprimenda de otra voz, inglesa y femenina: «*Children, don't run, don't scream!*».

–A miss Lucy le va a costar mucho conseguir que se acuesten...

–Sin embargo, los había llevado a dar una larga caminata para cansarlos...

–Pero la perspectiva de viajar los excita...

A través de los niños, las dos jóvenes abordaban al fin el porqué de su encuentro, esa partida hacia el exilio evocada tan a menudo aquellas últimas semanas y que ahora, demasiado emocionadas, no osaban ni nombrar.

Bichette Lovsky era de estatura mediana, redonda, con el pelo rubio y espeso unido en una sola trenza que bajaba a lo largo de la espalda hasta la cintura y que le daba, con veinticinco años, un aire de colegiala.

Nathalie Belgorodsky, de veintidós años, era más alta y más delgada, con el cabello castaño corto. Desde la muerte de su marido Adichka, asesinado por unos soldados amotinados, el 15 de agosto de 1917, un sufrimiento difuso emborronaba su rostro y su mirada,

antes alegre y enérgica.

–Nathalie, hoy querría decirte...

–No, no digas nada... Ya lo sé.

Había conocido a Bichette tres años antes, al casarse con Adichka Belgorodsky. Bichette, por su parte, acababa de contraer matrimonio con Nicolás Lovsky.

Adichka y Nicolás se conocían desde la infancia, y sus tierras, que ambos habían heredado tras la muerte de sus respectivos padres, estaban muy próximas. Entre las dos jóvenes parejas se establecieron unas relaciones de vecindad, frecuentes y agradables. En 1916, la vida en el campo, en aquella parte de la Rusia central, parecía aún al abrigo de aquellos problemas y motines que ya desorganizaban las grandes ciudades. Sucedió todo lo contrario a partir de la primavera de 1917, hasta el asesinato de Adichka, el 15 de agosto. El día 13, una multitud invadió la propiedad de los Belgorodsky. Dirigida por agitadores ajenos a la región, aquella gente, hasta entonces pacífica, exigió el arresto y el juicio inmediato de los amos. Maltratados y encarcelados después, Nathalie y Adichka asistieron impotentes al desencadenamiento del odio y la violencia. Unos campesinos que siempre les habían sido fieles quisieron salvarlos. Para ello necesitaban armas y caballos, y fueron a pedir ayuda a Nicolás Lovsky. Pero éste juzgó la empresa demasiado arriesgada: «Nos cogerán a todos y nos matarán», dijo, como se recogió en un informe policial del cual tuvo noticia Nathalie un mes después. Al negarse a actuar, había creído sinceramente que protegía a su mujer, a sus amigos y a sus aliados campesinos. ¿Quién podía prever entonces que, unas horas más tarde, unos soldados amotinados, venidos de no se sabía dónde, asesinarían a Adichka? ¿Quién podría vaticinar el saqueo de otras grandes propiedades de la región, o el linchamiento de los terratenientes que no consiguieron huir a tiempo? Adichka Belgorodsky había sido el primero en morir, víctima inocente donde las había, de lo que la víspera, incrédulo, él mismo llamaba «la locura de los hombres».

Bichette lloraba junto a la chimenea, sin contenerse, sin decir una sola palabra, a la manera de una niña castigada injustamente. Nathalie, irritada, se volvió y entreabrió la puerta-ventana que daba a la terraza. Fuera, la lluvia había cesado y la bruma se disipaba lentamente. Pero el viento del nordeste y el cielo obstinadamente gris no hacían presagiar ninguna mejora. Hacía cuarenta y ocho horas que el tiempo era la principal preocupación. El embarque de la colonia rusa a bordo de los navíos de la flota inglesa requería una organización compleja que habría facilitado mucho una mar en

calma. «¡Vamos hacia una auténtica tormenta!», pensaba Nathalie. Pero la indiferencia, ese sentimiento que ella conocía tan bien, puso fin a sus aprensiones. Poco le importaban a partir de entonces las dificultades del viaje, su destino y, en general, lo que fuera después de su vida.

A su espalda, Bichette seguía llorando. Nathalie se apartó de la puerta-ventana y se enfrentó a ella.

–Nicolás y tú no tenéis nada que reprocharos –dijo, con tono neutro–: para todos nosotros, para mí, para su familia, Adichka era invulnerable. Vosotros no tenéis ninguna culpa de su muerte.

Y para indicar que el tema estaba cerrado añadió:

–¿Tienes noticias de Nicolás?

–Nada desde hace diez días.

Nicolás, su marido, se había unido al ejército de voluntarios en el curso del año 1918. En la actualidad combatía a las órdenes del general Denikin en el Cáucaso, donde los bolcheviques se esforzaban por implantar su poder. En Ucrania, como en Crimea, la situación se había invertido, y los vencedores de ayer, perdiendo terreno, hombres y pertrechos, parecían encontrarse en una situación bastante mala.

Si Bichette se negaba a enfrentarse a la futura derrota del Ejército blanco, Nathalie la intuía. La muerte espantosa de Adichka había despertado en ella un instinto animal. Antes que los demás, presentía de dónde venía el peligro, percibía los inicios de las alianzas invertidas, las modificaciones más pequeñas en el comportamiento de una población hasta entonces bastante indiferente. Así fue como pronto la alertó la reagrupación de individuos armados, que desde hacía algunos días patrullaban por la ciudad, en las playas y los alrededores de las villas y las grandes propiedades. Por su nueva arrogancia y por los lemas revolucionarios que se oían por aquí y por allá, había adivinado el avance de los rojos y su probable victoria.

–Ven con nosotros mañana –dijo bruscamente Nathalie.

Esa petición repentina la sorprendió a ella misma, tanto como a Bichette.

–Ven con nosotros –repitió, con firmeza–. Puedo entender tu deseo de ir al Cáucaso. Pero contrariamente a ti, no creo que éste permanezca mucho tiempo bajo el control del Ejército blanco. Allí también acabarán por ganar los rojos.

Bichette había dejado de llorar. Las lágrimas mojaban aún su rostro y la parte superior de su blusa. Lentamente, sacó un pañuelo de entre los pliegues de su falda y se secó las mejillas y la nariz. Sus ojos hinchados contemplaban a Nathalie, que esperaba, nerviosa de

pronto, una respuesta a su proposición. En un cuarto del primer piso alguien había vuelto a montar el gramófono para poner el disco de la cantante Vialtzeva. Pero después de las primeras notas, la música se detuvo. «No son horas de melodías zíngaras», pensó Nathalie.

–Es curioso que seas tú quien me proponga eso –dijo al fin Bichette.

Y como Nathalie se apresuraba a reanudar su argumentación, ella la detuvo, con un gesto imperioso de la mano.

–Calla, Nathalie, calla. ¿Cómo quieres que me vaya, sabiendo que Nicolás está en pleno combate? ¿He de dejarlo atrás, cuando ni siquiera sé dónde está, y mi única oportunidad de encontrarlo es dirigirme hacia el Cáucaso? ¿Cómo te permites decirme que los bolcheviques ganarán?

Una brusca energía la animaba. Iba andando a un lado y a otro sin apartar los ojos de su amiga.

–Recuerda junio de 1917. Tenía miedo de los motines, de esa odiosa violencia que iba apoderándose de nuestros campos, quería ir a refugiarme a Petrogrado contigo, dejar a nuestros maridos que defendieran nuestras propiedades. Pero tú te negaste a abandonar a Adichka. Te quedaste con él hasta el final, e hiciste bien. Fuiste tú quien me enseñó cómo debía comportarme.

La precisión de aquel recuerdo común provocó en el rostro de Nathalie una crispación dolorosa que Bichette notó y que le hizo bajar el tono.

–Perdona que te recuerde las primeras palabras que pronunciaste tú misma, unas horas después de la muerte de Adichka, cuando Nicolás y yo intentábamos que tomases un tren hacia Moscú. No decías nada, tenías la cara de piedra. Y de golpe, se te escapó algo que quedó grabado a fuego en mi memoria. Dijiste: «Nunca tendré un hijo de Adichka». Pues bien, yo quiero un hijo de Nicolás. Perdí un bebé de tres meses el verano pasado, por mi estúpida imprudencia... Pero sé que me quedaré embarazada otra vez. Lo sé porque lo deseo. Oh, Nathalie, ¿qué otra cosa podemos hacer, más que creer y esperar?

Le abrió los brazos y Nathalie se precipitó hacia ella. Las dos jóvenes permanecieron largo tiempo abrazadas, al borde de las lágrimas, al borde de la risa, repitiendo muchas veces:

–Sí, ¿qué otra cosa podemos hacer?

En sus habitaciones del primer piso, Xénia Belgorodsky, con la nariz pegada al cristal, contemplaba el diluvio que se abatía sobre la propiedad y sobre el mar. Pero al contrario que su cuñada Nathalie, ella conocía de memoria aquel paisaje que había sido el de su infancia, y después el de su adolescencia, hasta su matrimonio con Micha Belgorodsky. Todos sus veranos habían transcurrido allí, en el palacio de Baïtovo, en Crimea. Si apreciaba la arquitectura excéntrica del palacio, medio moruna medio Tudor, amaba por encima de todo las terrazas y los jardines, la vegetación lujuriosa que expandía los perfumes más raros, la gran escalinata que descendía hasta la playa, los seis leones de mármol blanco que la enmarcaban, todos distintos, y de los cuales podía describir con los ojos cerrados la posición y la expresión. El silencio en la habitación contigua donde dormían sus hijos le procuraba un poco de bienestar. Antes de acostarlos había jugado con ellos, después había verificado el contenido de su pequeña maleta, sacando de aquí un animal de peluche, de allá un libro escolar, y volviendo a meterlos enseguida. Se había esforzado por parecer jovial y serena, lo que estaba muy lejos de ser cierto. La partida del día siguiente, aunque muy deseada, comportaba muchísimos riesgos e imprevistos. ¿Llegarían algún día al objetivo de su viaje, a ese Londres mítico donde se encontraba ya una parte de su familia materna? ¿Y al cabo de cuánto tiempo? Las autoridades inglesas hablaban de hacerlos pasar por Constantinopla, y después por Malta...

Para distraer a sus hijos, ella había inventado el relato de una travesía a la vez aventurera y cómica, de unos marineros que serían compañeros de juegos, de escalas. Los niños, encantados, habían olvidado la tensión de los últimos días, el desorden ocasionado por la preparación rápida de los equipajes, las despedidas desgarradoras de sus animales domésticos, perros, gatos, conejitos y ponis, que una cuarentena draconiana prohibía llevar a bordo. Xénia pensaba sin cesar en sus dos cockers favoritos, compañeros de las horas más tristes, que había que dejar en Baïtovo. Para ella, el amor a los animales y a los niños era todo uno. Incluso había pensado en transgredir el reglamento haciendo subir clandestinamente a bordo a sus dos cockers... Puesta al corriente de este proyecto, su cuñada Olga se había indignado: los ingleses eran sus salvadores, había que respetar sus leyes. Olga tenía razón, siempre tenía razón, y Xénia fue

sola a despedirse de sus cockers. En la perrera derramó torrentes de lágrimas, los estrechó entre sus brazos, les habló y lloró más aún a cada lengüetazo, a cada ladrido.

Cuando sus niños se fueron a dormir, Xénia no supo ya en qué ocuparse. Su baúl y el de Micha, su marido, estaban ya preparados, y ella había cosido en los dobladillos de sus vestidos las joyas que le quedaban, y había embalado con mil precauciones su colección de animalitos de porcelana, de la que se había negado a separarse.

Al cabo de una hora se serviría una cena en la galería grande donde su familia, desde hacía generaciones, solía comer. Una última cena que reuniría a los ocupantes de la casa, amos y criados. Después llegaría la noche, la larga espera. Por aquel entonces Xénia ya tenía prisa por partir, por abandonar aquella propiedad que tanto amaba. Baïtovo, desde hacía dos años, había sido un lugar seguro, un oasis de paz en una Crimea hasta entonces respetada por la guerra civil. Baïtovo había albergado a su familia, la de sus amigos, a los amigos de paso y a aquellos que, no sabiendo adónde ir, se habían quedado allí. Pero el avance inexorable de los rojos exigía una evacuación inmediata, la huida, el exilio. Lo que sería después de Baïtovo, Xénia no quería ni imaginarlo. Aquel 10 de abril de 1919 sólo contaba una cosa: poner a sus hijos a salvo. Poco le importaba dónde ni en qué país; poco le importaba abandonar su casa, sus bienes. Una vez que sus hijos estuvieran fuera de peligro, ella tendría todas las fuerzas del mundo para empezar en otro lugar una nueva vida; para recrear, en torno a su familia, un poco de aquella Rusia que, como buena patriota, adoraba desde lo más profundo de su corazón.

La puerta-ventana mal cerrada se abría empujada por el viento. Un aire salobre se introdujo en la habitación. Fuera había parado de llover. Xénia salió entonces al balcón, ávida de respirar por última vez los olores y perfumes de su infancia, de tener un último contacto íntimo con su propiedad. Contempló el balanceo desordenado de las palmeras, el mar en la parte baja de la escalinata, sombrío, agitado, cuya fuerte brisa llegaba hasta ella. Después, la sombra de la montaña invadió la casa y las terrazas, y llegó la noche. Una noche fría y húmeda que no parecía en absoluto una noche de primavera. De repente, Xénia deseó volver con su marido, regresar al calor de sus brazos, a su risa. ¿Dónde estaría Micha?

Como de costumbre, él no le había confiado nada de sus idas y venidas: Micha actuaba a su aire, según le apetecía en cada momento, sin informar a nadie de dónde se encontraba ni de cuándo volvería. Pero su ternura y su alegría, el amor que le manifestaba cuando estaba presente, hacían que Xénia le acogiera siempre con

ilusión. Consultó el pequeño reloj suizo que llevaba en la muñeca y concluyó que tal vez se encontrara en la perrera o en los establos. Para él también suponía un desgarro abandonar Crimea y dejar tras de sí a sus perros y sus caballos.

Poniéndose el chal ante el espejo, notó un sobresalto de incomprensión. ¿Era ella aquella desconocida? Examinó largamente su rostro demacrado, sus ojos claros, rodeados de malva, en los que no reconocía aquella expresión inquieta, los largos cabellos color caoba recogidos a la buena de Dios, su descuidada vestimenta. ¿Cuánto tiempo hacía que duraba aquella dejadez? Habría sido incapaz de asegurarlo. Pero de pronto recordó algunas observaciones de su marido. Nada del otro mundo, nada por lo que enfadarse. No, simplemente, algunas alusiones a la fresca jovencita con la que se había casado seis años antes. Para entretenerse, sacó del bolso el cuaderno donde había adquirido la costumbre de anotar determinados hechos cotidianos. Una costumbre que se inició en otoño de 1917 y que rápidamente se convirtió en una necesidad.

«Que subsistan al menos algunos rastros de lo que estamos viviendo», pensaba, de manera vaga. Su modestia le impedía pensar que su diario, un día, podría interesar a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Olga Voronsky, sentada ante su secreter, cerró el último sobre de una correspondencia importante. El destino de aquellas cartas era de lo más aventurado, pero prefería apostar a que algunas de ellas llegarían a su destinatario. En el mejor de los casos tardarían semanas, o meses: en la Rusia de 1919, desgarrada por la guerra civil, el servicio de correos no existía casi en absoluto. Pero la víspera de aquella gran partida, Olga tenía la necesidad de escribir una vez más a sus allegados, parientes y amigos. No se trataba de decirles adiós, sino todo lo contrario. Olga insistía en afirmar hasta qué punto creía, en un plazo más o menos largo, en la derrota de los bolcheviques, en el regreso de las familias rusas que se disponían a partir al exilio. Que un mundo, el suyo, estuviese a punto de desaparecer en provecho de otro era algo que desgraciadamente no podía hacer otra cosa que constatar. Pero tenía la convicción de que aquello no duraría, de que el orden y la razón acabarían por imponerse. Entonces sería el momento de volver, de enterrar a los muertos y de reconstruir las propiedades. Según ella, la historia de Rusia, desde siempre, había ido en ese sentido.

La muerte de su hermano Igor, a raíz de los motines del mes de marzo de 1917 en Petrogrado, y después el asesinato de Adichka, su otro hermano, el mayor, el jefe de la familia, no hacían sino alimentar esa creencia. «No pueden haber muerto para nada», pensaba. Recordaba su compromiso patriótico, su voluntad de mejorar el nivel de vida de los campesinos y de los obreros; las opiniones liberales de Adichka, de las cuales siempre había desconfiado, y que siempre había intentado combatir, en vano. Adichka Belgorodsky creía en el advenimiento de una Rusia mejor, pacífica y democrática. Obró en ese sentido y fueron los mismos por los que había luchado los que le asesinaron. «Sí, que Igor y él no hayan muerto en vano», se repetía.

Valerosa y enérgica, Olga se negaba a dejarse llevar por el abatimiento y el dolor. Desde hacía dos años, cada día aportaba su cuota de malas noticias. Los muertos se unían a los muertos, se acababa un duelo para comenzar otro. Ella rogaba por la protección de los suyos, de parientes, amigos, pero sobre todo de Léonid, su esposo, y de Micha, el único hermano que le quedaba, el más joven, el más imprudente, y se preguntaba justamente dónde se encontraría entonces, qué estaría haciendo.

La oscuridad invadía la habitación. Olga encendió todas las lámparas. La llegada de la noche provocaba a menudo en ella una vaga aprensión, que disipaba mediante un exceso de actividad.

–¿Dónde está Micha? –dijo en voz alta, exasperada al ver que él escapaba siempre a su control, a la discreta vigilancia que intentaba ejercer sobre su hermano.

Temía que hubiese acudido a Yalta a unirse a algunos amigos nuevos, a los que ella ni siquiera conocía, y que le retenían a veces hasta tarde, por la noche. Se sabía ya entonces que la única ruta costera era poco segura, desde que se formaron bandas armadas.

Para atajar su inquietud, Olga decidió acudir a la habitación de sus hijos, en el otro extremo del pasillo.

Ante la puerta entrevió una silueta oscura y encorvada. Era Maya, su madre, siempre de luto desde la muerte de sus dos hijos. Olga notó que se le encogía el corazón. Conocía la desesperación absoluta de su madre, los sollozos secos que la ahogaban cuando se creía a salvo de todas las miradas. Su valor, también. Su voluntad de no entristecer jamás la vida cotidiana de sus nietos. De ellos era de donde sacaba las fuerzas para vivir, día tras día, año tras año. Sin ellos, Olga estaba segura de que su madre se habría negado a seguirlos al exilio. Se habría quedado en Rusia, donde estaban enterrados su marido y sus dos hijos, indiferente a las incomodidades y al peligro. Pero afortunadamente estaban los hijos de Olga, de Igor y de Micha. En total, ocho pequeñas vidas ardientes que tenían prisa por crecer.

–Mamá –murmuró Olga.

La silueta oscura e inclinada se enderezó, procurando dar una imagen más agradable de sí misma. Pero Olga vio el rostro surcado por el dolor, los cabellos casi blancos, ahora. Tuvo deseos de tomarla entre sus brazos, de expresarle su amor, su infinito respeto. Pero hacer un alarde semejante de los sentimientos no estaba ni en su naturaleza ni en la de su madre. Las dos mujeres entraron silenciosamente en la habitación. Inmóviles en la oscuridad, oyeron, atentas, las cuatro respiraciones infantiles que salían más o menos regulares de las pequeñas camitas. Daphné, la mayor, tenía el sueño agitado y balbuceaba frases incomprensibles. Todo estaba tranquilo.

De nuevo en el pasillo, Olga creyó ver en el rostro de su madre cierto sosiego. Era inútil hacerle partícipe de sus temores respecto a la ausencia de Micha. «Estará aquí para cenar», se dijo. Desde la planta baja venían ruidos familiares. Eran los pocos criados que habían quedado al servicio de Xénia, que acababan de poner la mesa. Al cabo de poco rato cerrarían los postigos interiores y correrían las

cortinas dobles. Se trataba de no cambiar nada, de hacer creer que aquélla era una velada como las demás. «Y sin embargo, es un secreto a voces –pensaba Olga–. Nadie en la región ignora que nosotros también nos disponemos a partir.»

Sabía que a los numerosos simpatizantes bolcheviques se habían unido oportunistas de última hora, siempre del lado del más fuerte. Los primeros estaban animados por una necesidad feroz de revancha sobre aquellos a quienes llamaban con desprecio «los del antiguo régimen», y los otros los seguirían, harían lo que les dijeran. Ya imaginaba los saqueos, los asesinatos, las masacres que acompañarían a cada derrocamiento de poder. Los rojos estaban a las puertas; al día siguiente, al otro como muy tarde, serían los amos de Crimea. Era cuestión de horas. «Están ustedes bajo la protección de la flota inglesa», le habían dicho a la comunidad rusa, deseosa de huir. Pero ¿por cuánto tiempo?

El final del día sorprendió a Micha Belgorodsky en la perrera. Los ocho perros pertenecían a la familia de su mujer, pero él los consideraba suyos y les tenía un intenso afecto. Abandonarlos era como un desgarro, como un dolor más. Un galgo ruso negro de cinco años era su preferido. Le recordaba al suyo, aquel al que llamaba «mi adorado», y que unos hombres que se habían vuelto locos acabaron por echar vivo al incendio de su propiedad.

Gracias a su naturaleza alegre y optimista, Micha conseguía apartar de sí las imágenes de un pasado terrible, del cual no había sido testigo directo. Para él era un principio de supervivencia. No olvidaría jamás lo que le habían contado de la muerte de su hermano mayor y de la destrucción de su finca. Pero había decidido no conocer los detalles, no leer, por ejemplo, el informe policial que relataba el martirio de su hermano y del que Nathalie, su esposa, y su madre habían tenido conocimiento tras la investigación, y cuyo contenido se callaban. Tenía más dificultades con sus recuerdos de la guerra que, hasta el tratado de Brest-Litovsk, en marzo de 1918, había opuesto Rusia a Alemania y a Austria. No conseguía olvidar el horror de aquella guerra vivida cotidianamente durante cuatro años. Las imágenes de lo que él llamaba «la carnicería» le perseguían allá donde fuese y le despertaban por la noche. Revivía en sueños el infierno de las trincheras, los cuerpos muertos o atrozmente mutilados de sus compañeros, los súbitos motines durante los que los oficiales acababan despedazados por sus propios soldados.

Moscú y después la vida fácil de Crimea le habían servido de distracción, de escapatoria. Con una energía similar, se había ocupado del avituallamiento, de los pasaportes y de los salvoconductos; había organizado *picnics* en la playa, cazas de mariposas raras en las colinas, partidas de dados y de cartas en los garitos de Yalta, con compañeros de fortuna de los que no quería saber ni la nacionalidad ni las opiniones políticas...

Improvisar en cuarenta y ocho horas una partida hacia el exilio le había movilizado por completo. Estaba en todas partes a la vez, eficaz, ingenioso, con un buen humor inalterable. Ya era el jefe de la familia, había visto en menos de dos años cuadruplicarse sus responsabilidades, puesto que estimaba que debía proteger por igual a su madre, a su hermana y a su cuñada Nathalie. En total, cuatro adultos y ocho niños. «¡Es demasiado! ¡Es demasiado!», pensaba a

veces Micha. No podía evitar reprochar a sus hermanos difuntos haberle abandonado a él, el menor, el benjamín, a la cabeza de una tribu semejante.

El galgo lanzó un débil gemido, como para distraerlo de sus pensamientos. Micha se arrodilló en el suelo y el perro se sentó frente a él. Ambos se miraban a los ojos con el mismo amor. La mirada del perro estaba impregnada de una especie de sabiduría meditativa.

–Hermano perro... –murmuró Micha.

El perro levantó una pata y la colocó delicadamente sobre su hombro. En Rusia, cuando dos personas se separan y se dicen adiós, se quedan un momento en silencio de manera que sus pensamientos puedan unirse por última vez. Eso era lo que estaba pasando entonces entre Micha y su galgo favorito.

La campana que anunciaba la cena resonó tres veces. Micha cogió la pata del animal entre sus dedos y depositó en ella un beso. Pasó un minuto más antes de que se levantara y se alejara.

Pero después de cerrar la puerta alambrada de la perrera, se volvió. El galgo no se había movido, continuaba siguiéndole con su bella mirada, triste y meditabunda. Entonces Micha echó a correr en dirección al palacio. Ya no veía nada del jardín ni sus alamedas, ni siquiera la regadera olvidada, con la cual tropezó: la lluvia y sus propias lágrimas le cegaban.

Nadie esperaba que desde el amanecer se acumulase una muchedumbre tan numerosa en el puerto de Yalta. Rápidamente los accesos quedaron bloqueados por una multitud de hombres, mujeres y niños que llegaban de todas partes, algunos cargados de maletas, de cestas y de petates; otros con las manos vacías. En un primer momento, no se podían distinguir las familias candidatas oficialmente al exilio, únicas cuya presencia estaba justificada, de sus amigos y parientes que habían ido a acompañarlos, curiosos, mirones, provocadores encargados de sembrar el desorden... Un altavoz los instaba a vigilar bien sus equipajes y a no alejarse nunca de ellos. Se hablaba de robos y agresiones con cuchillos, de los últimos ajustes de cuentas entre los que partían y los que se quedaban.

Desde la víspera llovía sin parar. Varios coches y calesas procedentes de las villas y grandes fincas de la costa se habían hundido en el barro de los accesos a Yalta. Entonces había que bajar, encontrar alguna carreta para transportar los equipajes y hacer el resto del camino a pie. Detrás, otros coches y calesas se sucedían en un largo, interminable cortejo donde todos se esforzaban por permanecer tranquilos, dominar su impaciencia y su miedo. La consigna era no responder a ninguna provocación, sufrir sin replicar las injurias de una multitud hostil, concentrada a ambos lados de la carretera. Se habían improvisado numerosas barreras que no hacían más que contribuir a paralizar el avance de los fugitivos.

A Micha y a Xénia Belgorodsky, a su familia y amigos, las dificultades al principio de aquella mañana les parecieron menores. Al evitar Yalta y elegir el pequeño puerto de San Andrés, construido por el bisabuelo de Xénia al mismo tiempo que su palacio de Baïtovo, pensaban evitar a una muchedumbre demasiado numerosa, y el eventual desbordamiento de una población a menudo agresiva. Pero no contaban con el viento, la lluvia y el mar embravecido.

El buque de guerra inglés encargado de transportar a los refugiados hasta Sebastopol, donde tendría lugar el embarque definitivo a bordo de otro buque con destino a Constantinopla, no podía acercarse a la costa. Se requisaron algunas embarcaciones, botes salvavidas y barcas de pesca. Entonces se organizó una evacuación con cuentagotas, lenta, complicada, que exigía a todos muchísima sangre fría y disciplina. Y todo ello entre los sarcasmos de

una parte de la población local, venida a asistir a lo que ellos llamaban «la ruina de los del antiguo régimen».

Maya y Xénia Belgorodsky, ayudadas por miss Lucy, la joven institutriz inglesa, tenían a su cargo a los niños, y por tanto fueron las primeras en partir. El resto de su familia, mezclada con decenas de familias más, siguió con espanto el difícil avance del bote encargado de ir y venir entre tierra y el buque. ¿Cuándo volverían a reunirse de nuevo? Nadie habría sabido decirlo. Pero no había otra solución, así que había que resignarse. Algunos encontraron refugio entre unos habitantes del lugar, sensibles a su desamparo; otros se quedaron para hacer guardia junto a los equipajes, reunidos bajo unas cubiertas de lona improvisadas destinadas a protegerlos de la lluvia.

Para Micha, la espera rápidamente se hizo intolerable. Incapaz de quedarse sin hacer nada, se le metió en la cabeza encontrar otras embarcaciones, dispuesto a pagarlas a buen precio. Algunas amistades recientes que había hecho con pescadores socialistas alimentaban esa esperanza. Escoltado por Olga, que desconfiaba de tales iniciativas, partió no sin haber prometido a Nathalie «que volvería al cabo de una hora con una solución».

Nathalie estaba sentada en una silla plegable, bajo un inmenso paraguas, junto a los equipajes. Su hermana Tatiana estaba apretada contra ella y temblaba de frío, de miedo y de contrariedad. A punto de cumplir los trece años, habría tenido que partir con Maya, Xénia, miss Lucy y los demás niños, pero en el momento de embarcar se agarró a su hermana gritando que nada ni nadie debía separarlas jamás. No era momento de discusiones, y otros niños ocuparon inmediatamente su lugar. Nathalie no hizo ningún comentario, y Tatiana no dio ninguna explicación. Pero la energía que desplegó para resistirse a las órdenes de los adultos la dejó rota. Se acurrucó junto a Nathalie, mendigando en silencio un mimo, una caricia, unas palabras tranquilizadoras. Nathalie tampoco reaccionó entonces. Había recuperado su rostro a la vez dolorido y ausente, que indicaba su indiferencia ante los demás, ante el mundo. Desde la muerte de su marido, Tatiana temía por la salud moral y física de su hermana mayor. «Se va a morir de pena», pensó entonces. Después, se las ingenió para cuidar de Nathalie siguiéndola a todas partes, abandonando a veces los juegos con los otros niños, consciente de lo que ella misma llamaba «el carácter sagrado de mi misión». Había transcurrido un año y medio desde la tragedia de agosto de 1917; Nathalie había sobrevivido y Tatiana sentía que el peligro se iba alejando. Ella había vuelto a los juegos infantiles con los otros niños.

Empezaba también a interesarse por los chicos un poco mayores, y a emocionarse con algunas de sus miradas. Desde que conoció a dos de ellos en concreto, consideraba de otra manera la guerra civil que abatía a tantos y tantos jóvenes, y la vida extraña que llevaba todo el mundo desde la toma de poder de los bolcheviques. Una vida cuyo carácter imprevisible, sin embargo, había aprendido a estimar. La idea de que normalmente habría tenido que encontrarse en el Instituto Catherine de Petrogrado, donde estudiaban, antes de la Revolución, las jóvenes de la nobleza, la asaltaba de vez en cuando. ¿Y habría llevado uniforme? ¿Cómo sería? Le parecía que era un traje largo, color malva. ¡Qué irreal y anticuado se le antojaba todo aquello!

Una borrasca de viento mucho más fuerte que las precedentes casi se lleva el paraguas bajo el cual se refugiaban Nathalie y Tatiana. A los desórdenes y comentarios espantados que habían acompañado la partida de las primeras embarcaciones sucedió una especie de mutismo abrumado. Todos esperaban en silencio, como si hablar, o moverse, les hubiese quitado las pocas fuerzas que les quedaban. Dos jovencitas se apretaban contra su madre y su abuela. Algunos hombres fumaban. De pronto salió una mujer de una de las casas del puerto y les sirvió un té negro, ardiente, que ella misma había preparado, en nombre de una piedad ancestral que más tarde, quizás, ella misma se reprocharía. Otras mujeres más ancianas salieron después e hicieron lo mismo.

Nathalie creyó reconocer en una de ellas a aquella que les había insultado especialmente cuando bajaba con los suyos de la calesa con el escudo de armas del palacio de Baïtovo. La miró con atención, recuperando así un principio de interés por todo lo que pasaba a su alrededor.

Pero la mujer mantenía los ojos obstinadamente bajos. Consiguió tenderle una taza de té, volver a cogerla, rellenársela otra vez, sin mirar en ningún momento con quién estaba tratando. Parecía sorda a los agradecimientos, insensible a las manos que se tendían hacia ella y que rozaban las suyas. A veces, cuando alguno se quedaba un poco más con la taza, la mujer aprovechaba para secarse las manos en la falda, como para purificarse del contacto con los fugitivos. Fue un gesto que sorprendió Nathalie y que la llevó a pensar que aquella mujer podría insultarlos aún, amenazarlos de muerte incluso, y, por qué no, echarlos al mar. Cuántos sentimientos contradictorios y violentos cohabitan en un mismo ser humano... Nathalie lo había aprendido brutalmente en agosto de 1917. Estaba escrito en ella para siempre.

Pero no Tatiana. La joven, que hacía poco lloriqueaba acurrucada contra su hermana, había resucitado. Se había bebido dos tazas de té, quemándose la comisura de los labios, y reía llena de alegría y de confusión. Miraba con agradecimiento las tazas que circulaban entre los refugiados y que llevaban a todas partes un poco de calor y de esperanza.

Todo aquello pasaba casi en silencio. Las palabras eran de gratitud, no se iniciaba ninguna conversación. Ya no llovía, pero el viento glacial del norte soplaba sin descanso y traspasaba la ropa más gruesa, hasta los abrigos de pieles.

Con grandes dificultades, luchando contra las olas y las corrientes contrarias, los botes ya vacíos volvían a puerto, maniobrados por hábiles marineros. Saber que una parte de su familia estaba ya en el buque devolvió a Nathalie a sus deberes de hermana mayor.

–Ahora vas a ir a reunirte con los demás –dijo, firmemente.

Tatiana se puso tensa.

–Embarcaré con Micha y Olga en el próximo convoy. Vamos, obedece.

–No.

Todavía bajo el efecto benefactor del té y de su buen humor recuperado, Tatiana se mostraba inflexible.

–He dicho que nada ni nadie debe separarnos, y no vamos a empezar ahora.

Nathalie se volvió extrañada hacia esa nueva adulta (su hermana pequeña) que se permitía enfrentarse a ella, y midió enseguida su fuerza y su decisión. Consciente de su ventaja, Tatiana prosiguió con frases rápidas, embriagada por su propia audacia.

–Mamá y papá dijeron que no debíamos separarnos nunca. Tú se lo prometiste.

Los botes atracaban y los marineros se echaron al agua para arrastrarlos sobre los guijarros. Algunas familias se precipitaron a su encuentro, a fin de embarcar lo más rápidamente posible. A pesar de los deseos de huir, todo se hizo por orden, sin avalanchas. Los que no pudieron partir vieron alejarse a los otros desde la orilla y progresar lentamente hacia el buque. Después, se alejaron y la larga espera se inició otra vez.

Nathalie no había cerrado el paraguas, ya que había conseguido orientarlo de tal manera que las protegía del viento. Se agachó debajo de él e invitó a su hermana a hacer otro tanto.

–No pierdes nada por esperar –le dijo–. En cuanto estemos a bordo, te diré un par de cosas sobre el respeto y la obediencia que me debes.

Tatiana sonreía.

–Y deja de sonreír como una tonta. Has de saber que, aunque ya vayas a cumplir trece años, tienes que obedecerme.

Pero Tatiana apenas la escuchaba. Protegida del viento, su cuerpo se calentaba en contacto con el de su hermana, y saboreaba la súbita tregua que le evocaba algunos juegos infantiles.

–Estamos como los indios en una tienda. ¿Te acuerdas de la tienda que nos hizo el tío Micha en el parque de Baïtovo, el otoño pasado?

Nathalie no se acordaba.

–Daphné y yo queríamos pasar la noche allí a toda costa. Tía Olga, tú y los demás adultos no queríais... Decíais que era peligroso, que merodeaban por allí individuos sospechosos...

–Y seguramente era cierto –dijo Nathalie, distraída.

Buscaba entre la multitud, ya mucho más escasa, las siluetas de Olga y de Micha. Había pasado al menos una hora entera desde que se fueron a la busca de posibles embarcaciones. ¿Y si tardaban más aún? ¿Y si no volvían? Nathalie contempló fríamente esa posibilidad y decidió lo que le convendría hacer entonces: obligaría a la charlatana de su hermana a subirse al siguiente bote y se quedaría esperándolos hasta el final. Pero ¿hasta el final de qué?

–Finalmente, el tío Micha cedió a nuestras súplicas –continuó Tatiana, imperturbable–. Nos fabricó él mismo dos silbatos que nos pasó en torno al cuello con un cordón. «Al menor peligro, soplad muy fuerte y vendré corriendo», nos dijo. Pero te confieso que la primera noche no estábamos demasiado tranquilas. Daphné era la más valiente... Pero, bueno, a pesar de sus nueve años, Daphné es siempre la más valiente...

Tatiana se calló un momento para saborear todos los detalles de aquel hermoso recuerdo. Rememoró los gritos de la lechuza, casi doméstica, que anidaba en el tilo bajo el cual habían construido la tienda; los roces del follaje; los ladridos de los perros que corrían a lo lejos, por la montaña. ¿Cuántas noches pasaron las niñas bajo la tienda, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, inventándose un mundo directamente inspirado por sus lecturas favoritas y que no tenía nada que ver con el suyo? No muchas. Ocurrieron unos acontecimientos imprevistos que Tatiana no comprendía, pero que tuvieron por efecto inmediato encerrar a los niños en el interior del palacio. La tienda no fue desmontada, como si esperara un regreso rápido a la calma. Una mañana la encontraron cosida a cuchilladas. La lechuza yacía entre los jirones de tela, degollada.

Esa evocación cruel llevó a otra. Inmediatamente después empezó

la epidemia de gripe española. Nathalie y Daphné estuvieron entre las primeras afectadas. El recuerdo de aquella enfermedad aterrorizaba aún a Tatiana. Llamó en su ayuda a su hermana.

–La gripe española...

–Calla, ya basta.

Nathalie se negaba a volver a uno de los episodios más dolorosos de los últimos meses. En noviembre de 1918, la epidemia de gripe española, que había asolado primero Europa occidental, se abatió sobre Rusia y causó miles de víctimas. En Crimea había enfermos en todas las casas. Enfermos cuyo estado se agravaba con una rapidez fulminante. Y de nuevo, el luto se añadió al luto.

Nathalie frotó la nariz contra la mejilla de su hermana, gesto que pertenecía a las dos, y que tenía el poder de calmar cualquier temor o cualquier inicio de mal humor.

–Se acabó –dijo ella–. No lo pienses más.

–Daphné y tú casi os morís...

–Pero nos curamos. Daphné está en plena forma y, a diferencia que tú y yo, seca y abrigada. Estoy segura de que, lista como es, habrá conocido ya a la mitad de la tripulación.

Si Nathalie pensaba divertir así a su hermana, se equivocaba. Imaginar a Daphné a bordo del barco, pronto en ruta hacia Sebastopol, turbaba a Tatiana. Daphné estaba a salvo, ¡sí!, pero la idea terrible de que Nathalie y ella no llegarían a reunirse nunca con ella la traspasaba.

Como para darle la razón, el viento pareció redoblar su violencia. Una borrasca arrancó una de las lonas que recubrían los equipajes.

Dos hombres corrieron persiguiéndolas entre las burlas de una multitud que, hasta entonces, se había mantenido tranquila, y cuya hostilidad se revelaba otra vez de golpe. Por todas partes surgieron gritos de alegría ante los esfuerzos inútiles de los dos hombres. Cuando uno de ellos resbaló con un charco de barro y se golpeó la cabeza violentamente con el pie de una farola, los gritos de alegría arreciaron. El hombre se quedó varios minutos en el suelo, sin moverse, quizá desvanecido. El otro le suplicaba en vano que se levantara. Acabó por echar una rodilla a tierra y consiguió ponerle de pie, tras levantarlo por los hombros. Al ver el rostro cubierto de sangre, la multitud que se había acercado empezó a aplaudir a rabiar. La lona fue aleteando un momento a merced del viento y luego cayó en el mar, donde se hundió rápidamente.

Una mujer alta, de unos cincuenta años, intentaba abrirse camino. Increpaba a todo el mundo, sin temor, con una asombrosa autoridad. Sus frases cortas y secas resonaban como órdenes. Nadie

la conocía, pero todos se apartaban para dejarla pasar. De los pliegues de su chal sacó un trozo de tela que aplicó en el rostro ensangrentado del herido. En su estela seguía una joven cuya trenza larga, rubia y gruesa asomaba bajo un sombrero de lluvia. Tatiana fue la primera en verla.

–¡Bichette! ¡Bichette!

Saltó, agitando muy alto su pañoleta por encima de la cabeza. Una ráfaga de viento la hizo vacilar, pero ella gritó más fuerte aún:

–¡Bichette!

Nathalie, a su vez, había salido de debajo del paraguas. Cuando reconoció a las dos mujeres a quienes los gritos de su hermana habían alertado y que avanzaban lentamente hacia ellas, una emoción violenta le oprimió el corazón. La mujer que precedía a su amiga Bichette se llamaba Pacha, y había crecido al servicio de la familia Belgorodsky, en Baïgora. Nathalie la conoció al convertirse en esposa de Adichka, en mayo de 1916. ella apenas tenía dieciocho años, llegaba de Petrogrado y lo ignoraba todo de la vida en el campo. Pacha la ayudó mucho.

Verla surgir así en medio de la muchedumbre conmocionó a Nathalie. No solamente era irreal, sino que era imposible. ¿Cómo una mujer de su edad, y que jamás había salido de la finca, había podido recorrer miles de kilómetros? ¿Atravesar una Rusia y una Ucrania desgarradas por la guerra civil? ¿Llegar hasta Crimea?

Unos jóvenes armados con fusiles, con un brazalete rojo en torno al brazo, querían impedir a las recién llegadas que se unieran al grupo de los refugiados donde se encontraban Nathalie y Tatiana. No estaban más que a unos metros de distancia, pero el viento se llevaba sus palabras. Tatiana temblaba de cólera y de despecho.

–¡Mala gente! ¡Mala gente! –murmuraba, con su vocecilla infantil.

Nathalie, a su lado, apenas se sostenía en pie. Cegada por las lágrimas, no distinguía ya nada ni a nadie. Eran unas lágrimas tan abundantes como las que había vertido cuando Bichette le dijo: «¡Adichka ha muerto!». Esos recuerdos, ahogados desde hacía un año y medio, volvían a la superficie, se empujaban entre sí, desordenados, de cualquier manera, con una violencia inaudita. Ver de nuevo a Pacha era tener la sensación de que Adichka iba a volver a su vez, resucitado de entre los muertos, vivo. Pero también volvían a ella brutalmente las imágenes de su cuerpo torturado, abandonado en un vagón de mercancías, no lejos de la estación de Volossovo, donde unos locos furiosos le habían asesinado.

Los jóvenes armados se apartaron al fin. A través de sus lágrimas, Nathalie vio avanzar hacia su grupo las siluetas confusas de Bichette

y de Pacha.

–Princesa..., al fin...

Esa voz tan baja, esas tres palabras. Pero sobre todo la compasión en su mirada. Exactamente como la terrible noche del 16 de agosto de 1917. Nathalie se precipitó en los brazos de Pacha, mientras Bichette, conmocionada también, arrastraba a un lado a Tatiana.

–Dejémoslas solas –dijo.

Nathalie y Pacha encontraron refugio bajo el tejadillo de una casa modesta donde las pocas personas presentes se hicieron a un lado para dejarles sitio. Los sollozos de Nathalie, su angustia, les impresionaban: ante la desgracia y el sufrimiento, a menudo se manifestaba una solidaridad instintiva.

Sentadas en un banco de madera, las dos mujeres se quedaron un rato sin hablar. Apenas se atrevían a mirarse siquiera, todavía conmocionadas por el reencuentro de última hora. Pero tanto la una como la otra tenían la aguda sensación de que les quedaba el tiempo justo, que no había que perderlo. Nathalie tomó entre las suyas las manos delgadas y gastadas de Pacha, las estrechó y se las llevó a los labios.

–Estoy muy contenta de volverte a ver, muy contenta...

–He venido a traerle esto.

De un pequeño bolsito de piel que llevaba sujeto a la cintura de la falda, y que el chal disimulaba, Pacha sacó un objeto que depositó en las rodillas de Nathalie.

Era un cuaderno corriente, recubierto de tela marrón, cuya encuadernación, desgarrada en algunos lugares, apenas resistía. Nathalie lo contempló sin comprender nada, o sin atreverse a comprender. Le parecía haber visto aquel cuaderno en el despacho de su marido. Era algo tan inesperado, tan milagroso, que temía equivocarse e inventarse un falso recuerdo. Y durante un breve instante olvidó dónde estaba y se encontró de nuevo junto a él, en el saloncito color frambuesa que tanto les gustaba en invierno. Pero la visión se borró de nuevo y le pareció haber rozado a un fantasma.

Lo que era real, sin embargo, era el cuaderno sobre sus rodillas, cuyas páginas todavía no se atrevía a hojear; los charcos de agua que iban aumentando en torno al tejadillo, y en los cuales se reflejaban al revés las casas, un árbol; la avalancha que arrojó de repente a todo el mundo bajo la lluvia y que significaba que los botes habían vuelto, vacíos, dispuestos a embarcar una nueva carga de refugiados.

Micha no encontraba a nadie que le prestara o vendiera nuevas barcas. En el peor de los casos ni siquiera le respondían; en el mejor, se excusaban por no poder ayudarle. Todos sus antiguos compañeros parecían haberse volatilizado. ¿Habrían abandonado el puerto para unirse al Ejército rojo, que, en aquel mismo momento, debía de estar aproximándose a Yalta? ¿Se habrían unido a aquellos que levantaban las barreras en las carreteras de la costa, para así entorpecer el avance de los refugiados? Olga estaba convencida de ello y le exasperaba que su hermano todavía esperase un gesto amistoso por su parte.

–No obtendremos nada de ellos. ¿No entiendes que son nuestros enemigos? –decía, caminando a su lado y acomodando su paso al de él, lo que la obligaba a veces a correr.

Él avanzaba con la cabeza descubierta, indiferente al viento y a la lluvia. Se había puesto un largo abrigo de inspiración campesina de paño negro forrado de cordero, que le protegía del frío y de la humedad y le hacía pasar por un burgués cualquiera.

Olga, por el contrario, con su abrigo de viaje forrado de marta cibelina, su tocado y su paraguas inglés parecía una aristócrata a punto de partir hacia el exilio. Y además todo en ella lo confirmaba. Su seguridad y su autoridad naturales se transparentaban en cualquier frase, en la más banal de sus actitudes. Aunque se mantenía apartada de su hermano y se esforzaba por dar a su rostro una expresión modesta, el estallido furioso de su mirada y el movimiento altanero de sus cejas la traicionaban.

–Déjame que me las arregle yo solo –protestaba Micha–. Ya ves que lo estás estropeando todo. Sin ti ya habría encontrado una barca de pesca.

–Es injusto –se defendía Olga–. No intervengo, me quedo callada, te dejo hacer.

Estaba sinceramente indignada, herida. Como hermana mayor tenía la costumbre de aconsejar a su hermano, incluso de dictarle la conducta que debía seguir. Pero Micha cada vez hacía menos caso de sus consejos y se permitía incluso darle órdenes.

–Ve a esperarme al puerto. Serás más útil con Nathalie y los equipajes.

Era tan asombroso que adoptara aquellos aires de jefe de familia que Olga se olvidó por un instante de la gravedad de la situación, de

la partida inminente, del desgarramiento de la tierra natal. Cogida por sorpresa, se puso a recordarle a su hermano menor algunas leyes elementales del buen comportamiento, exactamente igual que cuando eran niños, y después jóvenes, en Baïgora y en Petrogrado. Estalló una antigua disputa entre hermano y hermana mientras continuaban recorriendo las calles del pueblo, bajo la lluvia, tropezándose aquí y allá con algunos desconocidos.

Ese acceso de cólera liberó a Olga de la tensión nerviosa que había acumulado desde la víspera. Ella fue la primera en apercibirse de lo absurdo de su disputa, la estupidez de los reproches que se dirigían el uno al otro con igual vehemencia. Lo que le parecía hacía unos minutos odioso e insultante le resultó, de repente, tan cómico que se echó a reír. Una risa tan infantil como su pelea, y que ganó también a Micha. Duró el tiempo que hacía falta para disipar sus quejas y su irritabilidad.

–Aun así –dijo Micha, serio de repente–, prefiero que no me sigas más. Ya sabes..., eres muy «antiguo régimen».

Sus ojos azules hacían guiños, llenos de malicia, al recordar un incidente determinado que le divertía tanto como las bromas e historietas divertidas que tanto le gustaban. Olga captó la alusión, no se lo tomó a pecho y decidió obedecerle.

–Bien, tú ganas, voy a esperar en el puerto –exclamó ella. Pero, con un último arranque de autoridad, añadió–: ¡Pero vuelve dentro de media hora!

Micha se alejaba a paso vivo, aliviado por haberse librado de su hermana. Sin embargo, se detuvo en el primer recodo de la calle, desanimado de pronto: ahora que estaba solo percibía más aún lo poco realista que era su gestión. Jamás le prestarían ni le venderían ninguna barca.

Al dirigirse hacia el puerto, Olga seguía riéndose por el apelativo «antiguo régimen». Unos meses antes había tenido un desagradable altercado con el revisor de un tren. Venía de Moscú e intentaba llegar a Yalta cargada con una maleta grande llena de objetos de primera necesidad: ropa de abrigo para el invierno, zapatos forrados, retales de franela... Ese viaje, antes tan fácil, se había convertido en uno de los más inciertos, visto el estado de las vías férreas, la escasez de trenes, la cantidad de personas que huían de una región a otra, la guerra civil. No se podía estar seguro de llegar al destino, y en el mejor de los casos el viaje podía durar varios días.

Preocupada por no hacerse notar ante las autoridades

bolcheviques, Olga había decidido fundirse en la multitud anónima de los viajeros. Se vistió con modestia y disimuló bajo una pañoleta su magnífica cabellera, que según le habían dicho: «bastaría para traicionar su origen». Consiguió pasar desapercibida hasta la llegada al compartimento de un joven revisor suspicaz y agresivo. Éste le hizo una observación que Olga encontró injustificada. Ella se lo dijo, él replicó, entre los dos subía el tono. El joven revisor la emprendió entonces con «su insolencia y sus aires típicamente antiguo régimen», y la amenazó con represalias inmediatas. Sabiendo que podía hacerla detener o incluso expulsarla del tren, Olga tuvo que callar. Los otros viajeros, por prudencia o por fatiga, no intervinieron, felizmente. A Olga no se le pasó el malhumor en todo el día: era la primera vez en su vida adulta que no tenía la última palabra.

Pero si aquel incidente la indignó entonces, hoy en día le parecía bastante anodino. Desde entonces habían sucedido sin parar tantos acontecimientos graves... Algunos que le volvían a la memoria tuvo que rechazarlos muy rápido. Tenía que estar en guardia, reservar todas sus fuerzas. Mientras no estuvieran bajo la protección de la flota inglesa, su vida y la de los suyos estaban amenazadas. Bastaba con un cambio de humor de la población, con el deseo de matar de alguno de ellos, para que todo cambiase. Olga pensó en las revueltas y las muertes espontáneas que se habían perpetrado por todas partes desde 1917, en el salvajismo feroz de unos y la pasividad de otros. Después dedicó un recuerdo a sus cuatro niños a bordo del barco inglés, a Maya, su madre, que velaría por ellos, pasara lo que pasara, a Léonid, su esposo, en Lituania, donde los rojos no tenían poder aún. Saber que todos estaban a salvo le insufló una nueva energía.

Llovía menos, la bruma se disipaba en algunos puntos, pero el viento del norte, frío y violento, continuaba soplando. Una calma extraña reinaba junto al que antaño fuera el puerto privado de la familia de Xénia. La lluvia y el frío habían calmado momentáneamente la hostilidad de la población.

No obstante, escurriéndose entre los grupos de refugiados, Olga sintió una desesperación tan intensa que le encogió el corazón. Aquella gente empapada, apoyados los unos en los otros, agotados por la espera y el miedo, parecían rotos, vencidos. Entonces volvió la espalda y miró el cielo, como para dirigirle una última plegaria. Por encima del pueblo comenzaba la montaña, con sus cipreses y sus pinos de Crimea. A mitad de la pendiente, macizo, extraño y, sin embargo, muy armonioso, destacaba el palacio de Baïtovo. Y todos iban a abandonar el que había sido refugio milagroso para Xénia, su familia y sus amigos. Si se lo hubiesen vaticinado un año y medio

antes, no se lo habría creído.

A finales de agosto de 1917, el ejército alemán, victorioso en casi todos los frentes, proseguía su avance hacia Petrogrado. El frente ruso estaba en total descomposición, nada parecía poder detener al enemigo, y seguramente tampoco el Gobierno provisional de Kerensky, que todo el mundo estaba de acuerdo en considerar incompetente.

Algunos miembros de la familia Belgorodsky se encontraban en Petrogrado, en su residencia de la calle Fontanka. Allí fue donde Olga, apoyada por su esposo Léonid, juzgó que era hora de poner sus bienes más preciados a salvo de los posibles saqueos del ejército alemán. Se decidió que Léonid iría a Moscú a depositar en distintos bancos las joyas y la plata. Los muebles, las alfombras antiguas y los cuadros buenos se ocultarían en los sótanos de los principales museos de Petrogrado.

Olga realizó todas las gestiones necesarias y presidió la selección y el embalaje de lo que convenía salvaguardar. Ella no escatimaba esfuerzos, con una energía y una mano izquierda tales que toda la labor quedó concluida al cabo de dos semanas. Pero sin esa actividad excesiva, Olga se habría sumido en la desesperación. «La muerte de mi hermano Igor, a raíz de los motines de marzo de 1917, me había trastornado. No podía admitir que le hubiese matado una bala rusa. El asesinato de Adichka, el 15 de agosto de ese mismo año, también por los rusos, me destrozó hasta tal punto que no comprendí el cambio radical e histórico que se avecinaba», escribiría más tarde.

Cuando todo quedó embalado y a punto para ser enviado al sótano de los museos de Petrogrado, Olga se dio cuenta de que ya no tenía nada que hacer en la calle Fontanka, que podía unirse a sus cuatro hijos en Yalta, en Crimea. Por primera vez desde hacía meses se tomaba el derecho a un poco de descanso. Durante ese tiempo, Léonid iría a Moscú. En cuanto a Nathalie y a Maya, esperarían a ser convocadas por el juez encargado de la investigación sobre el asesinato de Adichka. Unidas por el sufrimiento, animadas por un mismo deseo desesperado de justicia, la esposa y la madre no se separaban nunca, y querían emprender solas esa última tarea. Olga podía dejarlas, pues, e irse a Yalta. Un mes entero de sol, de baños de mar y de paseos por la montaña, y la presencia de sus niños, la ayudarían a superar su dolor y recuperar el ánimo por completo. A finales de octubre llevaría a toda la familia a Petrogrado y la vida

corriente acabaría por imponerse, a pesar de todo, en la calle Fontanka. Olga ya había reservado los billetes para la vuelta, todo estaba en orden, se podía ir.

A Léonid, que la acompañaba a la estación, le repetía una vez más las instrucciones con respecto al dinero, las joyas y la plata:

–Aunque los alemanes ocupen Moscú, los bancos son inviolables –concluyó. Pero adivinando en él algo parecido al agotamiento, acabó–: Perdóname, te lo he repetido mil veces, ya chocheo.

Como de costumbre, había mucha gente en torno a la estación: soldados que esperaban volver a unirse a su regimiento, viajeros de todas las categorías sociales, pero también un gran número de individuos que no se sabía muy bien qué hacían allí. Algunos vendían tabaco y pipas de girasol; otros, pequeños objetos; muchos mendigaban e invocaban a Dios o la Revolución, y otros más improvisaban discursos larguísimos que aglutinaban a los curiosos. El suelo, lleno de periódicos y octavillas, no se había barrido desde hacía varios días, y los montones de basura que se iban acumulando aquí y allá tomaban ya unas proporciones inquietantes.

¿Se debía a la dulzura del aire? ¿A la luz dorada de septiembre? Reinaba aquel día cierto regusto de vacaciones, sin relación alguna con la realidad de la vida cotidiana en Petrogrado, donde todo el mundo temía alguna cosa: la ocupación alemana, la penuria alimentaria, el poder cada vez mayor de Kerensky o, a la inversa, su eliminación, y tantas otras cosas, confusas, arcaicas y supersticiosas. Sin embargo, ninguna tensión o agresividad se desprendían de aquella multitud abigarrada, a la vez movible e inerte. Olga pensaba que siempre era así a principios del otoño: todo el mundo se espabilaba para saborear a su gusto los últimos días buenos antes de enfrentarse al interminable invierno, en el cual todas las dificultades iban a multiplicarse hasta el infinito. Pronto vendrían las lluvias heladas, el barro, los días demasiado cortos, la nieve y el frío. «Qué previsibles son los rusos –se decía ella, a propósito de Léonid–. Pero es comprensible: en Petrogrado el invierno es peor que en otros sitios.»

Léonid acababa de discutir con un mozo de equipaje y éste había aceptado hacerse cargo del imponente baúl de Olga. Los tres se abrieron camino a lo largo del andén, en dirección al vagón de primera clase donde Olga había reservado un asiento.

El mozo, de excelente humor, se informaba del porqué de aquel viaje y comentaba con cierto respeto las ventajas de los trenes de

lujo. Ya no decía «vuestra excelencia» ni «vuestra nobleza», como se hacía antes de la Revolución de febrero, sino «ciudadano», «ciudadana». Ese cambio de vocabulario no le gustaba demasiado a Olga, pero era una especie de progreso: recordaba su angustia en el mes de marzo cuando, con otras personas como ella bien abrigadas con pieles y cargadas de numerosos equipajes, oyó que los mozos en huelga le respondían: «¡Que sus excelencias vuelvan a pie, nosotros somos libres!».

El viaje en tren debía durar treinta y seis horas y se prolongó cuatro días. Interminables paradas en las estaciones o en pleno campo, el descarrilamiento de un vagón de mercancías y una convocatoria de huelga lanzada por los ferroviarios descontentos por la ausencia de medidas concretas relacionadas con su situación fueron los motivos principales. En diversas ocasiones, los viajeros descendieron del tren y se dispersaron en la naturaleza. Compraban comida a los campesinos, dormían en la hierba y corrían al oír las primeras llamadas de la locomotora. Ricos y pobres cohabitaban en buena armonía a pesar de la comodidad lujosa de los primeros y la incomodidad de los segundos, amontonados con sus petates en unos vagones demasiado pequeños. A pesar de la Revolución de febrero, todavía seguían en el mismo orden de cosas. Hasta el paso de los convoyes militares llenos de soldados heridos y desarmados, con la mirada atontada, a menudo sin chaqueta y sin zapatos, alteraba sólo brevemente ese buen humor general que después ya no se recuperaría nunca más.

Olga se encontraba en un compartimento de primera clase con unos peterburgueses que iban también a Crimea, considerada como la Costa Azul rusa, rica, fértil, donde, pensaban, vivirían bien. Algunos poseían allí viñedos; otros, villas a la orilla del mar; otros iban invitados por algunos amigos. Todos huían, al menos de momento, de la inseguridad de la capital, de las colas interminables ante las tiendas de alimentación, de la inestabilidad de los nuevos dirigentes, de la probable ocupación alemana. Este último punto, sobre todo, lo discutían mucho los viajeros. Para algunos era inminente; para otros, habría tenido lugar a finales de 1917 y principios de 1918. Olga contó cómo había puesto a cubierto sus bienes principales y se dio cuenta de que no había sido la única en proceder así. «Estábamos tan preocupados por la derrota de nuestro ejército y la victoria próxima de los alemanes que nos equivocamos de enemigos. Estábamos a sólo siete semanas de la Revolución de Octubre. El tornado vendría de otro lugar que no esperábamos», escribiría mucho más tarde, en 1950, en Lausana, donde se instalaría

al final de la Segunda Guerra Mundial.

Xénia Belgorodsky había pasado todo el verano de 1917 en su casa, en el palacio de Baïtovo, en una Crimea parecida a aquella que había conocido siempre. Aquel día se dedicaba a pegar fotos en el álbum familiar empezado por su madre, veinte años antes. Para ello se había instalado en el saloncito chino, con las paredes tapizadas de fina paja de arroz bordada con perlitas, que daba a las terrazas y al mar. Por la puerta-ventana grande abierta llegaba el ruido de las olas que rompían sobre los guijarros y las canciones de los niños a los que miss Lucy, la institutriz inglesa, conducía a la playa. Una canción de Navidad que repetían desde hacía poco y que estaba destinada a las fiestas de fin de año. Al asomarse podía verlos de espaldas, bajando por la gran escalinata. Estaban los suyos, los cuatro de Olga y el pequeño Serioja, hijo adorado de su cuñado Igor, muerto seis meses antes. Catherine, su madre, se encontraba en Petrogrado a punto de dar a luz a un segundo hijo, y se lo había confiado.

Xénia se preocupaba mucho por Serioja. El pequeño, que tenía tres años, parecía recluido en un sufrimiento secreto. Cuando se le hablaba de su padre, cuando se le recordaban sus visitas durante los permisos, bastante raros, se animaba y conseguía expresarse casi con normalidad. El resto del tiempo, si no estaba callado, tartamudeaba. Un tartamudeo que empezó al día siguiente del anuncio de la muerte de su padre, y del que no parecía tener conciencia. Sus primos y primas, a quienes Xénia había aleccionado largamente, no se burlaban de él, pero a menudo le mantenían apartado de sus juegos.

Algunos días antes, Xénia había fotografiado a los siete niños. Como otros antes que ellos, habían exigido posar a horcajadas encima de los leones de mármol. El orgullo que se reflejaba en su sonrisa, la alegría de la mirada, testimoniaban su despreocupación y su alegría de vivir. Sólo su hija de cuatro años, Hélène, mostraba un rostro obstinado. Los ojos, enmarcados por unas espesas cejas negras, miraban el objetivo con reproche; sus labios se crispaban, llenos de desaprobación. Hélène se consideraba la única propietaria de los seis leones, y había intentado, en la sesión de fotos, convencer de ello a los demás. A continuación se enfurruñó con una tenacidad que asustó a su madre.

El día anterior, Xénia había recibido la visita de un oficial que luchaba junto a Micha en el frente oeste, y que disfrutaba de un permiso en la región. Con mucha delicadeza había intentado darle

noticias de su marido, y había dejado en silencio el horror cotidiano de una guerra que duraba ya más de tres años. Si creía, por su parte, en una victoria próxima del ejército alemán, no lo dijo. Pero detrás de cada una de sus palabras se percibía un hastío infinito y una angustia tan profunda que Xénia no pudo callarse la pregunta que tantas esposas y madres se hacían entonces:

–Se habla de una paz separada con Alemania, ¿Qué hay de eso?

–Ya no comprendemos nada de las instrucciones de aquellos que nos gobiernan –respondió él–. En el frente, muchos lo deseamos... Sin hablar de todos aquellos que desertan y que vagan por el país formando bandas armadas... –Su frase quedó en suspenso y, Xénia, en un murmullo, la completó:

–... Y que matan y saquean las propiedades.

De inmediato, redactó a toda prisa una nota para su marido sin disimular hasta qué punto le echaba de menos, e incluyó la foto más reciente de su hijo, que acababa de cumplir un año.

El olor de la hierba recién cortada se mezclaba con el perfume de los laureles en macetones dispuestos a lo largo de la fachada. El ruido regular de las tijeras de podar recordaba la existencia de los numerosos jardineros que trabajaban en la propiedad. Xénia había accedido sin discutir a las peticiones de aumento de salario, pensando así evitar todo problema con su personal. De hecho, excepto una doncella que planteó exigencias desmesuradas y a la que hubo que despedir, las relaciones seguían siendo cordiales.

Un cocker negro y blanco se escurrió por la puerta-ventana y acudió moviendo la cola a acostarse a los pies de Xénia. Otro leonado le seguía de cerca e hizo lo mismo. Ella los acarició un momento, feliz de su presencia y su libertad de ir y venir. Desde la época de sus padres, los perros tenían prohibido entrar en la casa. Se encontraban fuera, en las alamedas o en el recinto que tenían reservado. Toda una serie de leyes regulaban entonces la vida cotidiana del palacio que Xénia, a menudo, se olvidaba de aplicar. Por una especie de indolencia natural, pero también porque su naturaleza dulce y pacífica deseaba el bien de todos, aunque fuese en ocasiones en detrimento propio. Felizmente tenía a Oleg, el mayordomo, que debido a su antigüedad en el palacio de Baïtovo, era obedecido y respetado. Xénia había tomado por costumbre consultárselo todo y le había encargado velar, en su lugar, por la buena marcha de la casa.

Volvió una página del álbum. Fotos de sus padres, entonces jóvenes, le sonreían. Su padre había muerto ya hacía diez años, de resultas de un accidente de caballo estúpido y banal. Su madre se

encontraba en Europa. Según las últimas noticias, residía en Londres y no sabía si volver a Rusia. Oficialmente era a causa de la abdicación del zar Nicolás II y del cambio de régimen. Pero Xénia adivinaba que era la ausencia de sus dos hijos, muertos con pocos meses de diferencia en el principio de la guerra con Alemania, lo que la retenía en el extranjero. Ella misma no había conseguido tampoco remontar el dolor sino gracias a su matrimonio con Micha Belgorodsky y al nacimiento de sus dos hijos.

Distintas fotos la representaban rodeada de sus dos hermanos, en la playa de guijarros, a caballo sobre los leones de mármol. Sus trajes de baño y sus trajecitos marineros de niños buenos le parecían ya fechados en otra época. Dimitri, el menor, era su preferido. Le gustaba la lectura, la música y, sobre todo, el teatro. En Petrogrado le había llevado a conocer la Casa del Pueblo, donde, por un precio módico, habían visto *El pájaro azul*, de Maeterlinck, y *El matrimonio* y *El inspector general*, de Gógol. Recordaba también una espléndida representación de *María Estuario* en el teatro Marie. Y se acordaba también de aquellos momentos en que él interpretaba para ella personajes de Chejov o recitaba poemas de Pushkin; sus conversaciones a solas en los rincones más secretos de la propiedad, cuando él le confiaba su deseo de ser actor, y su temor de que sus padres se lo prohibieran. La guerra con Alemania estalló en julio de 1914. Como millones de jóvenes rusos, se unió al ejército con entusiasmo, feliz y orgulloso por tener que defender a su patria con dieciocho años; estaba seguro de que la guerra no duraría mucho y de que pronto estaría de regreso en Crimea. En la que fue su primera y última carta, escribía: «Hermanita querida: la gran Rusia se va a comer de un bocado a la pequeña Alemania, y volveré muy pronto cubierto de gloria. ¿Crees que eso me ayudará a convencer a la familia para que me deje convertirme en actor? El teatro es mi vida, ya lo sabes. ¿Podrías tantear el terreno con mamá? Habría que empezar por ella. Beso tus manitas regordetas, las más bonitas del mundo». Xénia se sabía de memoria aquella carta, tantas veces leída y releída.

Desde su regreso a Baïtovo pensaba mucho en su hermano Dimitri. Estaba presente en todas partes, y era dulce volver a encontrarlo al doblar un recodo de una alameda, en la terraza que daba al mar, en la gran biblioteca donde le gustaba refugiarse y donde, cuando eran niños, aprendieron a leer y escribir.

Durante el verano, muchos parientes, amigos y vecinos se sucedían en Baïtovo. La muerte brutal de su cuñado Adichka, el 15 de agosto, puso fin a las reuniones sociales, y Xénia se encontró sola

con los niños, con sus niñeras, institutrices y numerosos criados. La avisaron de la llegada probable de Olga, pero la fecha seguía siendo imprecisa.

El cocker rojo gemía en sueños por alguna pesadilla. Ella le dio unos golpecitos en el flanco y el perro se calmó enseguida. Pensó entonces que Olga no dejaría de hacerle observaciones sobre la presencia, para ella chocante, de animales dentro de la casa. ¿Tendría las agallas suficientes para hacerle frente, o se sometería como lo hacía cuando se alojaba con su familia política? Olga, en particular, la intimidaba. Junto a ella, Xénia se encontraba torpe, artificial, incapaz de mantener largo rato una conversación que tratase de otros temas que no fuesen los asuntos cotidianos. También había adoptado la costumbre de callar, esforzándose por no perderse nada de lo que se comentaba a su alrededor.

–Me encantan tus silencios –le decía a veces Micha, con ternura–. Así descanso de Olga. Mi hermana tiene opiniones sobre todos los temas, y piensa que el mundo entero debe estar informado de ellas.

Era casi medianoche cuando Xénia por fin pudo retirarse a sus habitaciones del primer piso. Sin embargo, aunque estaba fatigada, se sentó delante de su secreter y sacó su diario íntimo, donde se había acostumbrado a consignar algunos detalles de sus días.

Empezó por releer distraídamente lo que precedía. Por ejemplo:

17 de septiembre de 1917
Tiempo gris, viento e incluso posible tormenta. Vamos a ver a los niños a la playa, pero sin bañarnos, debido a la fuerza de las olas. Los mayores hacen sus deberes de vacaciones. Para mí, lectura y bordado. He empezado un tapiz nuevo inspirado en un grabado inglés que representa un lago romántico con cisnes. Ninguna visita de los comisarios locales después de su último registro. Lo cierto es que, a raíz de los registros de junio, se llevaron todas nuestras armas.

18 de septiembre de 1917
Visita sorpresa de un compañero de trinchera de mi Micha. Malas noticias del frente. Esta guerra debe acabar, a cualquier precio.

19 de septiembre de 1917
Esta mañana, Serioja, de repente, se ha puesto a hablar sin tartamudear. No mucho tiempo, sin embargo. Bajo a Yalta para buscar las últimas fotos reveladas y hacer algunas compras en

compañía de mi hija Hélène, a la que encanta ese «trato de favor». Me ha parecido que empezaban a faltar determinados productos alimenticios, y no he podido dar con todos los hilos de seda necesarios para mi tapiz. Determinadas gamas de azul y todos los amarillos son inencontrables. Tendré que pensar en organizarme mejor. En Ai-Todor, la emperatriz viuda y los suyos continúan sometidos a las peores vejaciones. Sus «guardianes», unos marineros enviados por el soviet de Sebastopol, son de una rudeza increíble, y se ha vuelto imposible acercarse a ellos. Ruego a Dios que nosotros no seamos también víctimas de una vigilancia de ese tipo. Olga lo teme así. Ninguna novedad de nuestro zar y su familia, encerrados en Tobolsk, en Siberia.

Después, Xénia cogió su pluma y escribió:

20 de septiembre de 1917
Después de un viaje interminable de cuatro días, Olga llegó después de cenar. Sus niños dormían; ella no ha querido despertarlos y se ha contentado con mirarlos en su sueño. Espero que esté a gusto en mi casa y que nos llevemos bien. Las hojas de los árboles amarillean a ojos vistas. Ojalá que este bello otoño prosiga a lo largo de todo el mes de octubre.

Olga abrió los ojos y no reconoció el lugar donde se encontraba, la cama con baldaquino mullida y cómoda donde había dormido. La luz del día se filtraba a través de los postigos, y observó con curiosidad los bellos muebles de madera de Carelia, el biombo de seda bordada que no sabía lo que disimulaba detrás. Frente a la cama, encima de la chimenea y entre dos candelabros antiguos, un reloj de péndulo de alabastro le gustó especialmente. La escultura representaba una mujer alada que tocaba el arpa, de perfil. A sus pies, graciosas y finas, velaban dos ciervas. Sólo entonces Olga recordó su llegada tardía, la víspera, al palacio de Baïtovo.

Cuando abrió los postigos, la luz la deslumbró. El sol, alto en el cielo, iluminó su habitación, las paredes recubiertas de raso amarillo claro, los grabados, con sus marcos dorados. Bajo la ventana se sucedían, a diferentes niveles, terrazas con cipreses plantados y, a intervalos regulares, laureles y palmeras en macetones. Una amplia escalera los atravesaba y descendía hacia el mar, enmarcada por unos leones de mármol blanco. Pero la luz era tan intensa que no pudo mirar demasiado rato el cielo y el mar que nada turbaba, sino el paso de algún vapor lejos, muy lejos, por debajo de la línea del horizonte.

Una felicidad absurda, animal, invadió a Olga, y le hizo olvidar las dificultades y los padecimientos de los últimos meses. Ya no contaba nada, excepto el deseo de encontrarse lo antes posible de nuevo con sus niños, de precipitarse en el mar y de nadar todo el tiempo que fuera posible. Todo su cuerpo reclamaba, de repente, el agua salada, el sol, el aire delicioso de Crimea. Lanzó un rugido de triunfo como cuando era una niña pequeña, y después una jovencita, hasta que se lo prohibieron con el pretexto de que aquello no era adecuado. La puerta de su habitación se abrió entonces y tres niños descontrolados se arrojaron sobre ella, gritando, chillando, peleándose por cogerse a sus manos y su cuello. En el vano de la puerta, voluntariamente apartada, esperaba la niñera junto al último, el más pequeño. Éste parecía dudar de que aquella guapa señora con camisón y el pelo espeso y castaño que le llegaba hasta la cintura fuera la mamá cuya llegada tanto le prometían desde hacía unos días. Su aire arisco trastornó a Olga y fue a él a quien tomó el primero entre sus brazos.

–Mi pequeñín, mi niñito –no cesaba de decir, y le cubría de besos,

mientras los otros tres se agarraban a su camisón.

Olga saboreó aquel primer día y los que siguieron en la euforia de la felicidad recuperada. Le parecía que hacía una eternidad que no se había dejado llevar por aquella felicidad sencilla de ser madre. Sus niños y los de Xénia, bronceados, alegres, rivalizaban en vitalidad e imaginación. Hasta el pequeño Serioja, arrastrado por aquel torbellino, salió de su reserva. Olga pasaba de uno a otro sin dejar de admirar la buena cara que tenían, de niños felices y bien alimentados. El recuerdo de otros niños delgados, sucios, con la mirada suplicante u hostil, con los que se cruzaba en las calles de Petrogrado y junto a las estaciones, se superponía a menudo, como para subrayar la injusticia de su felicidad y su extrema fragilidad.

Olga rechazaba con todas sus fuerzas estas visiones. Nada debía empañar su bienestar, nada debía ensombrecer sus vacaciones, las primeras pasadas en familia desde la Navidad, en la calle Fontanka, a principios del año 1916. Sus hermanos Igor y Adichka vivían aún, y nadie habría podido imaginar que iban a matarlos al cabo de unos pocos meses. Pero hasta a aquellas figuras adoradas las rechazaba Olga. Pensar en ellos avivaba su dolor y le recordaba que su vida y la de los suyos podían quebrarse en cualquier momento. Casi se olvidaba de Micha, su último hermano, que combatía contra los alemanes y de quien, una vez más, no se tenían noticias; de Maya y Nathalie, que seguían en Petrogrado. Había llegado una carta de su madre gracias a unos conocidos que, tras huir de la penuria alimenticia de la capital, acababan de instalarse en Yalta. Ella la había leído casi distraídamente, y después se la confió a Xénia. Inmediatamente después se fue a nadar durante horas enteras en un agua que cada día estaba más fría, dedicada a desanudar su cuerpo, ávida de nuevas hazañas deportivas. Después holgazaneaba al sol, rodeada por los niños y unos vecinos amigos, encantados de ver su alegría. Entonces se organizaron concursos de natación, excursiones a la montaña y *picnics*, y cada uno a su manera intentó aturdirse para olvidar la guerra y la suerte incierta de Rusia.

Xénia se mantenía discretamente apartada de todo aquel torbellino mundano. Comprendía el deseo de divertirse, tan poderoso, tan intenso, seguramente momentáneo, de su cuñada. Ella siempre la había conocido cuidando a enfermos y heridos de guerra, peleándose para mejorar la suerte de los más desfavorecidos. Institutriz, enfermera o responsable de la Cruz Roja, Olga, desde el principio de la guerra con Alemania, no había podido curar sus

penas. Ella necesitaba unas vacaciones más que los demás, y a Xénia le encantaba ofrecerle para ello un marco refinado y la comodidad del palacio.

Si había admirado su compromiso patriótico, Xénia ahora le envidiaba aquel furor de vivir el momento presente. A veces incluso sospechaba que forzaba el tono, que fingía. ¿Qué sentía Olga cuando se encontraba sola en su habitación? ¿El recuerdo de sus dos hermanos desaparecidos no la despertaba en mitad de la noche, dejándola, al momento, temblorosa y helada? Pero sin duda Olga simplemente dormía, agotada por las horas de natación y sus carreras por el campo circundante. A Xénia, que se quejaba de insomnio, le había replicado severamente:

–Eso es culpa tuya. ¡No practicas ningún deporte! ¡Nada, aprende a montar a caballo, muévete, en lugar de bordar y soñar despierta!

Xénia no respondió. ¿Cómo habría osado confesar que el mar, en septiembre, estaba demasiado frío y que ella siempre había tenido miedo de los caballos?

En aquellos momentos, Olga se dedicaba a reunir una pequeña orquesta, a encontrar algunos músicos aficionados. Había bastado para lanzarla a aquella nueva tarea que Xénia le contase el maravilloso concierto que dos invitados prestigiosos, en 1898, les ofrecieron a sus padres. Xénia entonces era pequeña, pero jamás se había olvidado de aquella velada de verano en la que cantó Shaliapin, acompañado al piano por Rajmáninov. El concierto tuvo lugar al aire libre, ante la fachada sur del palacio, bajo el arco de estilo moruno que en aquella ocasión reveló unas cualidades acústicas insospechadas. El piano blanco, sacado de la salita de música, fue introducido de nuevo enseguida, aureolado de un enorme prestigio. Desde entonces sólo lo designaban como «el piano en el que tocó Rajmáninov».

En el secreter de su pequeño salón privado se amontonaban las facturas, las tarjetas de visita y algunas cartas llegadas por milagro y que constituían el único vínculo con la familia y los amigos. Así, por ejemplo, la de Maya Belgorodsky, transmitida de mano en mano hasta Baïtovo: «Olga y Xénia, mis queridísimas hijas, espero que estéis con buena salud, así como todos los niños. Me dicen que la vida en Crimea es dulce, y que se puede comer lo suficiente. En Petrogrado todo se deteriora cada día que pasa. Hacemos cola durante horas bajo una lluvia glacial para obtener un poco de leche, azúcar y pan. En todas partes tienen lugar asambleas interminables. Los actos de bandidaje se multiplican, y se ha vuelto peligroso abandonar las arterias principales. La investigación sobre el asesinato

de Adichka es larga y complicada, puesto que fue detenido en un cantón y lo mataron en otro. En el momento actual, sería el tribunal de Moscú el que se encargaría. Hemos tenido que aceptar que se juzgue como un banal asunto criminal. Hablar de asesinato político o de ajuste de cuentas entre el pueblo "al fin liberado" y su patrón sería una provocación política. Nathalie declaró ayer de nuevo durante horas. Tener que hablar una y otra vez de la muerte espantosa de su marido le causa un sufrimiento indescriptible. En cuanto a mí, sigo pensando que asesinaron al mejor de los hombres, el único entre nosotros capaz de llevar varias vidas a la vez».

Xénia interrumpió su lectura, conmovida por el dolor de su suegra, pero también debido a una angustia sorda, animal, que experimentaba cada vez más a menudo y que no acababa de disiparse nunca del todo. No habría sabido encontrar las palabras para expresarse con coherencia, pero le parecía que la tormenta no había hecho más que comenzar, que lo peor para ella, para los suyos, para Rusia, estaba por venir. Sus conocimientos de astrología le habían permitido establecer unos horóscopos cada vez más alarmistas. Había intentado hablar con Olga, advertirla del mensaje inquietante de las estrellas. Olga la escuchó con atención, y a continuación la exhortó a considerar el porvenir con más fe y serenidad. Le sugirió incluso que renunciase definitivamente a la astrología, al tarot y a otras «prácticas supersticiosas». Y a continuación le alabó una vez más los méritos de la natación y la marcha a pie. Por puro espíritu de conciliación, Xénia había decidido callarse sus temores. Sólo los niños, con su alegría de vivir y sus pequeños dramas cotidianos, habían podido disiparlos. Consignar sus hechos y gestos se había convertido, con el paso de los días, en una necesidad. Sacó del cajón su diario y se puso a escribir:

2 de octubre de 1917

El termómetro baja cada día, a pesar del sol y de un cielo sin nubes. Entre nosotros la única que sigue bañándose aún es Olga. Mi niño pequeño, que tiene ahora un año y cuatro meses, empieza ya a hablar. Mezcla con despreocupación las pocas palabras de ruso, inglés y francés que conoce, y cuando no sabe algo, reemplaza la palabra por un sonido de su invención. Es muy risueño, y no se niega jamás a compartir su merienda o sus juguetes con los demás niños. ¡Es el vivo retrato de su padre, tanto en lo físico como en lo moral! Hélène, sin embargo, no tiene esas bellas cualidades. Pero echa de menos muchísimo a su padre, y cuando esté de vuelta entre nosotros, su carácter mejorará. Serioja va por muy buen camino. A final de

mes volveremos todos a Petrogrado y se reunirá de nuevo con su madre. Separarme de él será difícil: en lo más secreto de mi corazón, Serioja se ha convertido en mi segundo hijo. En cuanto a los niños de Olga, son perfectos. Mención especial a Daphné, cuya personalidad ya es muy marcada: ¡una verdadera líder! A todos los niños les ocultamos que seguimos sin noticias de Micha para no perturbarlos. Pero resulta conmovedor oírles decir en sus rezos nocturnos: «Dios mío, protege a nuestro papá», o «Dios mío, protege al tío Micha». Olga adivina mis pensamientos más negros, mis terrores. Ayer me cogió súbitamente entre sus brazos y me dijo: «Siento, sé que no le pasará nada malo a Micha. Dios se ha llevado ya a dos de mis hermanos, no tendrá la crueldad de llevarse con él al último, al único que me queda. ¡Debemos creer con todas nuestras fuerzas en su regreso! ¡Es necesario!».

Entretenerse así, escribiendo sobre los suyos, la tranquilizó. En lugar de aburrirse sola delante de su secreter, haría mejor en ayudar a Olga a reclutar músicos para la futura pequeña orquesta. Recordó que todo el mundo estaba de acuerdo en que ella poseía una bonita voz de contralto. ¿Por qué no proponerles su talento a los demás? Se acordó de un recital especialmente afortunado a dúo con Bichette Lovsky, vecina y amiga de Nathalie y Adichka, en Baïgora, a finales del verano de 1916. ¿Dónde estarían actualmente Bichette y su marido Nicolás? Gran patriota, Nicolás seguramente estaría combatiendo contra los alemanes, a pesar del desastre del ejército ruso. Pero ¿y Bichette? Su familia poseía una enorme villa y unos viñedos en los alrededores de Yalta.

De mucho mejor humor, Xénia decidió hablar enseguida con su cuñada. Pero en el momento en que ya llamaba a la puerta de la habitación de Olga, una pregunta la inmovilizó de golpe: ¿tendrían derecho a usar el piano blanco en el que había tocado Rajmáninov?

Xénia tenía apretada contra el pecho una carta de su marido fechada a principios del mes de octubre. Había tardado más de tres semanas en llegar a Baïtovo, tras transitar por Moscú y Kiev. Los padres de un compañero de Micha la habían llevado hasta Moscú; después se la enviaron a unos primos que iban a Sebastopol vía Kiev. Éstos, ya cargados con otras misivas, dieron un rodeo para pasar por Yalta y las depositaron en el único gran hotel de turismo todavía abierto, donde las personas que esperaban correo acostumbraban a pasar. En aquel otoño de 1917, esa organización, fundada en la ayuda mutua y desenvoltura del día a día, era todavía el mejor de los correos, por lo que Xénia pudo retirar su carta.

Estaba arrugada, manchada en algunos lugares. Micha la había escrito como quien arroja una botella al mar, para probar que todavía estaba vivo, para recordar que en algún lugar tenía una mujer, unos hijos, una casa. Torpes palabras de amor se apretujaban y formaban frases a la vez pueriles y enfáticas que evocaban a Xénia la época de su noviazgo, cuando Micha se creía obligado a mantener una correspondencia amorosa. Por aquel entonces demostró una loable buena voluntad que tras el matrimonio se había evaporado. La guerra duraba demasiado y él no podía soportarla, y por eso escribía a veces a su mujer. En aquella carta, el relato de su vida cotidiana sustituía enseguida las palabras tiernas y las fórmulas galantes: «Desde hace una semana estamos en la misma trinchera, en el barro helado. El enemigo está a cincuenta metros, detrás de una pendiente, y dispara a todo lo que se mueve. Mis hombres y yo castañeteamos los dientes sin parar. Cada noche hay alguno que pierde la razón».

Xénia temblaba de espanto y de pena. ¿Qué hacía ella en su palacio de Baïtovo, cuando su marido, en todo momento, estaba arriesgando su vida? ¿No debería unirse a las filas de la Cruz Roja, como tantas otras de sus amigas y conocidas? ¿No tendría que compartir la terrible cotidianeidad de los soldados rusos?

Su mirada erraba por el paisaje soleado tras la puerta-ventana, tan pacífico, tan lejos de la guerra; por el encantador mobiliario de aquel saloncito chino, donde cada objeto testimoniaba el gusto exquisito de su bisabuela Sophie, a la que según se decía había amado Pushkin. ¿Que él le hubiese dedicado varios de sus poemas significaba necesariamente que habían tenido una aventura? Todo llevaba a creer que no. Sólo Micha se permitía aventurar algunas

dudas sobre la virtud de la encantadora Sophie, entonces casada y muy enamorada de su esposo, según los testimonios de la época. Pero únicamente era para hacer rabiar a su esposa y a su familia política. Micha, en realidad, no había leído nunca los poemas en cuestión, y en general la poesía no le interesaba.

A Xénia le gustaba evocar al Micha juvenil y guasón, enamorado del aire libre, de la caza y de las carreras de caballos, a quien ella había conocido en su primer baile, cuando Petersburgo no se llamaba todavía Petrogrado, en 1910. Entonces estaban muy lejos de imaginar la abdicación de Nicolás II, el cambio de régimen, y sobre todo aquella guerra interminable con Alemania. Hoy Micha se pudría en el barro helado de las trincheras, con el temor en el vientre.

Sonó un portazo en algún lugar de la planta baja. Por el ruido Xénia reconoció el sonido de la pesada puerta de entrada. Después se oyó el martilleo seco de las botas de Olga sobre las baldosas del vestíbulo y luego en el suelo del comedor, sus gritos y los de una niña. Sin molestarse en anunciarse, Olga hizo irrupción en el saloncito chino arrastrando tras ella a su hija Daphné, de siete años.

–Y tú has tolerado esas prácticas durante todo el verano –dijo, dirigiéndose a su cuñada.

Primero hubo un silencio.

–No entiendo de qué hablas –respondió al fin Xénia con la voz dulce y pausada que adoptaba de entrada para evitar, o al menos retrasar en lo posible, lo que se anunciaba como una pelea.

Olga, con los pómulos rojos de ira, le señalaba con el dedo los pies descalzos de su hija, ahora silenciosa y que adoptaba, sin demasiada convicción, aires de niña mártir.

–No, no sé de qué hablas –repetía Xénia.

Había introducido la carta de su marido en un libro y esperaba que le explicaran la razón de aquella escena. Otro en su lugar habría emitido un reproche, como por ejemplo: «Podrías haber llamado antes de entrar». Pero ella no.

En el marco de la puerta se apretujaban tres niños pequeños, divididos entre la emoción de ver lo que le iba a pasar a uno de los suyos y el temor de que los cogieran también a ellos. Contrariamente a Daphné, llevaban zapatos, como exigían los buenos modales y la temperatura exterior.

Al final llegaron las explicaciones.

Según Olga, los niños habían adoptado la costumbre de esperar a que cayera la noche para ir a escondidas, a la luz de una linterna, a pescar cangrejos en el río que bajaba de la montaña y atravesaba la propiedad a la altura del claro.

–¿Y cómo se pescan los cangrejos? –preguntó Olga, con ese tono de maestra de escuela que a Xénia le recordaba aquellos momentos crueles de la infancia en que, bruscamente interrogada por su institutriz, olvidaba de inmediato todo lo que había aprendido.

Pero ahora ya tenía veintiséis años, o sea, casi la edad de Olga. «Estoy en mi propia casa, ésta no me da miedo», pensó, aspirando aire largamente.

–Con la ayuda de cebos diversos, supongo.

–Con la ayuda de cebos diversos, supones –repitió Olga, imitando su voz.

Estalló un conato de risa alocada entre los niños, que se daban codazos, dispuestos a burlarse de todo, pero también a salir huyendo a la menor alerta. Daphné había abandonado su papel de mártir y se la veía divertida, de hecho, muy insolente.

–Abandona de inmediato esa actitud –la advirtió su madre.

Daphné no hizo ni caso. Es más, de repente, recuperó todo su aplomo y, visiblemente satisfecha al procurarse ella misma su defensa, explicó:

–He inventado una forma de pescar mucho más divertida, y más deportiva. Es así: me quito los zapatos, los calcetines y meto la pierna en el agua. ¡Es mi pie el que sirve de cebo!

Su hermano, de seis años, se escurrió hasta su costado.

–¡Grita, le hace daño, pero es ella quien más cangrejos pesca!

–Sí que hace daño –admitió Daphné.

Contó con precisión que, acto seguido, iba a la enfermería a hacerse desinfectar el pie con tintura de yodo.

–¡Lo malo es que es amarillo, mancha y se ve!

–¿Y no ha notado nada miss Lucy? –preguntó Xénia.

–Miss Lucy es inglesa –respondió Daphné, con énfasis–. No presta atención a las pupitas.

Hizo una pausa.

–Yo tampoco. Cuando los cangrejos me pellizcan, no lloro –terció Daphné.

–Es verdad –aprobó su hermano.

–¡Una vez, cogí tres de golpe!

–¡Dos!

–¡Tres!

–¡Ya basta!

Ante la exasperación de su madre, los niños se callaron al momento. La mujer improvisó entonces un pequeño sermón de circunstancias: la pesca nocturna de cangrejos quedaba prohibida, pronto habría que regresar a Petrogrado y volver a los trabajos

escolares. A los niños sólo les quedaban algunos días de vacaciones, prácticamente nada, y convenía utilizar «inteligentemente» las horas que quedaban. Después los despidió.

–¡Y que no os oiga durante el resto del día!

Fuera, el cielo se cargaba de nubes. El viento se había levantado como para anunciar las futuras tempestades de finales del otoño y principios del invierno. El follaje de los árboles recubría, en algunos lugares, las alamedas del parque, el césped. Sobre la terraza, junto a los primeros escalones de la gran escalinata, un fuego acababa de consumirse.

–Se diría que tus jardineros trabajan menos –observó Olga.

Xénia se unió a ella junto a la puerta-ventana.

–Desde hace algunos días resulta más difícil hablar con ellos –respondió.

Olga se volvió hacia su cuñada y la contempló con serenidad.

–No es momento de ceder ante ellos.

Miraba a Xénia fijo a los ojos para convencerla mejor. Su bella mirada gris-azul se volvía incisiva, casi hipnótica. Al cabo de algunos segundos, su rostro había recuperado aquella expresión voluntariosa y altiva que impresionaba tanto a Xénia.

–Es necesario que utilices más mano dura con tu gente. Mucha más y desde ahora mismo.

Con un gesto exasperado de la barbilla, señaló hacia los restos del fuego y hacia una carretilla medio llena, abandonada en medio de una avenida, junto a una glorieta que, cuando hacía buen tiempo, se cubría de glicinas.

–Cualquier dejadez por su parte es intolerable –dijo. Después, en otro tono, ardiente, apasionado, añadió–: Esta mañana, en Villa Ondina, he leído la prensa disponible... Nadie comprende lo que pasa en Petrogrado, quién gobierna... Se ha convertido en un polvorín que explotará en cualquier momento y que desembarazará a Rusia de esa gentuza, de los bolcheviques, los demócratas, los socialistas, ¡todos!

Su cuerpo vibraba de emoción y de alegría, sus manos se apoderaron de las de Xénia y su mirada se volvió más hipnótica aún.

–Ahora mismo, hay una verdadera guerra entre el Gobierno de Kerensky y los bolcheviques. ¡Se devorarán entre ellos y los nuestros, entonces, podrán intervenir!

Xénia la escuchaba sin comprender lo que le decía. Ella no veía nada en común entre las palabras del teniente que le había visitado algunos meses antes, el contenido de la carta de Micha y las previsiones optimistas de Olga; entre la desesperación de aquéllos y las certezas de ésta.

Diario de Xénia

27 de octubre de 1917

Tres días seguidos de registros han puesto patas arriba el orden de nuestra casa. Los marineros enviados por el soviet de Yalta buscaban armas, supuestamente. A pesar de mis protestas, cogieron cartas y documentos relativos a la buena marcha de la propiedad. Olga se puso frenética, y le dijo a aquel que se decía jefe de todos ellos: «Vosotros sois la prueba de la debilidad del Gobierno provisional de Kerensky, ¡no le obedecéis a él, sino al soviet de Petrogrado! ¡A los bolcheviques!». Tuvimos miedo de que la detuvieran por la insolencia, pero se contentaron con burlarse de ella. ¿Cómo hacerle comprender que debe ser más prudente? Los niños que se hallaban presentes no tuvieron miedo: consideraron aquella «visita» como un juego. Con la perspectiva de nuestra partida, empiezo ya a preparar los equipajes. Dejo Baïtovo a Oleg con toda confianza. Ninguna novedad de Micha.

Los primeros días de noviembre se ocuparon en los preparativos de la partida y en asuntos sociales. Muchos amigos y vecinos habían seguido el ejemplo de Olga y habían reservado plazas en el tren de Petrogrado: juntos, podrían enfrentarse mejor a los azares de un largo viaje que todos estaban de acuerdo en considerar difícil. En total era un grupo de una treintena de personas, sobre todo mujeres, niños y ancianos, que se aprestaban a abandonar Crimea para ir a Petrogrado, donde la estación de las lluvias heladas, los cielos bajos y el fango había comenzado ya hacía mucho tiempo.

Los más deportistas se paseaban todavía por la montaña; los otros se contentaban con bajar a Yalta y recorrer perezosamente el espigón acechando la llegada de los paquebotes, cada vez más escasos. La temperatura había bajado considerablemente, y los abrigos, capotes y chaquetas forradas hacían ya su aparición. Unos y otros se intercambiaban noticias, comentaban la prensa, las octavillas y los carteles que partían de la capital e inundaban Rusia entera. El palacio de Baïtovo era el lugar donde se reunían más a menudo.

Pero ese día el personal femenino de Baïtovo hacía huelga y la pequeña comunidad se replegó a Villa Ondina, un edificio lujoso que pertenecía a unos amigos de la familia Belgorodsky y que tenía el privilegio de contar con un teléfono en buen estado de funcionamiento. La villa estaba situada a dos kilómetros y Olga había decidido acudir a pie en compañía de los niños y de miss Lucy. Xénia había preferido quedarse en casa, con el pretexto de que tenía migraña. De hecho, deseaba, sobre todo, silencio y soledad.

La tarde se desarrolló a su ritmo: primero, un paseo con los perros; después algunos ejercicios de canto; después, finalmente, la verificación de las cuentas de otoño con Oleg. El mayordomo aprovechó aquella entrevista a solas para comunicarle su desacuerdo con respecto a la huelga del personal femenino. Las doncellas, según él, no tenían derecho a exigir un nuevo aumento de salario, y ceder ante ellas sería un error. Ella dudaba, él insistía:

–Sus padres jamás habrían tolerado una cosa semejante.

–Los tiempos cambian, Oleg... –empezó Xénia, suavemente. Pero vio la mirada arisca del anciano y se refugió enseguida tras su fórmula habitual–: Si tú lo dices...

Le habría gustado que su marido hubiese estado presente y le hubiese «soplado» lo que debía hacer. Ni siquiera se preguntaba si él

tenía o no las cualidades necesarias para dirigir aquella gran propiedad; el gusto y el sentido de la responsabilidad necesarios. Su terreno privilegiado eran los caballos de carreras, tema del que era un experto reconocido. En su carta, ella había omitido voluntariamente explicarle que, por falta de forraje, las autoridades habían cerrado los hipódromos de Petrogrado...

Oleg estaba de vuelta en el saloncito chino, con los brazos cargados de troncos. En silencio los depositó en la chimenea y después encendió una cerilla. El fuego prendió enseguida. Después encendió las lámparas. Xénia se dio cuenta de que se había hecho de noche.

–Los días se acortan... –dijo, a media voz.

Invitó al anciano a sentarse a su lado y le oyó evocar la época lejana en que sus padres se hacían servir una copa allí mismo, al caer el día: su madre bebía moscatel; su padre, brandy. Sus dos hermanos estudiaban en la biblioteca, mientras ella aprendía francés con su institutriz suiza. De repente se acordó de su hermano mayor, apasionado por la historia de Rusia, que devoraba libro tras libro y que se desesperaba:

–¿No pasará nada emocionante en nuestra época? ¡Qué aburrimiento!

–No piense demasiado en sus hermanos –dijo Oleg–. Desde allí donde están ahora, velan por nosotros.

Pero Xénia le oyó murmurar sus nombres de pila:

–Dimitri..., Andrei...

Cuando se encontraban solos, se creaba una intimidad particular entre la joven ama de casa y el anciano mayordomo. Una intimidad natural en ellos, y a la cual ambos eran muy aficionados. Juntos se permitían evocar el pasado, a los seres queridos muertos o desaparecidos. Y entonces era como si Dimitri y Andrei estuvieran aún allí, bien vivos. «Dimitri me espera en la playa... Andrei...», pensaba Xénia.

–¡Soy yo! ¡Soy yo!

Olga entró precipitadamente en el saloncito chino y cerró la puerta con tal violencia que varios objetos de porcelana temblaron. Oleg abandonó al momento el sillón que ocupaba junto al fuego y recuperó su rigidez de mayordomo con estilo.

–He podido hablar con mi marido por teléfono –dijo–. Acaba de pasar algo extraordinario: ¡la noche de anteayer, los bolcheviques tomaron por asalto el palacio de Invierno y expulsaron a los miembros del Gobierno! ¡El lamentable Kerensky ha huido, y los bolcheviques están en el poder! Ha habido muertos, heridos. Léonid

no sabe todavía cuántos...

Olga no se había tomado la molestia de quitarse la chaqueta forrada de astracán, los guantes y el gorro. Iba y venía por la habitación sin notar, al parecer, el silencio petrificado de Xénia y de Oleg. Los objetos a su alrededor continuaban temblando.

–¡Es algo excelente que los bolcheviques estén ahora en el poder! No durarán ni una semana. Su golpe de Estado acabará por aislarlos definitivamente. Todos los partidos están contra ellos...

Se arrojó en un sillón y se quitó la gorra y los guantes. Su rostro resplandecía de alegría. Que los otros dos continuasen callados no parecía molestarle en absoluto. No notaba ni la expresión preocupada de Oleg ni la mirada alarmada de Xénia, que se posaba en todas partes sin conseguir fijarse en ninguna. De hecho, Olga, sencillamente, no los veía. Acabó por quitarse la chaqueta y se acercó a la chimenea.

–Los nuestros volverán y los barrerán a todos... Los bolcheviques no conservarán mucho tiempo el poder. Les doy seis días, quizá cuatro, y entonces..., entonces, nos libraremos de ellos para siempre. ¡Por fin...!

Folleto difundido por toda Rusia

A los ciudadanos de Rusia

El Gobierno provisional ha sido derrocado. El poder ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, órgano del soviet de los diputados obreros y soldados de Petrogrado, que se encuentra a la cabeza del proletariado y de la guarnición de la capital.

La causa por la que tanto ha luchado el pueblo (oferta inmediata de una paz democrática, abolición de la gran propiedad hereditaria, control obrero de la producción, creación de un Gobierno de los soviets), esa causa ha triunfado.

¡Viva la Revolución obrera, de los soldados y de los campesinos!

Comité Militar Revolucionario
del soviet de los diputados obreros
y soldados de Petrogrado

Carta de Maya Belgorodsky a Olga y Xénia

Petrogrado, 16 de noviembre de 1917

Mis queridas hijas:

Escribo sin saber si esta carta os llegará algún día. Escribiros me acerca a vosotras y me tranquiliza. Es una bendición que os hayáis visto obligadas a permanecer en Crimea, sobre todo por los niños. La vida cotidiana aquí roza la locura. Ya no entendemos nada. Los bolcheviques en el poder (¿por cuánto tiempo?) tienen a todos los partidos en contra. La cuestión agraria está en el centro de todo. ¿Se aliarán los campesinos con los soviets obreros? El congreso campesino ha instalado su cuartel general en la calle de la Fontanka número 6, en la Escuela Imperial de Derecho. Esa vecindad forzosa resulta agotadora para Nathalie y para mí. Las pocas veces que salimos de nuestra casa no podemos evitar pensar que entre ellos quizá se encuentren los asesinos de Adichka. Sin embargo, a menudo se trata de hombres ancianos, estropeados por el trabajo y las privaciones, cuya gravedad contrasta con los excesos de todo tipo de soldados y obreros.

Ayer, a primera hora de la mañana, cayó nieve por primera vez, tan espesa y densa que no se veía nada a tres metros de distancia. Por la tarde hacía sol, y la capital, tan sucia y fangosa, se puso radiante de blancura, con esa belleza eterna tan entrañable para nosotros. La gente salía por la calle con los brazos tendidos hacia delante y el rostro vuelto hacia el cielo, para notar mejor los copos. Reían y bailaban de alegría, y era como si la Revolución no hubiese existido nunca.

Pero hoy parece que haya pasado algo muy grave, completamente nuevo, una cosa cuyos pormenores yo no estoy en disposición de comprender.

Todo empezó con un ir y venir incesante en torno a la calle Fontanka número 6. Se sucedieron delegaciones todo el día, en un clima de gran exaltación. Ya era de noche cuando el Congreso Campesino y la multitud de hombres que lo representan salieron gritando: «¡Viva el fin de la guerra civil! ¡Viva la democracia unida!». Un regimiento vestido de campaña llegó a su encuentro con una orquesta a la cabeza que tocaba *La Marsellesa.* La reunión tuvo lugar justo debajo de nuestras ventanas. Aplausos de ambas partes, gritos de alegría y de triunfo. Juntos, campesinos y obreros desplegaron una inmensa bandera roja sobre la cual habían bordado una inscripción nunca vista hasta aquel momento: «Viva la unión de las masas laboriosas revolucionarias». La población civil llegaba de todas partes con antorchas y banderas rojas, hasta formar un único cortejo que acabó por dirigirse hacia el centro de la ciudad. La cabeza de la manifestación había salido ya hacía más de una hora, pero una multitud gigantesca seguía desfilando por la calle Fontanka, bajo nuestras ventanas. El lema más coreado era: «¡Viva el ejército revolucionario! ¡Viva la Guardia Roja! ¡Vivan los campesinos!».

Maya Belgorodsky se encontraba detrás de otras ventanas y en otra ciudad. Agotada por las dificultades del viaje en tren entre Petrogrado y Moscú, no podía conciliar el sueño. En la oscuridad del apartamento iba y venía silenciosa, atenta a no despertar a Nathalie, que dormía, echada sobre el sofá, completamente vestida. Los ruidos regulares de picos y palas y las voces de aquellos que los manejaban, aunque lejanos, llegaban hasta ella amplificados por el silencio de la noche. Hacía horas que duraba aquello.

Los últimos troncos acababan de consumirse en la única chimenea del apartamento que unos amigos compasivos habían prestado a las dos mujeres. A pesar de eso y de que las ventanas tenían burletes, hacía frío. Maya recubrió el cuerpo de Nathalie con una manta más y se puso un segundo chal por encima. En el exterior la temperatura había bajado mucho.

Desde la ventana, Maya intentó ver las cúpulas de San Basilio, las torres y las oscuras paredes del Kremlin. Al principio se había sentido muy aliviada al constatar que los rumores concernientes a la toma y destrucción de Moscú eran exagerados. ¿No se había hablado acaso de miles de muertos? ¿No se había dicho que la iglesia de San Basilio, el Kremlin y la catedral de la Asunción habían sido bombardeados? Los edificios ante los cuales habían pasado ella y Nathalie unas horas antes no parecían demasiado dañados. Sin embargo, después de seis días de combates sangrientos, los bolcheviques eran ahora los amos incontestables de Moscú. En cuanto a los muertos de una parte y otra, nadie estaba en condiciones de contarlos.

Parecía que los golpes de pico y pala que no se iban a interrumpir jamás. Ese martilleo continuo, espantoso, a Maya le resultaba cada vez más insoportable, desde que conocía su motivo.

Junto a las murallas del Kremlin, cientos de obreros y soldados cavaban inmensas fosas, iluminados por linternas y hogueras. Alrededor se elevaban montículos de tierra que atestiguaban la profundidad de los agujeros.

–Mañana enterraremos aquí a los heroicos proletarios muertos por la Revolución –le había explicado orgullosamente una muchacha muy joven, con la que se había cruzado en la escalera del edificio, poco después de que cayera el día.

–¿Y los otros? –preguntó Maya, sin poderlo evitar.

–¿Quiénes? ¿Los *junkers*? ¿Los guardias blancos? ¿Qué importa eso? Son enemigos de la Revolución –respondió la joven, con una sonrisa de compasión hacia aquella mujer anciana, enlutada, de aspecto modesto, cuyo origen social no sospechó ni por un momento.

Maya pensaba que, en otros lugares de Moscú, los vencidos debían de cavar también tumbas y fosas para enterrar a sus muertos. Pero a la inversa de aquellos que oía allí, todo debía de desarrollarse clandestinamente, a escondidas, y desde luego sin ceremonia religiosa alguna. ¿Cuántos serían? Sin información alguna, Maya no tenía ni la menor idea. Pero entre ellos se encontrarían, sin duda, parientes y amigos; quizás incluso los hijos de los amigos que les habían prestado el apartamento, oficiales *junkers* alumnos de la Escuela Militar.

Al pasar junto a Nathalie, volvió a colocar la manta que se había deslizado hasta el suelo. Nathalie dormía de lado, acurrucada, con los puños exageradamente apretados, como si no fuera a volverlos a abrir nunca. Maya recordó entonces que al despertarse, a veces, se quejaba de que le dolían las manos. Era aquella terrible tensión nocturna, pues, lo que le provocaba el mal.

–Mi pobre niña –murmuró Maya. Y ella, que sufría ya tanto, comprendió que podía padecer más al contemplar la angustia de aquella joven dormida que tanto había amado a su hijo Adichka–. Esto no acaba nunca –dijo, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

Desde que Olga había llegado a Crimea, Maya le escribía casi cada día. Era lo que había hecho siempre con Adichka. Una vez muerto él, ella había recuperado aquel hábito con su hija y, a veces, con sus nueras también. Escribirles la tranquilizaba, le daba la sensación de que Olga, Xénia y sus hijos, aunque se encontrasen a cientos de kilómetros, estaban cercanos y vivos. Sin embargo, las cartas raramente llegaban a sus destinatarios, se perdían por el camino. Desde hacía algunas semanas, Maya no intentaba siquiera enviarlas. Las cartas se amontonaban en su bolso o se iban alargando, como aquella empezada en la calle Fontanka, la víspera de su partida hacia Moscú. Encendió, pues, una vela y se instaló ante una mesa baja, para terminar aquella misiva inacabada.

¿Debía explicar cómo había sido el viaje en tren? ¿Tenía que contar cómo eran los vagones tomados al asalto por hordas de soldados que rompían los cristales a culatazos y se amontonaban hasta encima de los techos, o cómo eran los pasillos tan repletos de

gente que era imposible circular? ¿Debía describir el hedor del aire, la violencia de los gestos, de las palabras? No, porque Nathalie y ella habían acabado por llegar a su destino. Releyó lo que había escrito unos días antes: «El juez con el que estábamos en contacto aquí nos ha confirmado que no era competencia suya juzgar el asesinato de Adichka, y nos remite al tribunal de Moscú. Su colega nos atiende y vuelve a tomar el asunto desde el principio siempre con esa condición terrible: hacer pasar lo que fue un asesinato político por una historia criminal banal. Con la idea de que habría que relatar, de nuevo y durante horas, la muerte espantosa de Adichka, Nathalie ha estado a punto de renunciar. He sido yo la que he insistido en seguir ese trámite: es necesario que se haga justicia. Pero ¿conseguiremos llegar a Moscú?».

Maya buscó en su bolso y, a falta de pluma y tinta, encontró un lápiz. Reanudó la carta:

> Hemos llegado al fin. Prefiero no contar lo que fue ese viaje a fin de informaros con la mayor rapidez de lo que hemos entrevisto de Moscú después de esta guerra fratricida de seis días. La estación estaba extrañamente desierta y no había ni un solo coche de punto a la vista. Al final acabamos por encontrar uno. La carrera que antes de la Revolución costaba dos rublos a partir de ahora cuesta cien. Después de una fuerte discusión, transigimos en pagar cincuenta. Al darle la dirección del juez, el cochero se mostró escéptico, ya que el juez vive en la arteria principal donde se encuentran la mayoría de los grandes bancos, un barrio particularmente bombardeado por los bolcheviques. «Cuando no encontraban ya más *junkers* ni guardias blancos, destruían sus carteras», nos dijo. De hecho, todos los escaparates estaban rotos, y los obuses habían formado enormes agujeros en la calzada y en las fachadas de los inmuebles. En la dirección indicada ya no vivía ningún juez, sólo quedaba una casa en ruinas. El conjunto era espantoso. Sobre lo que habían sido las aceras pasaban escasos peatones, tropezando con los adoquines arrancados, resbalando en la nieve mojada, helada en algunos puntos. Soplaba aquel viento glacial que viene de la llanura. Por veinte rublos más, el cochero consintió en conducirnos a casa de nuestros amigos, junto al Kremlin. La llave que me habían enviado, afortunadamente, funcionaba, y aquí estamos, momentáneamente a salvo.

Un rumor sordo, continuo, y después una música militar acabaron por sacar a Maya del profundo sueño en el cual se había sumido mientras escribía a su hija. Tenía la nuca, los hombros y la espalda tan doloridos que tardó varios minutos en poderse mover.

La luz del día iluminaba la habitación, y reconoció la música militar: era *La Internacional*, que repetían sin cesar cientos de voces. Ese canto lento, solemne, resonaba como una marcha fúnebre, y no como un himno de victoria.

Al incorporarse, Maya vio a Nathalie apoyada en la ventana, dándole la espalda, envuelta en una manta escocesa. Debió de sentir

la presencia de su suegra, puesto que sin volverse, murmuró:

–Llevan así dos horas. Llegan de todas partes y traen a sus muertos. Una marea humana como no la había visto jamás...

Maya acudió a su lado. Una multitud innombrable surgía de las calles y las avenidas adyacentes y se dirigía hacia la plaza Roja, las murallas del Kremlin, las fosas comunes. Desplegaban gigantescas banderas en las cuales se podía leer: «A los mártires de la vanguardia de la revolución social universal», y «Viva la fraternidad de los trabajadores del mundo».

El apartamento que les habían prestado estaba situado en el primer piso, y era casi como si las dos mujeres se encontrasen en la calle. Distinguían muy bien las lágrimas en los rostros fatigados de hombres y mujeres, la patética preocupación de los unos por contenerse y los sollozos espasmódicos de las otras. Algunas mujeres aullaban de dolor, con el cuerpo roto en dos, otras avanzaban en silencio con la mirada fija, alucinada. Los hombres llevaban a hombros los féretros, sencillas cajas de madera embadurnadas de rojo a toda prisa. Las banderas, rojas también, chasqueaban en el viento glacial de noviembre con su cinta negra fija en el asta, en señal de duelo. En medio, algunas banderas anarquistas, muy escasas, negras y con letras blancas.

Era la población de la ciudad y de su entorno la que desfilaba para enterrar a sus muertos en las fosas comunes. Pero para Maya y Nathalie, que seguían la ceremonia detrás de la ventana del primer piso, era Rusia entera.

Cuando la orquesta entonó la marcha fúnebre, Nathalie, suavemente, con lentitud, casi sin darse cuenta, se echó a llorar. Las lágrimas corrían por sus mejillas enflaquecidas por el dolor, los insomnios y las privaciones diversas de los últimos meses. Se masajeaba maquinalmente las manos doloridas.

–Todo este dolor –murmuró–. Al ver a estas mujeres, a estos hombres, olvido que son nuestros enemigos...

–Pero son nuestros enemigos.

–No importa.

Maya se acercó a Nathalie y alzó la voz.

–Son nuestros enemigos, y son los vencedores. Han matado a mis dos hijos, Igor, Adichka...

Nathalie retrocedió por la habitación, como para escapar de su suegra. Con el revés de la mano se secó las lágrimas y le hizo frente.

–El sufrimiento es el mismo en todas partes. Si no lo sabe aún, acabará por admitirlo.

Maya, impresionada por aquella frase, no supo qué responder.

Abandonó también la ventana y se sentó pesadamente en una silla.

–¿Qué debemos hacer? –preguntó al fin.

–Abandonar Moscú e intentar llegar a Crimea.

Nathalie se colocó frente a su suegra para asegurarse de que la entendiera bien. Lo que debía decirle le parecía de pronto tan evidente que se asombró de no haberlo pensado antes.

–No sirve de nada obstinarse en reclamar justicia para Adichka. Ya no hay justicia, ya no hay hombres que la defiendan...

Esbozó un gesto en dirección a la ventana.

–Ya no hay más que... este sufrimiento..., esta locura..., por todas partes. Hoy lo que conviene es huir, reunirnos toda la familia en Baïtovo. Más tarde, cuando las cosas se calmen, ya volveremos a Moscú...

Se interrumpió. En la calle, la orquesta empezaba a tocar por enésima vez la marcha fúnebre. Un grito de mujer, estridente, que parecía no acabar nunca, cubrió durante un momento el sonido de los metales.

–Ya he tomado mi decisión. No me iré con mis padres, mis hermanos y hermanas. Me quedaré con usted.

–Pero ¿de qué hablas? –dijo Maya, con voz débil.

–Mi familia ahora es la de mi marido, Adichka. Uno mi suerte a la suya. Los míos están a veinticinco kilómetros de Moscú. Desearía abrazarlos y explicarles la razón de esta elección, conseguir su bendición. Después, como podamos, llegaremos a Crimea.

Maya contemplaba, estupefacta, la metamorfosis de su nuera. Desde la muerte de su marido era la primera vez que expresaba una opinión, o mejor aún, una convicción. Recordaba a la joven despreocupada del principio, de los momentos felices del compromiso; la joven rota a la que no dejaba sola desde hacía tres meses. Decidió confiar en aquella que, de repente, tomaba las decisiones en su lugar.

Nathalie estaba de nuevo de pie, ante la ventana. La multitud seguía desfilando. Grupos de obreros de las fábricas de Moscú se intercalaban con escuadrones de caballería. La mayor parte blandía banderas rojas y estandartes en los que se leía: «Viva la Tercera Internacional», o «Queremos una paz general justa y democrática». Llovía y aquello duró todo el día y toda la noche.

Al anochecer, la orquesta dejó de tocar la marcha fúnebre, y la multitud, igual de numerosa y unida en el sufrimiento, calló. Las pocas farolas que quedaban se iluminaron y, de repente, a lo lejos, resonó el ruido de las palas y de la tierra arrojada sobre los féretros: empezaban a llenar las fosas comunes.

Más tarde se supo que aquel día se habían sepultado quinientos ataúdes.

Para Tatiana, de once años de edad, el horrible e interminable viaje en tren entre Moscú y Sebastopol pronto no sería más que un mal recuerdo. Ahora, en la cubierta del buque de vapor en dirección a Yalta, recuperaba la alegría de vivir y olvidaba lo que había tenido tiempo de ver antes de embarcar: el arsenal, el puerto, los barcos de guerra rusos y extranjeros, y los soldados y los marineros, todos armados; también los heridos, que esperaban en unas camillas colocadas en el mismo suelo a que pudieran evacuarlos hacia los hospitales improvisados.

La temperatura, considerada fresca, le parecía exquisita en comparación con la de Moscú. «He pasado del norte al sur», se decía, felicitándose por la idea que había tenido, y de la cual había sabido convencer a los adultos. Es cierto que no había resultado demasiado difícil y que su madre, y después su padre, habían argumentado enseguida a su favor. Nathalie, su hermana mayor, había sido más lenta a la hora de dar su aprobación.

La idea era sencilla: ya que Nathalie iba a descansar unas semanas en casa de su familia política, en Crimea, ¿por qué no la acompañaba Tatiana? La vida cotidiana en Moscú, las privaciones en los alimentos y su escolaridad interrumpida por la toma de poder de los bolcheviques justificaban que Tatiana también se tomase unas vacaciones.

Sin embargo, lo que le motivaba más profundamente era el amor que experimentaba por su hermana mayor. Desde la muerte de Adichka, una muerte de la cual le habían ocultado las circunstancias reales, Tatiana tenía la sensación de que su hermana estaba en peligro y que tenía el deber de acompañarla y velar por ella. Esa sensación la había guardado en secreto. Expresarla no habría servido de nada: le habrían recordado que tenía sólo once años, y le habrían aconsejado que se volviese a jugar con los demás niños. Luchar por una alimentación abundante y el suave clima de la Rusia del sur resultó un argumento mucho mejor. Incluso Nathalie acabó por admitirlo.

–No te causaré ningún problema –prometió Tatiana–. Seré buena como una santa, y te obedeceré en todo. Y además, me gustaría tanto volver a ver a Daphné...

Decidieron entonces que Tatiana abandonaría momentáneamente a sus padres, a sus tres hermanas mayores y a su hermano pequeño,

y seguiría a Nathalie a Baïtovo. Cuando en Moscú volviera a haber una vida más o menos normal, sería el momento de recuperar su lugar en el seno de su familia. Según sus padres, sería cuestión de un mes o dos.

Desde hacía más de una hora, el vapor seguía las costas de Crimea, luchando contra el viento y la marejadilla. Iba cabeceando a merced de las olas, y ese movimiento continuo divertía enormemente a Tatiana. Agarrada a la borda, se reía sola cada vez que perdía el equilibrio. No experimentaba los síntomas de lo que Nathalie le había contado antes de embarcar: el mareo. A pesar del cielo gris y la ausencia de sol, Crimea le parecía verde, mucho más variada que el campo que rodeaba Moscú, donde vivía con su familia. Los pueblos tártaros pegados a las faldas de las montañas, las villas, los palacios a orillas del mar le gustaban mucho.

Pocos viajeros permanecían en cubierta. La mayor parte se habían refugiado en los salones puestos a su disposición por la compañía marítima que todavía cubría el servicio de invierno entre Sebastopol y Yalta. Aunque asaltaban los trenes por todas partes, había pocos pasajeros a bordo. Eso les había permitido a Nathalie y a Maya, muy cansadas las dos, echarse en las literas. La primera se había dormido antes de que zarpase el vapor. Maya había enrollado un chal y se lo había colocado debajo de la cabeza a guisa de almohada, y después había conversado un rato con Tatiana.

–Estoy muy contenta de que vengas –le había dicho–. Tu hermana mayor necesita que la atiendan... Pero sobre todo no le reproches su silencio, sus ausencias.

Tatiana asintió con la cabeza, gravemente. Maya continuó:

–Nathalie se ha convertido en mi niña querida, y tú, mi pequeña, tienes mi corazón abierto de par en par.

Su mano acarició las mejillas aterciopeladas de Tatiana, mientras su mirada, extrañamente, se velaba. La bella mirada gris, la misma de Olga, había sido sustituida por una mirada de anciana. Después, bajó los párpados.

–Ahora voy a dormir... Puedes ir a cubierta a conocer las costas de Crimea... No las pierdas de vista ni un momento.

El viento disminuía y el vapor cabeceaba menos. Tatiana dio algunos pasos por la cubierta, embriagada por el aire marino y los nuevos paisajes que estaba descubriendo. Tenía la maravillosa sensación de encontrarse lejos, muy lejos de Rusia. «Una especie de Costa Azul», se decía a menudo, al hablar de Crimea. «Estoy en Francia», decidió. Pero el recuerdo de la joven Nathalie, enamorada de aquel país hasta el punto de afrancesar su nombre añadiendo una

«h», le oprimió el corazón.

Nathalie, justamente, avanzaba despacio en su dirección, dándole el brazo a Maya. Cuando se unieron a ella, Tatiana comprendió, de repente, que aquel paisaje no le interesaba. Nathalie tenía el rostro relajado, propio de la persona que acaba de reposar, pero su mirada no reflejaba más que una total indiferencia hacia todo lo que la rodeaba.

–Vamos a pasar por delante de Baïtovo –dijo Maya.

El vapor pareció aminorar, como para permitirles contemplar mejor el palacio. Nathalie y Tatiana vieron por primera vez el gran edificio de estilo moruno, rodeado de cedros, cipreses y palmeras; el pueblo debajo, el pequeño puerto, la playa; la escalinata, las terrazas y los seis leones de mármol blanco.

–Lo que estamos viendo –explicaba Maya– es la fachada sur. En el norte, el palacio es la reproducción exacta de un castillo Tudor inglés... El bisabuelo de nuestra Xénia era un gran hombre, un hombre original. Fue virrey del Cáucaso y después gobernador general de Rusia del Sur. El Cáucaso, Crimea y Odesa le deben mucho... Xénia es demasiado modesta para elogiar ella misma a su familia...

Sonreía, distraída por un momento.

–Dice la leyenda que su bisabuelo quemó las facturas para que nunca se supiera cuánto le había costado la construcción del palacio y su parque de cuarenta hectáreas... Es un parque tan grande y tan variado que uno se puede perder en él. O imaginar que está en otro lugar, en Oriente, en Inglaterra... Recuerdo unas falsas ruinas góticas y un lago artificial, sobre el cual nadan unos cisnes casi amaestrados...

Decreto para la abolición de las clases y los títulos civiles, ratificada por el Comité Ejecutivo Central de los Soviets obreros y soldados, en su sesión del 23 de noviembre de 1917

Artículo 1. Quedan abolidas todas las clases y toda subdivisión de los ciudadanos en clases que existía hasta el momento en Rusia, los privilegios y las restricciones que estaban ligadas a ellas, las organizaciones y las instituciones que se relacionaban con ellas, así como los grados civiles.

Artículo 2. Quedan abolidas todas las calificaciones (noble, mercader, pequeñoburgués, campesino, etc.) y todos los títulos nobiliarios (duque, conde, etc.), y serán reemplazados por la denominación común a toda la población de Rusia de «ciudadano de la República rusa».

Artículo 3. Los bienes de las instituciones de la nobleza se entregarán de inmediato a los *zemstvos* de cada localidad.

Artículo 4. Los bienes de la institución de la clase de los mercaderes y de la pequeña burguesía se pondrán de inmediato a disposición del municipio de cada localidad.

Artículo 5. Todos los establecimientos pertenecientes a las clases, así como sus expedientes y archivos, se entregarán inmediatamente a la administración autónoma municipal o rural competente de cada localidad.

Artículo 6. Quedan derogadas todas las disposiciones de las leyes anteriores relativas a estas cuestiones.

Artículo 7. El presente decreto entra en vigor el día de su promulgación; será aplicado de inmediato por los soviets locales de diputados obreros, soldados y campesinos.

Diario de Xénia

12 de diciembre de 1917
Mi suegra, Nathalie y la pequeña Tatiana, a pesar de las dificultades de un viaje agotador para los nervios y la salud, llegaron anoche de Moscú. No las esperábamos, y fue una sorpresa maravillosa darles la bienvenida. Las tres están más flacas, muy cansadas, y sin duda dormirán mucho tiempo. Hemos dejado para más adelante los interrogatorios sobre el estado de Petrogrado y de Moscú desde la toma de poder por parte de los bolcheviques. Me he sentido muy feliz al poderles anunciar que al fin tengo noticias de Micha: le han herido en la pierna y se está reponiendo en un hospital de la ciudad de Voronej. ¿Cuándo podremos reunirnos todos por fin? ¿Y dónde?

17 de diciembre de 1917
Las historias que cuenta mi suegra son terroríficas. ¿Por qué será que el poder de los bolcheviques no se extiende por toda Crimea? De momento, el soviet de Sebastopol nos ignora. Pero la guardia de marineros instalada en Ai-Todor no cesa de acosar a la emperatriz viuda y a los suyos: vejaciones, registros cotidianos, aislamiento... Parece que apenas les dan de comer, y mal. Temo por ellos, y también por nosotros. O más exactamente, por mis niños. Cada vez pienso más en enviarlos a Londres, a casa de mi madre. Aquí nada nos asegura que estén a salvo. Mi suegra se maravilla de su buena salud y su alegría de vivir. Tatiana ha seducido a todo el mundo. Es tan alegre y encantadora como sombría y replegada sobre sí misma se muestra Nathalie. Ninguna novedad de Catherine, la madre de Serioja. Ha debido de dar a luz ya, y nosotros sin saber nada. Serioja, felizmente, no pregunta por ella. Cada día me siento más unida a ese pequeño, casi huérfano.

Decreto sobre la nacionalización de los bancos del 16 de diciembre de 1917

En interés de la organización racional de la economía de la nación y de la supresión definitiva de la especulación bancaria, para poner fin a la explotación por el capital bancario de los obreros, los campesinos y toda la población trabajadora, y con vistas a crear un banco popular único de la República rusa, que estaría verdaderamente al servicio del pueblo y de las clases más pobres, el Comité Ejecutivo Central decreta:

1. El sistema ejecutivo bancario se declara monopolio del Estado.
2. Todos los bancos privados y todas las oficinas bancarias existentes se fusionarán con el Banco del Estado.
3. El Banco del Estado asume en su cuenta el activo y el pasivo de los establecimientos liquidados.
4. Las modalidades de la fusión de los bancos privados con el Banco del Estado serán objeto de un decreto especial.
5. La gestión provisional de los negocios de los bancos privados se confía al consejo del Banco del Estado.
6. Los intereses de los pequeños depositarios quedarán enteramente salvaguardados.

Llovía desde la víspera, sin parar. Una lluvia fría, densa, que anulaba todo intento de paseo por los alrededores. En el palacio de Baïtovo todos se habían retirado, algunos a su habitación, otros al saloncito chino o a la biblioteca. Era todavía la hora de la siesta y los niños dormían, mientras sus niñeras descansaban un poco.

Sólo miss Lucy, calzada con unas botas de caucho y envuelta en su Burberry, había decidido ir a Yalta. Allí, en una salita privada del salón de té, tuvo lugar una reunión de urgencia entre las institutrices inglesas de distintas familias rusas. Muchas de ellas deseaban volver a Inglaterra, huir lo más rápido posible de aquel país que habían amado, pero que ahora consideraban «un país de bárbaros». Miss Lucy, por su parte, decía sentirse dividida entre el deseo de irse y los vínculos fuertes y auténticos que la ligaban a la familia Belgorodsky. Como todas las demás, aquel fin de año de 1917, temía que Crimea cayese completamente en manos de los bolcheviques, y las matanzas y los saqueos que seguirían. Desde hacía algunas semanas circulaban los rumores más espantosos, y un principio de pánico estaba ganando ya a todos los residentes extranjeros.

Aquel día, Daphné y Tatiana, encantadas de estar juntas de nuevo, gozaban de un permiso excepcional. Después de sus rezos, Xénia había consentido que se introdujeran en lo que ella designaba con desenvoltura su *dressing-room*. Las niñas tenían autorización para probarse los vestidos y elegir uno cada una para disfrazarse.

Si faltaba poco para que la mayor parte de aquellos vestidos le quedaran perfectamente a Tatiana, ninguno le iba bien a Daphné. Ésta, muy desilusionada, maldecía en voz alta sus siete años y su talla infantil. Sin embargo, con espíritu deportivo, aplaudía las pruebas de Tatiana e incluso sugería algunas mejoras. Tatiana se quitaba entonces un traje de raso blanco con la falda bordada de perlas y se ponía otro, más elegante aún, de raso violeta, con una larga cola color crema.

–Éste es un vestido de recepción, creo yo –dijo Tatiana–. ¿Puedes decirme de dónde viene?

Daphné se levantó del grueso puf oriental donde se había instalado, después de renunciar a encontrar algo adecuado para ella, y descifró lo que leía en la etiqueta, en la espalda del vestido de Tatiana.

–Worth, París.

–¡Otro vestido francés!

Las dos se habían dado cuenta de que las prendas más elegantes no eran rusos, y de que las distintas etiquetas indicaban «Maison Roger», «Le Bon Marché», o «Magasin Moret», en Moscú. Que esos vestidos fueran de origen extranjero realzaba todavía más el prestigio del *dressing-room.* A ninguna de las dos, hasta aquel momento, se le había ocurrido la idea de investigar en el armario de sus madres respectivas. Daphné guardaba un recuerdo breve pero preciso de sus padres, vestidos de gala, a punto de acudir a una recepción en el Palacio de Invierno, del rostro empolvado de su madre, de su perfume de jazmín. Un recuerdo mucho más precioso porque era único: tres años de guerra habían puesto fin a los placeres de la elegancia y cada vez más mujeres llevaban luto.

Tatiana se pavoneaba, reflejada en distintos espejos, con una emoción que nunca había experimentado hasta entonces. Su imagen de niña disfrazada anunciaba, creía ella, a la joven que sería muy pronto, y esa futura muchacha le gustaba muchísimo.

–¿Crees que me parezco a mi hermana Nathalie?

–Pues no lo sé.

Daphné, entretenida saboreando el breve recuerdo de sus padres en traje de gala, ya no prestaba atención a su amiga. Era sensible al perfume muy femenino que se desprendía de los vestidos de Xénia y que le recordaba al de su madre. Pero ¿cómo era su vestido? ¿De qué color? Alguna cosa que era incapaz de nombrar, de pronto, la agobió.

–¿Tú te acuerdas de antes?

–¿De antes de qué?

–De la guerra.

Tatiana no tuvo que reflexionar mucho.

–Claro, de todo.

–Pues yo no.

Tatiana percibió un poco de tristeza en la voz de su amiga. Se apartó de su reflejo en el espejo y contempló a Daphné, acurrucada en el puf, que daba vueltas maquinalmente entre sus manos a un par de chinelas de terciopelo verde bordadas en oro.

–Tú apenas tenías cuatro años, pero estoy segura de que tendrás algún recuerdo.

Empujó a Daphné para hacerse sitio en el puf.

–Vamos a jugar. Te hago preguntas y tú respondes.

Daphné aprobó la propuesta, de nuevo alegre y llena de ánimo.

–Venga –dijo, riendo.

–La boda de mi hermana con tu tío Adichka... Dime, ¿te

acuerdas?

El vestidor de Xénia formaba parte de sus habitaciones privadas, en el primer piso del palacio. Se componían de un cuarto grande, un gabinete y un pequeño despacho.

En ese pequeño despacho era donde estaban Xénia y Olga. La una intentaba poner en orden las distintas cuentas de la propiedad; la otra procuraba ayudarla. Era la primera vez que Xénia apelaba a los talentos organizativos de su cuñada, y se felicitaba por ello: Olga seleccionaba, clasificaba y desechaba con una habilidad precisa, fundada en conocimientos reales.

Fuera, la lluvia seguía cayendo, tan densa que parecía que se hacía de noche. Xénia encendió la lámpara, verificó el calor de la estufa de porcelana. El silencio que reinaba en torno le tranquilizaba. Sus niños acababan la siesta; Daphné y Tatiana se divertían disfrazándose. A veces la risa clara y breve de una de las dos rompía el silencio. Maya y Nathalie se habían retirado cada una a su habitación. Desde su llegada, no aparecían más que en las comidas, preocupadas por evitar a los demás el peso de su pena.

–Ya está –anunció Olga, cerrando el cuaderno de cuentas.

Ese trabajo en común las acercaba entre sí. Movida por esta confianza, Xénia se decidió a confesar a su cuñada sus temores concernientes al destino de sus niños, a su supervivencia en un país devastado por la guerra. Evocó el apartamento de su madre en Londres, su deseo de enviar allí a sus hijos.

–¿Y cómo piensas hacerlo? –dijo Olga.

–Varias institutrices inglesas que conocemos embarcarán pronto. Podría confiarles a mis hijos.

Al pronunciar aquellas palabras, esa separación apareció de pronto ante ella con su brutal realidad. Y pensarlo era una cosa, pero decirlo era otra.

–No, será mejor que yo me vaya con ellos, que los lleve a casa de mi madre y que luego vuelva a buscar a Micha.

Olga no intentó siquiera disimular su irritación.

–¡Hablas, piensas como si no estuviéramos en guerra! ¡De oírte, alguien podría pensar que se trata solamente de un crucero!

Xénia seguía sus pensamientos sin darse cuenta del cambio de humor de su cuñada.

–Deberíamos irnos todos y llevarnos lo que podamos... Si Micha estuviese aquí, sería eso lo que le pediría.

Se levantó del sillón y se quedó delante de la ventana, con la

frente pegada al cristal. Llovía menos y ya se distinguían de nuevo las terrazas, la escalinata. El mar tenía un color plomizo, parecido al del cielo.

–Amo mi casa y mi país más que nada en el mundo, pero hay que partir –murmuró–. Un día u otro tendremos que decidirnos... Me gustaría que fuese lo antes posible.

–Partir equivale a desertar –dijo Olga, secamente.

Ella también se había levantado. Pero a diferencia de Xénia, se había dirigido no hacia la ventana, sino hacia la puerta.

–Das pruebas de una desoladora ausencia de patriotismo, querida mía –dijo, y se retiró, dando un portazo.

Diario de Xénia

4 de enero de 1918

Abordamos este año nuevo con temor. Aunque Olga se rebele contra mi falta de patriotismo, querría que mis hijos se fuesen de Rusia. Ojalá que acabase la guerra y volviera Micha... Tener noticias suyas me ha consolado un poco, de momento. Pero, ahora, ¿dónde estará? La vida aquí cambia cada día. Gracias a la autoridad de Oleg, los criados han dejado la huelga. También es verdad que les he aumentado el sueldo. Olga lo desaprueba y reprocha mi debilidad. Pero ¿qué hacer, si no? Determinadas criadas coquetean abiertamente con los soldados bolcheviques que están de guardia en el faro, debajo de nuestra casa. ¿Será por eso por lo que nos dejan relativamente tranquilos? Oleg está convencido de ello. Los niños tienen una salud perfecta y han transformado a Tatiana en su pequeña reina. Nathalie apenas se deja ver. Se ha convertido en la sombra de lo que era hace cuatro meses. No me atrevo a expresarle mi ternura y mi compasión. Micha sabría cómo hacerlo: ellos dos se aprecian mucho.

Diario de Tatiana

5 de enero de 1918

La tía Olga me ha regalado un precioso cuaderno en cuero rojo y me ha dicho: «Ya tienes edad de tener tu diario íntimo». Empiezo enseguida.

Mi estancia en Baïtovo es muy divertida, y todo el mundo es muy amable conmigo. La tía Olga ha organizado una clase, y trabajamos allí desde las nueve hasta el mediodía. Por la tarde tenemos paseo al aire libre, estudio y luego juegos. La tía Olga, la tía Xénia y miss Lucy nos dan clase. Nathalie se niega a enseñarnos a tocar el piano. Se queja de que le duelen las manos, y pasa mucho tiempo en su habitación. El otro día conseguí que viniera con nosotros a pasear. Iba andando en silencio, sin interesarse por nada. Nadie sabe qué hacer con ella. A menudo, cuando la miro, tengo ganas de llorar. Pero no debo hacerlo. Ayer no pude contenerme y tuve que salir del salón donde nos encontrábamos todos. Daphné me siguió y, al ver mis lágrimas, se echó a llorar también. Nos hizo mucho bien. Después bajamos a Yalta con miss Lucy por un camino que se llama el sendero del Zar, porque Nicolás II y su familia tenían la costumbre de cogerlo cuando se alojaban en su palacio de Livadia, ahora ocupado por unos bandidos liberados por los bolcheviques. En Yalta pude admirar el magnífico coche de los Yusupov, un inmenso Delaunay-Belleville con un banderín, con sus armas, con una corona encima. El coche provocó una verdadera aglomeración.

Carta de Olga Voronsky a Léonid Voronsky

5 de enero de 1918

Léonid, mi querido esposo:

Uno de nuestros amigos piensa ir a Moscú, y voy a probar suerte con esta carta. Espero que te encuentre con buena salud, lleno de fuerzas y de valor frente al año nuevo. Este que acaba se me ha llevado a dos hermanos. A mamá, a Nathalie y a todos les oculto mi sufrimiento. Pero a ti puedo decírtelo: no me consolaré jamás de su muerte, me siento herida para siempre. Tiemblo por Micha. Volver a verle nos hará a todas un bien inmenso. En su mensaje más reciente nos decía que su regimiento iba a dirigirse a principios de año a Moscú o sus alrededores. Quizá os encontréis... Ruego a Dios para que al menos estéis juntos los dos. Nuestros hijos te reclaman, se preocupan por ti. «Papá trabaja reorganizando la Cruz Roja para aliviar el sufrimiento de nuestro país», he intentado explicarles. ¡Lo han entendido perfectamente, ya que son unos pequeños patriotas auténticos! Todos gozan de una salud excelente, estudian con buen humor y se divierten mucho. La llegada de la pequeña Tatiana hace las delicias de Daphné. A pesar de su diferencia de edad (Tatiana tiene once años y nuestra hija siete) son las mejores amigas del mundo. Mamá da prueba de un valor extraordinario. Los niños la ayudan muchísimo. Nathalie se comporta como una autómata. Habría que encontrarle una tarea, algo que le ocupase el corazón y el espíritu. He intentado convencerla de que dé lecciones de piano a los niños. En vano. No renuncio a encontrarle algo que hacer.

Hace tres días tuvimos un registro «suave». Unos marineros enviados por el soviet de Yalta registraron el palacio, interrogaron a los sirvientes. Les recibió Xénia. Prevenida por Oleg, tuvo la presencia de ánimo de esconder su zafiro y su esmeralda –unas sortijas que le había regalado mamá y que se niega a quitarse– dentro de un ovillo de lana. Esos registros dependen del comisario de Yalta. El actual, un tártaro de la comarca, parece bastante indiferente a la existencia de nuestra pequeña comunidad. El anterior no soportaba que llevásemos la vida de antes de la Revolución y multiplicaba los registros y las molestias. ¿Por qué le habrán trasladado a otro sitio? Misterio, pero ¡buen viaje! Pero esos comisarios incultos y groseros son una verdadera plaga, ya se los conozca con ese nombre, como aquí, o como «instructores». Para mí no son más que agitadores.

Como ves, aquí, en Crimea, vivimos en un clima de incertidumbre total. Un día son las bandas de maleantes que bajan de las montañas para saquear las villas más ricas. Incluso los bolcheviques tienen miedo de ellos. Sobre nuestra suerte, de «la comunidad de los del antiguo régimen», como dicen ellos, los bolcheviques están divididos. Algunos quieren degollarnos para apoderarse cuanto antes de nuestros bienes, otros todavía dudan. Hoy en día resulta imposible decir qué corriente predominará. Felizmente, la población tártara de esta zona, por el momento, sigue siendo neutral. Una neutralidad que puede acabar de la noche a la mañana.

A principios de la semana tuvimos la alegría de ver llegar a Yalta a Bichette, la esposa de nuestro amigo de la infancia Nicolás Lovsky. Su propiedad, que estaba al lado de Baïgora, también fue saqueada e incendiada,

después que la nuestra. Nicolás y ella sólo salvaron la vida gracias a la complicidad de su aparcero, que los ayudó a huir. Pero los campesinos, dirigidos por agitadores, profanaron las tumbas de su familia. El féretro de la abuela de Nicolás fue extraído de la tierra y se pudrió bajo las lluvias de otoño. ¡Una mujer que cuando vivía era respetada por toda la población! Bichette nos aseguró que nadie, a Dios gracias, tocó la sepultura de Igor, enterrado en la cripta de la iglesia de Baïgora. Como nosotros con Micha, ella sigue sin noticias de Nicolás, que está en el ejército. Bichette llegaba de Moscú y nos contó que la vida allí era más fácil que en Petrogrado, que incluso se conseguía alojamiento, que determinadas tiendas de alimentación estaban abiertas. Nos contó también que todos los cafés estaban llenos, que se recitaban poemas y se tocaba el acordeón... ¡Visto desde aquí resulta difícil de imaginar! Concluyo que reina allí un espíritu contrarrevolucionario prudente, más vivo que en otros lugares. ¡Saber que el aire que tú respiras está menos viciado es un verdadero alivio!

Pero vas a tacharme una vez más de charlatana incorregible, así que abandono ya mi carta.

Te dejo con una bonita imagen. En el salón de música, miss Lucy dirige la última repetición del coro infantil. Cantarán en ruso y en inglés. He olvidado decirte que muchas institutrices inglesas, espantadas por los acontecimientos, embarcan mañana para Inglaterra. Para nuestra dicha, miss Lucy ha decidido finalmente no unirse a ellas y quedarse con nosotros. Tenemos una suerte increíble: ¡esa joven es un monumento a la estabilidad!

Ahora sí que abandono ya, definitivamente, mi carta. Todos se unen a mí y te abrazan tiernamente. ¿Te he dicho cuántas veces sueño por las noches con refugiarme de nuevo entre tus brazos? No, porque ya lo sabes. Que Dios te proteja y nos reúna de nuevo enseguida, mi querido Léonid.

OLGA

P. S.: Aunque el comisario local se muestre relativamente indiferente, como ya te he escrito más arriba, acaba de negarme el salvoconducto que me permitiría abandonar Yalta para ir a verte a Moscú. ¡Pronto exigirán un salvoconducto para bajar de Baïtovo a Yalta, con la excusa de que el camino que tomamos se llama «sendero del Zar»!

Diario de Xénia

7 de enero de 1918

Casi día 8, ya que es cerca de medianoche. A pesar de las amenazas y los insultos de un batallón de soldados y de marinos bolcheviques venidos expresamente para entorpecer la ceremonia religiosa, la misa de Navidad ha tenido lugar. La catedral Alejandro Nevsky de Yalta estaba llena a rebosar. Desde los más pobres a los más ricos, todos comulgamos en un fervor religioso idéntico. Toda nuestra comunidad se encontraba allí, a excepción de nuestra querida emperatriz viuda, siempre sometida con los suyos al aislamiento más completo. A la salida nos hemos dispersado enseguida para evitar provocaciones y enfrentamientos. A los viejos mendigos habituales, conocidos por todos, se unen ahora soldados con un brazo o una pierna amputados y cuya expresión desesperada resulta insoportable. Ante su uniforme hecho harapos y su sufrimiento he tenido que contenerme para no echarme a llorar. ¿Tendrán una madre, una esposa, una hermana que los ayude? Pero ¿dónde? ¿Cómo encontrarlas? Algunos son tan jóvenes... ¿Cómo no pensar en mis dos hermanos, Andrei y Dimitri? ¿Y en Micha? He rezado especialmente para que Dios nos lo devuelva con vida. Pero tengo miedo, mucho miedo de perderle a él también. Felizmente, estaban los niños, su alegría y su orgullo después de su recital. Los criados, unidos a nosotros en el gran salón abierto para la ocasión, han sido sus invitados esta noche. Nuestros aplausos comunes han anulado durante el tiempo de una velada todo aquello que nos separa, y todos hemos disfrutado del tradicional pudin de Navidad. Bichette y sus padres también han venido. Con nuestros maridos retenidos en el frente, intentamos conservar juntas la esperanza de recuperarlos pronto. Ha sido una velada muy bonita, y conviene hacerlo constar.

Diario de Tatiana

8 de enero de 1918

¡Inmenso éxito de nuestro coro, anoche! Fue tan divertido que queremos repetir enseguida con otro espectáculo. La tía Olga nos ha sugerido una obra de teatro en la que podríamos disfrazarnos. ¡Sería estupendo! Sobre todo si podemos cantar y bailar también. Bichette Lovsky (una amiga de la familia) baila y canta muy bien, y aceptaría ser nuestra profesora. No queda más que encontrar alguna obra. Se encargarán los adultos.

Ayer, a la salida de la catedral, Nathalie se paró, visiblemente alterada, delante de los soldados espantosamente mutilados que mendigaban. Había uno muy joven al que se quedó mirando mucho rato antes de irnos. Cuando le pregunté por qué, me dijo: «Me ha parecido reconocer a alguien». «¿A quién?» «Al joven soldado que me condujo al vagón donde se encontraba el cuerpo de Adichka.»

Después se calló y no quiso responder más a mis preguntas. Estoy segura de que me oculta algo y que él no murió, como me han dicho, en el curso de un enfrentamiento con unos agitadores. Pero ¿quién podría decirme la verdad, si no es ella? Daphné no sabe nada.

Hace frío, pero con sol. Esta tarde hay excursión a la montaña con los adultos de las ciudades vecinas. La tía Olga está muy atareada organizando el *picnic*, y nos ha reclutado a Daphné y a mí para que la ayudemos. ¡Creo que nos divertiremos mucho!

Las mimosas están en flor por todas partes, toda Crimea está perfumada...

El cielo estaba negro; las estrellas parecían brillantes y heladas. Los cipreses se alzaban en la oscuridad con su línea geométrica perfecta, perpendicular a la de las terrazas. Sólo el ruido regular de las olas contra la playa más abajo y los ladridos de los perros, lejos, en la montaña, turbaban el silencio. Todo parecía dormir en torno al palacio de Baïtovo. Hombres y animales se callaban, y se habría podido creer que aquel lugar y su entorno estaban desiertos desde hacía mucho tiempo. Algunos resplandores débiles, detrás de los postigos interiores cerrados de la casa, señalaban una presencia. Reinaba aquella noche una terrible atmósfera de duelo.

Desde hacía un rato, Olga caminaba por la terraza de un lado a otro, con las manos juntas a la espalda y una capa echada de cualquier manera por encima de los hombros. No sentía el frío, no oía la voz dulce y discreta de Maya, su madre, que la llamaba desde una ventana del primer piso.

Olga iba y venía mecánicamente, jadeando. No sabía qué hacer, si gritar, si sollozar o reír a carcajadas.

De pronto el cielo oscuro se iluminó con colores en un inesperado guirigay. Como obedeciendo a una señal, partieron cohetes lanzados desde la costa, de Gurzuf a Yalta, desde las playas próximas a Baïtovo. Por todas partes, en el mismo momento, empezaron los fuegos artificiales. El paisaje entero estaba iluminado como si fuera pleno día.

Entonces Olga gritó y se dobló en dos. Un grito que no tenía nada de humano, y que alertó a Maya, Xénia y Nathalie. Los niños, por su parte, dormían profundamente. Daphné se despertó un momento nada más, creyendo que estaba sufriendo una pesadilla. Años más tarde, Olga contaría a su hija mayor por qué había gritado así en plena noche, y Daphné tendría la sensación de que había conservado el vago recuerdo de aquello.

Maya había vuelto a su habitación del primer piso escoltada por su hija y sus dos nueras. Xénia había pedido que les preparan un té, y una criada les dejó la bandeja. Pero lo primero que se bebió Olga fue un vaso de vodka. A continuación, bajo el efecto calmante del alcohol, los rasgos de su rostro se distendieron encendió un cigarrillo.

–Me siento fatal por haber dado ese espectáculo –dijo.

Su mirada se cruzó con la de Nathalie, indiferente. Olga se volvió, doblemente molesta, por el comportamiento que acababa de tener, pero también por la presencia helada y heladora de su cuñada más joven. Xénia, mucho más compasiva, le tendía una taza de té.

–Sin embargo, a mí no me gustan los melodramas –dijo Olga, esforzándose por reír.

Su madre se había sentado en un sillón junto a la ventana. Todo su ser experimentaba una tristeza y una lasitud infinitas. A veces, Olga se preguntaba si su madre tendría las fuerzas suficientes para continuar viviendo. Sufría una angustia tal que sólo una actividad inmediata, la que fuese, conseguiría tranquilizarla. ¿Era posible que aquel nuevo desastre asestase un golpe fatal a su madre? Ésta, justamente, rompió el silencio que se iba instalando poco a poco. Su voz era seca, cortante.

–Lo que le está ocurriendo a nuestro país es espantoso.

A pesar de los postigos cerrados y del grosor de las paredes, el estrépito de los petardos y los fuegos artificiales llegaba hasta la habitación del primer piso. Las cuatro mujeres, sin decirlo, pensaban en fusilamientos, en ejecuciones.

Desde hacía varios días corrían rumores, cada vez más concretos, por toda Rusia. Aunque todos en Yalta sabían hacia dónde iban las cosas, cada uno de ellos, sinceramente, dentro de su corazón, se negaba a creerlo. Después, el 3 de marzo llegó la información, oficial e implacable: el Gobierno bolchevique acababa de firmar una paz separada con Alemania. Entre las distintas cláusulas del tratado de Brest-Litovsk, los vencidos ofrecían a los vencedores Polonia, Finlandia y los Países Bálticos. Eso significaba la pérdida de inmensos recursos económicos y de una parte importante de la población. En cuanto a Ucrania, sería independiente. Pero para muchos patriotas rusos eso no representaba lo peor.

–Ese tratado es un acto de traición –dijo Maya, con amargura–. No solamente hacia nosotros, sino también hacia los liberales, los demócratas y, sobre todo, nuestros aliados occidentales, junto a los que combatimos desde hace casi cuatro años.

–¡Las cláusulas de ese abyecto tratado son incompatibles con el honor de cualquier ruso, sea el que sea! –exclamó Olga, encolerizada–. ¡No hay que ser noble ni liberal ni demócrata para saberlo!

–Entonces, ¿cómo te explicas este delirio de alegría que sacude a la población en estos mismos momentos? ¿Y los fuegos artificiales?

Nathalie, de pie ante la chimenea, con las manos tendidas hacia

las llamas, acababa de expresarse por primera vez, con una voz extrañamente ronca, la voz de alguien que llevaba meses callado. Fue tan inesperado que ninguna de las tres mujeres presentes se arriesgó a responderle.

–Desde el principio, el pueblo reclama en todas partes la tierra y el fin de la guerra. Pues ya está, se les ha concedido lo que querían. Los bolcheviques han jugado bien, y el pueblo los seguirá.

–Pero...

Estupefacta, Olga no podía hablar. Que su cuñada se expresara con tanta seguridad sobre un tema tan complejo era algo que la desbordaba.

–¡Pero sigue siendo una traición intolerable, la vergüenza de Rusia! –consiguió articular.

Nathalie le dedicó esa mirada indiferente que tanto impresionaba a los suyos. Después se apartó de la chimenea, se dirigió hacia la ventana y abrió el postigo interior. Fuera volvía la calma con el fin de los fuegos artificiales. Muy de vez en cuando, un cohete iluminaba brevemente el cielo.

–La población festeja su victoria –dijo–. El baile y las borracheras seguirán hasta la mañana. Y quizá sea peor incluso. Deberíamos verificar si el palacio está bien cerrado y montar guardia por turnos. Y sobre todo, estar muy vigilantes durante los próximos días. Vendrán de todas partes soldados desmovilizados... Los asesinatos y los pillajes se reanudarán con más entusiasmo aún...

Xénia procuraba no intervenir. Como buena patriota rusa, compartía la indignación de los suyos. Pero ante el anuncio de la firma del tratado la había invadido una alegría inmensa; una alegría que, varias horas después, todavía no la había abandonado: Micha iba a volver, y eso era lo que más contaba. Observaba discretamente a su suegra. Ella también debía de pensar en el regreso de su hijo, el único que le quedaba. Pero la vergüenza y la sensación de haber sido traicionada parecían en ella más fuertes que cualquier otra cosa. Xénia no pensaba: «Mi suegra es patriota antes que madre», ya que ello habría acarreado un juicio, sino que pensaba: «Yo no soy una buena patriota». Sin inquietarse más por ello.

Diario de Xénia

9 de marzo de 1918

Tres días seguidos hemos sufrido registros e inspecciones. Han reforzado la guardia de marineros en torno al faro y prohíben acercarse a él, bajo pena de que quien lo haga será abatido sin previo aviso. Nuestros vecinos de Villa Ondina fueron maltratados porque uno de ellos se había opuesto a un enésimo registro nocturno. Sin razón alguna, el soviet de Yalta los ha sometido a arresto domiciliario. Ese mismo soviet ha reclamado la ejecución inmediata de todos los Romanov que residían en Crimea. El soviet de Sebastopol se ha opuesto, y la emperatriz viuda y los suyos han tenido que abandonar el palacio de Ai-Todor y dirigirse a la propiedad de Dulber, una «cárcel» más segura, al parecer. Están custodiados por soldados armados y nadie puede acercarse a ellos. Los bolcheviques han pegado carteles en todas las paredes de Yalta en la que nos informan del arresto del gran duque Miguel, hermano menor del zar, en su villa de Tachina; de la gran duquesa Isabel, hermana mayor de la zarina; del gran duque Sergio; de sus hijos, los príncipes Juan, Constantino e Igor; del príncipe Vladimir Paley. Si apunto con tanta precisión estas terribles noticias, es para no olvidar nunca lo que estamos pasando. Hoy ni siquiera he tenido el humor de anotar que mi pequeña Hélène casi sabe leer y que su hermano es el niño más encantador del mundo.

Seguimos sin saber nada de Micha. Los periódicos y los carteles pegados en las paredes de Yalta han anunciado el nacimiento de un nuevo ejército: el Ejército rojo.

11 de marzo de 1918

Las pesadas cargas fiscales impuestas a los propietarios de haciendas y villas en el febrero último han aumentado más todavía. Empieza a faltar el dinero. ¿Qué vamos a hacer? Continúan los registros al buen tuntún, siempre con el pretexto de encontrar armas. Ayer un soldado quiso arrancarle a mi suegra la cruz que llevaba al cuello. Olga se enfureció. «¿La cruz de su difunto marido? ¿La cruz de una viuda de guerra?» El soldado le devolvió la cruz, pero se retiró diciendo que volvería. Olga piensa que, con la excusa de buscar armas, lo que quieren es arramblar con nuestras joyas. Dice que enterrará las suyas

en el jardín.

13 de marzo de 1918
Micha ha vuelto. Está durmiendo.

Xénia no se cansaba de mirar a su marido. Como dormía desde hacía horas, ella iba y venía entre sus habitaciones del primer piso y el resto de la casa, atareada, riendo sola, pidiendo silencio a unos, autorizando a otros a entrar de puntillas a verificar la presencia de Micha en su cama. Los niños, Nathalie y Olga sólo tuvieron derecho a una visita de unos segundos; Maya, mucho más. Ante su hijo dormido se arrodilló y rezó largo rato, con fervor y humildad. Después, arrodillada aún, le contempló intensamente. Xénia, de pie tras ella, creyó adivinar que su suegra veía en el rostro enflaquecido del último hijo que le quedaba los rasgos de los otros dos. No se equivocaba.

–En él reviven Igor y Adichka –murmuró.

Le costaba mucho levantarse y Xénia tuvo que acudir en su ayuda. Una vez de pie, se inclinó hacia la cama para escuchar la respiración del durmiente, débil, pero regular. El rostro destacaba, oscuro, sobre la almohada blanca, tan demacrado que no se le veían más que los huesos: un rostro de adolescente después de una larga enfermedad. Sus hombros, muy delgados, sobresalían entre las sábanas.

–Deberías ponerle algo de ropa –susurró Maya.

–Tengo miedo de despertarle...

Maya levantó entonces la sábana con suavidad, arregló las mantas y se volvió, sonriente, hacia su nuera.

–Ahora os dejo. Cuando se despierte, será a ti a quien primero necesite. Dale todo ese amor del que ha estado privado durante tanto tiempo. Y no tengáis prisa por venir con nosotros...

Esbozó la señal de la cruz sobre la frente de Xénia y la de Micha.

–Yo os bendigo, hijos míos queridos.

Después se retiró. Fuera la luz empezaba a disminuir. Los días se alargaban desde hacía poco tiempo y aparecían los primeros crocos. La primavera se iba infiltrando por todas partes, en el azul perfecto del cielo, en las tímidas yemas de los árboles, en los prados y los macizos de flores, en las risas de Tatiana y Daphné, que lanzaban una pelota de tenis, abajo, a los dos cockers preferidos de Xénia, el negro y blanco y el rojo. Los pájaros volvían. Crimea, al salir del invierno, se disponía a adoptar, como cada año, como siempre, aires de paraíso.

Xénia, pausadamente, cerró las cortinas ante aquella espléndida

tarde, se desnudó y se metió entre las sábanas. «Qué más da la cena», pensó, con despreocupación. Esperó un momento, el tiempo suficiente para que su cuerpo desnudo se calentase con el calor del lecho, y suavemente, por fin, acercó al cuerpo dormido de Micha.

Los días que siguieron al regreso de Micha fueron tan felices que el tiempo pareció detenerse. La suerte cada vez más incierta de Rusia pasó casi a un segundo plano. De todos modos, supieron con espanto que los alemanes habían ocupado Ucrania. Un testigo contó que todo había transcurrido con la mayor calma, y que en Kiev reinaba un orden perfecto. Ese testigo precisó: «Los elementos malos desaparecieron como por ensalmo. Si no hubiera sido por la multitud de mujeres de luto, se habría podido creer que Kiev no había sufrido por la guerra».

En casa de los Belgorodsky, aunque seguían considerando el tratado de Brest-Litovsk como una infamia, cada vez hablaban menos de él. Micha se negaba. Lo que había vivido en el frente se lo callaba: el alivio de estar vivo y de haber acabado por fin con la guerra parecía prevalecer por encima de todo. Apenas recién llegado, después de descansar, empezó a tramar proyectos, hablaba de abandonar Crimea e irse a vivir a Moscú, recién promovida a capital por los bolcheviques. Pensaba proponer sus servicios al nuevo Gobierno en un dominio en el que sus competencias eran indiscutibles: la doma de los caballos de carreras. Por otra parte, a la familia Belgorodsky les quedaban tres caballos de carreras en una cuadra de Moscú, de la cual no tenían noticia alguna desde el otoño. ¿Habrían sobrevivido al terrible invierno ruso? ¿A la Revolución de Octubre? Para Micha recuperarlos era de una importancia capital. Era también la única posesión de la que quizá pudiera disponer ya su familia.

A Olga, que se asustaba con esos proyectos, le respondía con seriedad que la vida debía seguir y que había que adaptarse. La pérdida de una parte de sus bienes no hacía más que confirmarle su deseo de volver a la vida civil, de trabajar y asegurar de ese modo la vida cotidiana de los suyos. Maya, su madre, y Xénia, su esposa, parecían comprenderle y aprobar sus ideas. Olga sospechaba que se callaban por comodidad su verdadera opinión, y se irritaba. En cuanto a Nathalie, era imposible saber qué era lo que pensaba verdaderamente, y eso también le chocaba a Olga. ¿Cuándo consentiría la joven en salir para siempre de su mutismo?

Y además la primavera había llegado, y una energía nueva se apoderaba de todos. Las laderas de la montaña estaban tapizadas de anémonas y de orquídeas salvajes, rosas y malva; los árboles frutales

empezaban su floración; el cielo, sin una sola nube, estaba tan azul y tan fresco que todos creían verlo por primera vez. Volvieron los paseos y los *picnics*, y los adultos, aunque inquietos y doloridos, se unían a los grupos de jóvenes, a los grupos de niños. La despreocupación de unos acabó por conquistar a los otros. Se burlaban de los registros constantes, de la ignorancia de los comisarios locales y de su ineptitud a la hora de ponerse de acuerdo. De hecho, ellos también eran sensibles a esa maravillosa primavera de Crimea, y la vigilancia, determinados días, se relajaba.

A principios de los años cincuenta, exiliada en Suiza, en Lausana, Olga intentaría anotar para sus hijos y nietos sus recuerdos de 1918 y 1919. La enfermedad le impidió proseguir hasta el final, y el manuscrito quedó bajo la forma de memorias inacabadas. A propósito del breve periodo de calma que tuvo lugar en la primavera de 1918, escribió: «Los rusos, acostumbrados a unos inviernos muy duros, tienen una manera muy especial de festejar el regreso de la primavera. Pero aquella primavera de 1918 en Yalta nos había resucitado, literalmente. Vivíamos día a día, inconscientes del peligro o habituados a convivir con él. Teníamos apetitos de adolescentes. Es cierto que en aquel momento, excepto la generación de mi madre, ninguno de nosotros tenía aún treinta años». Más tarde escribiría también: «la primavera de 1918 en Yalta fue tan hermosa como sería en Francia la primavera de 1940, e igual de engañosa».

Poco antes de Pascua se decidió que Micha partiría a Moscú. Un testigo le había asegurado que tres de sus caballos habían sobrevivido y que seguían estando en las caballerizas, junto al parque Petrovsky. Eran tres purasangres de la raza Orlov (dos sementales y una potranca) que Adichka había puesto en venta en junio de 1917. Esta decisión, que en su momento tanto había chocado a Micha, de hecho les había salvado la vida. A los otros diez caballos de la prestigiosa cuadra de los Belgorodsky que quedaron en Baïgora los torturaron y los mataron cuando saquearon la propiedad, a finales de agosto de 1917. El informe de la Policía sobre este punto también había sido muy preciso: «Los campesinos, dirigidos por unos agitadores y por soldados amotinados, arrancaron la lengua a unos caballos y les reventaron los ojos con hierros calentados al rojo». Ese documento formaba parte del expediente en relación con la investigación sobre el asesinato de Adichka Belgorodsky.

Algunos rumores hablaban del retorno progresivo de compradores extranjeros a la capital. La mayor parte de ellos sentían gran avidez por la famosa raza Orlov, y muchos, antes de la declaración de guerra, habían estado en contacto regular con Micha

Belgorodsky, muy apreciado en el medio hípico internacional. Recuperar el contacto con ellos parecía estar dentro de las cosas posibles. Según Micha, los bolcheviques todavía no se habían establecido en el mundo tan particular de las carreras de caballos, y había que precederlos y hacerse un hueco en ellas.

Micha, pues, fue el encargado oficial de volver a tomar posesión de sus tres caballos, venderlos al mejor postor y, con el dinero obtenido, conseguir un alojamiento decente para los suyos. Una vez realizadas esas operaciones, Xénia y Olga podrían unirse a él. La suerte de Maya, Nathalie y los niños quedaba en suspenso de momento. Todo dependería de lo que descubriera Micha en Moscú...

Desde la víspera, la circulación ferroviaria entre Crimea y el norte estaba interrumpida sin que se supiera el motivo. Pero Micha tenía un principio de solución: un barco le conduciría a Sebastopol y desde allí cogería otro hacia Odesa. Una vez que estuviera en el gran puerto de Ucrania, creía que encontraría con mayor facilidad un medio para llegar a Moscú. Las dificultades de ese viaje, lejos de preocuparle, le estimulaban. «¡Es un desafío!», le repetía a Xénia, a la que atribulaba mucho esa partida inminente.

Ella había intentado en dos o tres ocasiones comunicarle su deseo de enviar a sus hijos a un sitio seguro, a Inglaterra. Pero Micha se mostró inflexible: sus niños eran rusos y serían educados en Rusia.

El barco de vapor que debía conducirle a Sebastopol partía al amanecer, al día siguiente. Micha, conscientemente, pasaba el rato por última vez con su familia, dando consejos o recibiéndolos.

En aquel momento se encontraba en la habitación de sus dos hijos. El pequeño Serioja, hijo de su hermano Igor, miraba con pasión a aquel joven tío que tanto le recordaba a su padre. Consciente de la importancia que tenía a sus ojos, Micha siempre se las arreglaba para invocar a Igor. No era difícil, desde luego, porque bastaba con contar recuerdos de su infancia común. Los que concernían a los veranos en Baïgora tenían la preferencia de Hélène y Serioja. Petia, de un año y medio, demasiado pequeño para comprender bien las cosas, siempre estaba contento. Y seguramente era aquello lo más atractivo de aquel pequeño, esa forma suya de acoger, con confianza y alegría, cualquier acontecimiento, ya se tratase de un nuevo juego, una canción o un chaparrón inesperado.

–El leoncito de papá –reclamaba Serioja.

En su apresuramiento, tartamudeaba. Su mirada desolada entristeció a Micha al momento. Sacó al pequeño de su cama y lo puso encima de sus rodillas, no sin antes haber dirigido a Hélène un guiño cómplice. Hélène, ya crispada de celos, se relajó

inmediatamente y le devolvió el guiño. Micha contó entonces que unos amigos de sus padres le habían ofrecido a su hermano Igor, a la edad de diez años, un adorable leoncito de unos meses. Era al principio del verano, la familia se encontraba en Baïgora. El leoncito creció con el nombre de *Athanase Léo*, y era el compañero de juego favorito de los niños.

–Pero el león era de Igor –insistía Micha–. A él era a quien obedecía, sólo a él. ¡Lo adorábamos! En nuestros rezos nocturnos era siempre el primero. «Señor, bendice al leoncito», empezaba Igor. «Señor, bendice al leoncito», seguíamos nosotros, a coro. Sólo después venían nuestros padres.

–Señor, bendice al leoncito –repitió Serioja de un tirón, con los ojos iluminados de felicidad.

Olga, en su habitación, estaba a punto de escribir a su marido. Micha le había prometido ir a verle en cuanto estuviera en Moscú. La carta, por una vez, tenía posibilidades de llegar a su destinatario.

¡Me pone furiosa que las autoridades locales me hayan negado un salvoconducto para Moscú! ¿Cuándo podremos reunirnos al fin? Si siguen impidiéndome abandonar Yalta, ¿no podrías venir tú? Los niños te reclaman cada vez más... Estaban locos de alegría por volver a ver a su tío Micha, pero encuentran injusto verse privados desde hace tanto tiempo de su padre. Y dejo ya de quejarme, porque ya sé que a ti no te gusta, ni a mí tampoco.

Micha se va a Moscú. Me gustaría que le vigilaras y le impidieras entregarse a extravagancias desconocidas. Cuatro años de guerra no le han cambiado: sigue siendo despreocupado, optimista y bravucón. Le hemos encargado que venda nuestros tres caballos. Ha aceptado, pero por su aspecto contrariado veo que la idea le repugnaba. En mi opinión, hará todo lo posible para conservarlos, ¡pero necesitamos tanto el dinero!

Esta tarde, con los niños y nuestros vecinos de Villa Ondina, hemos escalado el monte Ai-Petri, en este momento cubierto de flores: ¡una maravilla! ¿Te acuerdas del paisaje magnífico sobre las costas de Crimea? Pues bien, hoy había en el mar un ajetreo totalmente inusual: un número increíble de barcos de motor, sin pabellón particular, corrían en dirección a Sebastopol. Es imposible saber qué quiere decir eso exactamente. Micha habla de «movimientos de tropas». Pero ¿qué tropas?

Micha, en la habitación de los niños, contemplaba a su hijo Petia, ya dormido, y a su hija Hélène, cuyos ojos se cerraban imperceptiblemente. Había dejado a Serioja en su cama, pero el pequeño le retenía cogido por la mano, con los párpados cargados de sueño y una expresión suplicante en el rostro. Micha se dejaba hacer, extrañado de verse tan conmovido por aquella petición de amor. Se extrañaba también al constatar que el niño parecía haber olvidado a su madre. Micha y Xénia se habían puesto de acuerdo al respecto. ¿Debían hablarle de Catherine? Pero ¿cómo explicarle que seguían sin noticias de ella y del niño que seguramente habría traído ya al mundo? Micha había jurado a su mujer que una vez que estuviera en Moscú haría todo lo posible por encontrarla. No porque la quisiera de una forma especial, sino más bien porque era la viuda de Igor, y había que protegerla.

La presión de la manita de Serioja en la suya se acentuó.

–El leoncito de papá –murmuró.

–Ya te lo he contado... El leoncito ya ha crecido... Era más bien de temperamento pacífico, pero daba miedo...

Por temor a despertar a sus hijos dormidos le hablaba casi al oído.

–... y tuvimos que darlo al zoo de Petrogrado... En su jaula había un cartel que indicaba: «Athanase Léo Belgorodsky». Íbamos a verlo a menudo.

–¿Y papá estaba triste?

–Mucho. Lo que más lamentaba era no haber visto crecer su melena... La melena de un león tarda mucho tiempo en crecer...

Al evocar aquel recuerdo, la emoción se apoderó de nuevo de Micha. Se acordaba de todo: de las discusiones con sus padres para poder conservar todavía un poco más el león; las quejas de las criadas, a quienes les asustaba su presencia en el parque; la obstinación de su hermano Igor, que quería ver «crecer la melena del león».

La puerta de la habitación se entreabrió silenciosamente y un rayo de luz iluminó el suelo. Micha se volvió y percibió la silueta delgada y oscura de Nathalie a contraluz. En el mismo momento sonó la campana que anunciaba que pronto se iba a servir la cena.

La presión de la manita se soltó y Serioja se quedó dormido, con una sonrisa de maravilla en los labios. Micha se levantó y se unió a

Nathalie en el pasillo.

Como hacía antaño, pasó el brazo en torno a la cintura de su cuñada. Ésta, aunque era reacia a los contactos físicos, le dejó hacer. Más aún: inclinó un momento la cabeza sobre su hombro y murmuró algo que él no comprendió.

–Habla más claro –dijo él.

–Lamento que tengas que irte mañana.

Lo dijo con naturalidad, y él le respondió en mismo tono:

–¿Qué hacer si no? No podemos pasarnos el resto de la vida aquí esperando no sé qué. Rusia cambia y nosotros tenemos que encontrar nuestro sitio.

Y como ella no respondía, le apretó brevemente la cintura.

–Ya no me apetece nada –acabó por decir Nathalie.

–Ya cambiarás, tú también.

Echó un vistazo tímido al rostro dolorido, al cuerpo enflaquecido que apenas se mantenía en pie. Le volvían a la mente imágenes de Nathalie disputando furiosamente un partido de tenis, remando en el laguito de Baïgora, colgada del brazo de Adichka, que la contemplaba, lleno de amor. Tuvo entonces la impresión de que sólo el brazo en torno a su cintura la sostenía, y que ella se abandonaba a aquel apoyo.

–Siempre estaré aquí, a tu lado –dijo.

–Ya lo sé.

Ella levantó los ojos hacia él. Su mirada era tranquila, sin ambigüedad alguna.

Micha, que se disponía a besarla en la frente, no lo hizo. Al contrario que Nathalie, se sentía un poco turbado y no comprendía por qué.

Diario de Tatiana

30 de marzo de 1918

Los adultos han bajado a Yalta para acompañar a Micha a su barco. Daphné y yo, desde la terraza, hemos agitado mucho rato un pañuelo blanco para saludar el paso de su barco. Como le habíamos hablado de nuestro proyecto, nos ha prometido mirar en dirección al palacio. Nos ha parecido distinguirlo entre los viajeros, pero no estamos completamente seguras. Empiezo la lectura en inglés de *Nicholas Nickleby*, de Dickens.

Diario de Xénia

30 de marzo de 1918
Micha ha conseguido embarcar en el único vapor autorizado a hacer el trayecto Yalta-Sebastopol. Los demás (¡y no es decir mucho!) se han quedado en el muelle. No sale tampoco ningún tren, ni correo; estamos separados del resto del mundo. Oleg me ha dicho que en la ciudad se habla «de un ejército en ruta hacia Crimea». ¿Qué ejército? No podemos saberlo. Nuestros vecinos más cercanos se han refugiado en la montaña. A mi dolor por estar separada de nuevo de Micha se añade una terrible angustia ante lo que se prepara y que ignoramos. Incluso Olga está nerviosa.

13 de abril de 1918
El rumor de una incursión bolchevique asesina ha aterrorizado a nuestra pequeña comunidad. Cada uno en su habitación, hemos establecido turnos de vigilancia. Yo he vigilado la primera parte de la noche con Oleg, y Olga la segunda con Nathalie. Los que se han acostado lo han hecho vestidos, por si había que huir. Sólo los niños siguen disfrutando a pesar de la situación. Tatiana y Daphné han hurtado unos cuchillos de cocina para defender a los más pequeños, y me ha costado mucho recuperarlos. Si todavía me quedan fuerzas para reír, es que la noche que nos daba tanto miedo a todos se ha desarrollado sin problemas.

16 de abril de 1918
Ajuste de cuentas entre los bolcheviques locales y los bolcheviques venidos de otros lugares con intención de matarnos. Parece que estos últimos querían desencadenar una especie de noche de San Bartolomé, donde debían perecer todos los nuestros, incluidos los niños. Ese complot sanguinario ha fracasado por falta de coches, según cree Oleg. Aquí somos conscientes de que hemos rozado muy de cerca una inmensa catástrofe. ¡Si estuviese aquí Micha! No hay noticias suyas. ¿Habrá llegado a Odesa? Estamos apartados de todo, abandonados por el resto del mundo.

Mi querido Léonid:

El hecho de que no parta ya ningún correo no me impedirá escribirte: esto me ayuda a ver con claridad y a conservar la sangre fría. ¡Y buena falta me hace!

Vivimos la semana más intensa de nuestra estancia aquí. El lunes, la animación marítima había aumentado más aún, sin que supiéramos por qué. (Después hemos sabido que se trataba de la huida precipitada de los bolcheviques.) En Yalta reinaba el mayor desorden, una vez desaparecidos los comisarios, soldados, marinos, etc. La población, abandonada a su suerte, temía lo peor. En el ayuntamiento se celebró una reunión con diversos elementos (principalmente los semirradicales excluidos a fin de año por los bolcheviques y que parecían haber desaparecido). Allí me encontré con algunos de nuestros amigos. Llegó un hombre con el uniforme ucraniano para anunciar que «el ejército ucraniano venido para liberar Crimea del yugo bolchevique se acerca a Yalta». Una delegación decidió marchar a su encuentro. Pero al salir de Yalta la mencionada delegación se encontró con... ¡un escuadrón de la caballería alemana!

Ayer, sus tropas entraron en Yalta. Hoy miércoles nos hemos cruzado con ellos, que se dirigían hacia Sebastopol, con su artillería pesada y sus convoyes de avituallamiento. Sus uniformes estaban impecables, y sus caballos parecían animales de concurso. Verlos desfilar con un orden perfecto, sonrientes, visiblemente satisfechos de encontrarse aquí, ha dejado estupefacta a la población local y a nuestra comunidad, que se esperaba cualquier cosa menos esto. ¿Te lo imaginas? ¿Haber salvado la vida gracias a nuestros enemigos durante casi cuatro años? Ya que para nosotros son y serán siempre enemigos... El innoble tratado de Brest-Litovsk es un asunto de los bolcheviques, no nuestro. Espero que nuestra comunidad sepa guardar las distancias y que Crimea sepa comportarse como un país ocupado, aunque (la verdad es que hay que confesarlo, para ser totalmente sinceros) nos sentimos terriblemente aliviados. Las más alteradas son las pequeñas Daphné y Tatiana.

Cuando veíamos desfilar en un orden perfecto a las tropas alemanas, Daphné, que tenía mi mano apretada en la suya, no dejaba de murmurar: «¡Sonríen, parecen amables, pero están fingiendo, mamá! ¡Están fingiendo!». Por su parte, Tatiana se extrañaba: «¡Qué limpios van, con los uniformes planchados, la cara afeitada, el pelo corto! ¡No es posible que hayan hecho la guerra!». Es cierto que comparados con lo que queda de nuestro andrajoso ejército, con el alma y la carne magulladas, los soldados alemanes parecen haber pasado toda la guerra bien refugiados en un cuartel. Según las últimas novedades, el grueso de sus tropas se reagrupa en Sebastopol y Simferopol, y sólo una parte queda en Yalta para «restablecer el orden».

Primer resultado positivo: se han autorizado de nuevo los accesos a las playas. Hace un tiempo magnífico. Dentro de pocos días cuento con poder ir a nadar, arrastrando a mis dos frioleras cuñadas. Los niños por su parte ya chapotean, bajo la vigilancia de su institutriz. La idea de volver a nadar me encanta, y casi se me olvida que debo esta libertad recuperada a las fuerzas alemanas. Tener presente constantemente en el espíritu que somos un país ocupado me parece el primer principio que ha y que adoptar...

Diario de Xénia

26 de abril de 1918
Ya hace diez días que las fuerzas alemanas ocupan Crimea, y reina el orden. Los que nos perseguían ayer han desaparecido o han sido detenidos y ejecutados, si habían cometido algún crimen previo. Los marinos de guardia en el faro han venido a verme para pedirme que dé testimonio a su favor. Lo he hecho de buen grado, aunque sólo sea porque no han huido con sus camaradas bolcheviques. He tenido que explicarle a un oficial alemán que sus coqueteos con nuestras criadas de alguna manera nos han protegido. Algunos entre los nuestros no han tenido semejante «honradez» y unos cuantos rojos han sido ejecutados injustamente. El espíritu de venganza existe en todas partes, y es una cosa terrible. Es cierto que ahora sabemos por una fuente fiable que debíamos ser asesinados todos en una incursión que se había planeado para la Noche de Ramos. La consigna dada por los bolcheviques de Moscú era no dejar ningún superviviente, no respetar ni a las mujeres, ni a los niños, ni a los ancianos. Ha sido, por tanto, la inesperada intervención de los alemanes lo que nos ha salvado la vida. No puedo evitar encontrar humillante este hecho, y no soy la única. La familia imperial, recluida aún en la villa Dulber, se declara por su parte resueltamente germanófila.

28 de abril de 1918
Ayer, un general alemán, escoltado por algunos oficiales, vino a verme a casa con la intención de requisar una decena de habitaciones. Yo estaba horrorizada al pensar en la idea de alojarlos y al mismo tiempo me resultaba imposible negarme. Al final han optado por Villa Ondina, cuya disposición «más espartana» de las habitaciones era más del agrado del general, según me ha dicho. Olga imagina que, impresionado por el «esplendor» de este palacio, no se ha atrevido a alojar en él a sus tropas. Los niños han dado gritos de alegría al verle partir.

Diario de Tatiana

30 de abril de 1918

Hoy, *picnic* en el campo con nuestras institutrices y miss Lucy. Estábamos cómodamente instaladas en la hierba, con una comida deliciosa, cuando hemos pasado más miedo que en toda nuestra vida. De golpe, han llegado unos soldados alemanes a caballo por la carretera, y al vernos han venido hacia nosotros. Hélène tenía tanto miedo que ha huido corriendo. Un alemán ha querido volver a cogerla, Hélène se ha caído. Entonces el soldado alemán ha bajado de su caballo, la ha levantado y, a pesar de sus gritos, la ha cogido en brazos y la ha traído hacia nosotros. Le hablaba en alemán, y cuanto más le hablaba, más gritaba Hélène. Los otros soldados, también a caballo, se han acercado y de golpe nos hemos visto rodeados. Miss Lucy nos pedía en inglés que nos calmáramos. Ha recuperado a Hélène de brazos del soldado alemán y le ha dado las gracias, fríamente. El soldado se ha excusado por haber perturbado nuestro *picnic* y nos ha asegurado, hablando muy mal en ruso, que no debíamos tener miedo de ellos. Después se han ido. Pero el día ya estaba estropeado. Daphné y yo los odiamos, son nuestros enemigos; no queremos considerarlos de otra manera. Felizmente, ninguno de ellos ocupa Baïtovo.

Carta de Micha Belgorodsky a su familia

Moscú, 10 de mayo de 1918

Mi querida mujercita, querida mamá, queridas Olga y Nathalie: He tenido la suerte de encontrar en Moscú a nuestro amigo de la infancia Nicolás Lovsky, desmovilizado como yo, que se dispone a reunirse con Bichette en Yalta y que os entregará esta carta.

He encontrado nuestros caballos y nuestra cuadra sin problemas. Los caballos sólo están delgados (¡pero menos que yo!) y faltos de entrenamiento. Me producirá una enorme alegría convertirlos en futuros campeones, y, por tanto, os anuncio que sería absurdo venderlos. El ámbito tan cerrado de las carreras y la cría es un mundo aparte, en el que nada ha cambiado, por muy increíble que nos pueda parecer. Y además, es lo único que nos queda, y debemos proteger nuestros últimos bienes. Me comprometo a hacer de nuestras cuadras una empresa rentable, que nos dará para vivir a todos. Además, dispongo de un pequeño alojamiento justo al lado, con vistas al parque Petrovsky. Por tanto, Xénia, mi mujercita querida, te pido con ilusión que vengas a reunirte conmigo lo antes posible. La vida cotidiana en Moscú es mucho más fácil que en Petrogrado: se puede pasear por la noche sin que te asesinen en la esquina de una calle, no se muere uno de hambre, las torres del Kremlin están intactas, así como las águilas que las coronan... Incluso pude seguir la misa de Pascua, entre un gran fervor religioso. Fue igual que antes: resonaban las campanas en toda la ciudad, y bajo un maravilloso cielo estrellado, la procesión dio la vuelta a la iglesia y volvió a la catedral cantando: «Cristo ha resucitado». Al lado, los tiradores letones que hacen guardia ante el Kremlin se calentaban en grandes fogatas. No había ninguna agresividad hacia nosotros. Y ya que me lanzo a las descripciones (¡espero que apreciéis el cuidado que pongo en ellas!), confieso que me gustaron las manifestaciones del 1 de mayo. Las casas y los pisos tenían una bandera roja, incluso las más «burguesas». En las calles, una multitud inmensa veía pasar a los batallones de soldados y obreros. En la plaza Roja, las tropas de infantería, artillería y jefes de unidad a caballo desfilaban con gran calma. Es el nuevo ejército, y todos llevan en la gorra una estrella con cinco puntas. Ya me parece ver la cara de mi querida hermana crispada de contrariedad. No te inquietes, Olga, no estoy a punto de dejarme seducir por los bolcheviques. Sólo intento deciros que se puede vivir en Moscú y que quiero tenerte a mi lado, mi querida Xénia. Léonid debe de estar a punto de escribirte en el mismo sentido, Olga. Ha encontrado alojamiento en casa de un pariente a cambio de una modesta aportación financiera. Aquí esto se llama «compresión de apartamentos». ¡Está prohibido tener muchas habitaciones para uno solo, a partir de ahora! Todo el mundo debe tener alojamiento, y aquellos que poseen casas grandes están muy contentos de poder subarrendarlas a parientes o amigos de su elección, antes de que les impongan algún inquilino desconocido. Los comisarios de barrio y los comisarios de inmueble son los que aplican la ley, pero siempre se puede llegar a un acuerdo, no todos son malvados ni criminales. Por tanto, mis queridas Xénia y Olga, os espero aquí. Y a usted, querida madre, y a ti, querida Nathalie, espero poderos hacer venir a principios del otoño, antes de

que el invierno vuelva completamente impracticable lo que queda de nuestra espantosa red ferroviaria.

Y aquí dejo mi carta, que Nicolás ya salta de impaciencia y quiere tomar el primer tren hacia Kiev. (¿Cuándo? Esa pregunta ya no nos la hacemos: uno va a la estación y espera. Así son las cosas, hay que acostumbrarse.) Pasar por Kiev para luego dirigirse a Yalta parece ahora mucho más «fácil» gracias a la importante presencia de las fuerzas alemanas.

Desde el mayor hasta el más pequeño, os abrazo a todos contra mi corazón,

MICHA

Diario de Xénia

10 de junio de 1918
Más de un mes de ocupación alemana ha bastado para devolver la calma y el orden a Crimea. Vivimos casi como antes. Las novedades de Moscú parecen más bien buenas. Nicolás Lovsky ha encontrado a Bichette aquí, después de una estancia de diez días en Kiev, donde se han refugiado muchos de nuestros parientes y amigos. Parece que han olvidado con demasiada rapidez que estamos en un país ocupado por los alemanes. Nicolás traía distintas cartas para nosotros, entre ellas una de mi cuñada Catherine: ha dado a luz a una niñita e intenta reunirse con su familia en Lituania. Nos pide que nos quedemos con Serioja hasta que los medios de transporte mejoren. ¿Sabe ella hasta qué punto me produce felicidad este hecho? Serioja se adapta, se une mucho a Hélène, que le considera su segundo hermano. Aunque tiene tendencia a mantenerse apartado de los demás niños, lo veo más atento, más curioso. Nathalie le trata con ternura, y mi Serioja parece sensible a ello. Micha me reclama a su lado en Moscú. Según él, debo confiar a mis hijos a su madre e intentar unirme a él. Olga se encuentra ante el misino dilema. Entonces, ¿nuestros maridos o nuestros hijos? Ahora le toca a los alemanes entregarnos los salvoconductos que nos autoricen a circular por Rusia. Ayer cursamos una petición en ese sentido.

16 de junio de 1918
Olga y yo nos hemos acercado a la Kommandatur a retirar nuestros *Ausweis.* Aunque todo el mundo nos exhorta a no emprender un viaje tan difícil, estamos decididas a llegar a Moscú. Para evitar Odesa, «zona particularmente peligrosa», pasaremos por Kiev.

18 de junio de 1918
Ya tenemos plazas en el tren Yalta-Kiev para el 21 de junio. Olga está convencida de que una vez en Kiev, encontraremos otro tren hacia Moscú. Yo cuento con ella, mucho más decidida y espabilada que yo. Varvara, mi fiel doncella, nos acompañará. Vamos también a Moscú para intentar retirar algo de dinero y objetos de valor de los bancos, que podríamos vender. En Yalta empiezan a escasear muchas cosas. La ropa y los zapatos, por ejemplo. Pero los niños crecen sin parar.

Separarme de ellos me rompe el corazón, aunque sé que quedan en buenas manos. Son todos muy felices y están sanos.

19 de junio de 1918
Nuestros amigos están horrorizados al vernos abandonar el «paraíso» de Crimea para dirigirnos al «infierno bolchevique» de Moscú y renunciar a la cómoda protección alemana. Dicen que es «meterse en la boca del lobo». Sobre todo cuando Olga les ha confiado que intentaría ir también a Petrogrado para coger en nuestra casa de la calle Fontanka algunos objetos de primera necesidad y encargar una misa para su hermano Adichka, sepultado en la *lavra* de San Alejandro-Nevsky. Todos los rumores y testimonios afirman que Petrogrado se ha convertido al cabo de algunos meses en un lugar muy peligroso. Olga los acusa de dramatizar. Yo, esta noche, me siento débil e indecisa, a punto de renunciar a partir.

20 de junio de 1918
Salimos mañana. Siento aprensiones de todo tipo ante la idea de dejar lo que tanto amo, mis hijos, mi casa, a cambio de lo desconocido. Sin la presencia de Olga y de Varvara a mi lado, no me habría atrevido jamás a emprender un viaje semejante. Ellas, por otra parte, muestran una calma que me produce admiración. He pasado el día esforzándome por no llorar cada vez que mis ojos se posaban en mis hijos. Nathalie me ha prometido que velaría particularmente por ellos. Desde hace algunas semanas da pruebas en su comportamiento con ellos de una asombrosa buena voluntad, y le estoy enormemente agradecida. Le he confiado la propiedad a Oleg, que sabe mejor que yo lo que hay que hacer. ¿Qué haríamos sin él?

Moscú

Aunque el viaje duró seis días, se desarrolló mucho mejor de lo previsto. A pesar de las numerosas paradas, la multitud apelotonada en los pasillos y los compartimentos, los registros y la falta de agua y de comida, Olga, Xénia y Varvara acabaron por llegar a Moscú. Gracias a sus *Ausweis* provistos del sello alemán, las tres mujeres pasaron sin problema los numerosos controles policiales. Era una hermosa mañana de julio, todavía no hacía demasiado calor, y Moscú, en un primer momento, no les pareció demasiado cambiado.

Esa impresión no tardó en disiparse.

Antaño apreciado por sus restaurantes, su gastronomía refinada y sus teatros, la ciudad, en aquellos momentos, estaba en decadencia. Los alimentos escaseaban en los mercados, y los precios alcanzaban su récord. No frecuentaban los restaurantes más que aquellos a quienes llamaban «los nuevos dirigentes». En cuanto a los teatros, estaban sucios, mal cuidados y se veía en ellos a un nuevo público, desaliñado, ruidoso y agresivo. Eso fue lo que más llamó la atención de Xénia y de Olga. Algunos meses antes, los espectadores de todas las clases sociales se vestían bien para ir al teatro. Eso formaba parte del placer del acto, y testimoniaba su respeto por el arte dramático y por los que lo encarnaban: los actores. Esa tradición tan preciada por los rusos había quedado hecha pedazos. La gente iba al teatro con la ropa de cada día, se fumaba, se hablaba e incluso se increpaba a los actores cuando el espectáculo, por un motivo u otro, desagradaba a la gente.

Nada de lo que había vivido Xénia desde su infancia la había preparado para esa nueva vida, y adaptarse le costaba unos esfuerzos enormes. Felizmente, Varvara estaba con ella para paliar algunas de sus insuficiencias; se dedicaba a ello con el mismo respeto que siempre le había manifestado.

Un año entero pasado en Crimea las había dotado a ambas de una salud excelente y de una resistencia física que los moscovitas no tenían desde hacía mucho tiempo. Para economizar, muy a menudo se desplazaban a pie. Xénia se sorprendió de sí misma. Reacia a andar hasta entonces, ahora seguía a Varvara a todas partes con la esperanza de dar con alimentos de mejor calidad. Veía con espanto a la población moscovita, que parecía estar en la piel y los huesos. Una pobreza casi general, que antes jamás había imaginado, la dejaba desarmada. Varvara, en mejores condiciones para comprender los

cambios sociales, había encontrado las palabras: «Ya no hay ricos. Ahora sólo hay pobres y muy pobres».

Los más desgraciados eran los niños.

Se los veía en los parques y jardines públicos, junto a las estaciones. Abandonados, hambrientos, se agrupaban en bandas e intentaban sobrevivir en un universo hostil del que ya no esperaban nada. Mendicidad, robos y agresiones eran sus únicos medios. Algunos se habían convertido en verdaderos delincuentes capaces de lo peor. Los otros, más débiles, los obedecían. Todos tenían la mirada de animales acorralados, animales de los cuales ya nadie se preocupaba, excepto la milicia que había reemplazado a la antigua Policía y que, a veces, después de algunas quejas, los expulsaba. Los niños huían y se refugiaban entonces en otro parque u otro jardín.

Xénia veía muchos en torno al parque Petrovsky, junto al cual Micha tenía su caballeriza. No eran los caballos lo que les atraía, sino la presencia de visitantes aparentemente más afortunados. Los mozos de cuadra no se fiaban de ellos y los expulsaban en cuanto penetraban en el recinto privado de los establos. Ni siquiera Micha experimentaba ninguna piedad por ellos. De una gran amabilidad con todo el mundo, podía mostrarse hasta brutal con aquellos niños que sorprendía merodeando en torno a sus caballos. Xénia le vio expulsar una mañana a golpes a dos niños que se aproximaron al box de su potranca.

–Son como tú, les gustan los caballos –se quejó ella.

–Lo que buscan es hacer daño.

Micha también convocó y sermoneó a los cinco mozos que trabajaban bajo sus órdenes desde su regreso a Moscú. Bastó una semana para que los mozos experimentasen hacia él una gran admiración mezclada con afecto. Micha se convirtió en el amo incontestable de la caballeriza. Sin haberse puesto de acuerdo, le llamaban «ciudadano príncipe», lo que suponía un compromiso aceptable entre lo que se practicaba antaño y lo que convenía decir ahora, desde que se impusieran las nuevas normas.

Micha no se había equivocado. El universo de los caballos de carreras seguía existiendo todavía, idéntico al que había sido, con los mismos códigos y los mismos valores.

Si las carreras de trotones habían cesado poco antes de 1917 era a causa de las múltiples privaciones y de una vida cada vez más difícil. La Revolución no tenía allí prácticamente nada que ver, y Micha estaba convencido de que los bolcheviques acogerían con entusiasmo que se volvieran a celebrar: la reanudación de las apuestas representaba una fortuna de la cual serían los principales

beneficiarios. Por eso redactó un proyecto en ese sentido en el que proponía volver a ocuparse de todo aquello. Que los nuevos dirigentes le nombrasen «comisario general de la gestión de caballos de carreras y su cría» le parecía tan normal como justificado. «Soy el mejor de la generación joven en este terreno. ¡El mejor!», repetía a Olga, que denunciaba con furia su «voluntad de colaboración con los bolcheviques». Desde luego, la reapertura del hipódromo de Moscú no podía tener lugar de inmediato. Hacía falta previamente censar el número de caballos de carreras que todavía quedaban vivos, volver a hacerse cargo de ellos, elegir a los mejores y entrenarlos. La población rusa disfrutaba mucho de las carreras, y acudiría en masa al hipódromo en cuanto lo abriesen de nuevo; las apuestas fluirían desde todas partes y el dinero llenaría de nuevo las arcas del Estado.

–Y yo, como director general de las carreras, me convertiría en alguien muy importante: aquel que devolvió a Rusia su lugar en el mundo hípico. ¡Y qué lugar! ¡El mejor! ¡El primero! Y ganaría el dinero suficiente para que viviésemos todos. Así es como veo las cosas, si me nombran director general de los caballos de carreras y de su entrenamiento.

Por miedo a discutir una vez más con su hermana Olga, Micha había evitado la palabra «comisario»... De hecho, Micha quería proponer a los bolcheviques que aplicaran en todo el país el programa que había puesto en práctica con sus tres caballos. Lo que valía para los suyos, sería bueno también para todos los demás.

Si su hermano Adichka había decidido venderlos en junio de 1917 era porque había juzgado que eran los más perfectos, los más prometedores. Los acontecimientos habían decidido lo contrario, y los tres caballos habían pasado un año en la cuadra cerca del parque Petrovsky. Nadie pagaba ya su pensión, y él se había encontrado a unos mozos y dos propietarios para los cuales el amor a los caballos lo sobrepasaba todo, y que los habían tomado a su cargo. Mientras se hundía la sociedad, la vida del establo prosiguió, difícil, sujeta también a la ausencia de alimentos y al duro invierno. Pero los combates y bombardeos que arrasaron la nueva capital a sangre y fuego no habían tenido lugar en aquella parte de la ciudad. La caballeriza formaba un estado microscópico dentro del Estado.

Algunos propietarios de caballos eran ricos industriales que la Revolución no había conseguido expulsar aún, y que no deseaban huir al extranjero. Por lo tanto, se habían quedado en Moscú, dispuestos a renunciar a algunos de sus privilegios mientras pudieran ejercer su oficio en Rusia. Entre ellos había algunos que, generación tras generación, habían reunido espléndidas colecciones de obras de

arte; otros, cuadras de caballos de carreras. Gracias a estos últimos, la cuadra del parque Petrovsky había sobrevivido. Habían conseguido alimentar a sus caballos, pero también a otros, cuyos propietarios, muertos o ausentes, no se manifestaron ya más. Esa solidaridad entre propietarios, poco frecuente en el mundo hípico (duro, cerrado y obsesionado por la competencia), permitió salvar muchos de esos animales, entre ellos los de la familia Belgorodsky.

Con una inmensa emoción, Micha recuperó a sus tres purasangres Orlov, nacidos en Baïgora, y que le habían parecido excepcionales enseguida.

Estaba *Brave Cheyenne*, un semental negro clasificado entre los cinco primeros en el derbi de 1914 y a quien se le pronosticaba un porvenir de campeón; *Valet de Coeur*, un semental de dos años que no había corrido todavía, pero cuyo prestigioso linaje alimentaba todas las esperanzas. Y estaba, sobre todo, *Cambrioleuse*, una potranca de cuatro años, fina, emotiva y con clase, que desde su nacimiento fue la preferida de Micha. Cuando recibió en el fondo de una trinchera el mensaje por el que Adichka le informaba de que iba a poner a la venta a *Cambrioleuse*, se olvidó de la guerra y de los alemanes que estaban a pocos metros, cuyo fuego incesante los abatía a casi todos. Ante la mirada de sus compañeros, estupefactos, dejó su fusil y se puso a sollozar. Sólo cuando el soldado más cercano, un oficial amado por todo su regimiento y cuya inteligencia y valor les habían sacado de apuros algunos días antes, cayó acribillado a balazos, Micha recuperó la presencia de ánimo y el fusil.

La víspera y toda la noche había llovido. El cielo, cargado de nubes oscuras y bajas, anunciaba otros chaparrones. Las tormentas de verano aparecían por encima de Moscú. Para aquellos que tenían la suerte de poseer un cobijo, las lluvias tempestuosas aportaban al fin un poco de frescor, la posibilidad de dormir por la noche; para los demás, era una calamidad más. En Moscú, había hecho un calor especialmente intenso aquella última semana del mes de julio. El aire, en algunos barrios, se había vuelto irrespirable a causa de la basura que se amontonaba y que los servicios municipales inexistentes no se preocupaban de recoger.

No era ése todavía el caso en los alrededores del parque Petrovsky, donde los numerosos árboles aseguraban cierto frescor. La higiene en el interior del recinto privado de la caballeriza se respetaba estrictamente, y la pista de entrenamiento se cuidaba otra vez. Al cabo de poco, Micha esperaba que se pudieran enganchar los animales a los *sulkys*, formar conductores. Más tarde, una vez arreglado el hipódromo, simularían carreras entre los mejores trotones. Y más adelante aún... Se sentía tan feliz y confiaba tanto en el porvenir que todo le parecía posible.

Aquel día, el tiempo era tan inseguro que dudaba todavía si sacar o no los caballos. Se paseaba entre los boxes con Olga y Xénia, que habían acudido a visitarle.

–Que el suelo de la pista de entrenamiento sea fangoso no debería impedirme sacarlos –explicaba–. Por el contrario, es mejor que el suelo tan seco de las últimas semanas... Pero no han pisado el barro desde hace mucho tiempo... Los sacaré al final del día, con la fresca.

Olga parecía contrariada.

–Me sentía de un humor hípico esta mañana.

–Vuelve esta tarde.

–Esta tarde estoy de servicio en el hospital.

–Que te sustituya alguien.

–Imposible.

Olga, siguiendo los consejos de su marido Léonid, había asumido la dirección de uno de los servicios del hospital. Aquello se decidió en cuanto volvió a Moscú, y sin que ella dudase.

Su deseo de ir a ayudar a los enfermos y heridos, y la ausencia de personal cualificado habían puesto fin a sus cómodos hábitos vacacionales. Ella se exasperaba al ver que su hermano no

comprendía la necesidad de aquel compromiso, y que le proponía que alguien «la sustituyera». Según ella, su amor por los caballos empezaba a hacerle olvidar demasiado a menudo el mundo en el cual se debatían todos.

–Querría montar a *Cambrioleuse* enseguida –dijo ella.

–¡Montar a *Cambrioleuse*!

Micha estaba indignado.

–¡*Cambrioleuse* no se monta! ¡Y *Cambrioleuse* es mía!

–¡*Cambrioleuse* me pertenece a mí tanto como a ti!

De talla mucho más pequeña que su hermano, Olga se ponía de puntillas como para fulminarle mejor con su terrible mirada gris azulada. Pero en el dominio de los caballos, Micha sabía que tenía las de ganar.

–¿Ah, sí? –preguntó, con aquella sonrisa falsamente tonta que desde la infancia conseguía ponerla fuera de sí, y cuya eficacia probaba una vez más aquel día.

Él no le dejó tiempo para responder y emitió un breve silbido. Al momento, una encantadora cabeza de potranca apareció por encima de la puerta de un box. Era fina, gris, con una mancha blanca en forma de estrella, unos ollares temblorosos y las orejas enhiestas. Sus ojos suaves, grandes y tiernos estaban fijos en Micha y no lo veían más que a él.

Micha, con la palma de la mano, acarició con delicadeza la frente y los ollares del animal. Después la besó con la misma delicadeza. La potranca tembló de emoción.

–*Cambrioleuse*, preciosa mía...

La potranca tembló un poco más. Parecía que recorrieran su pelaje estremecimientos nerviosos. Sus ojos se empañaban con una conmoción amorosa. Las dos mujeres, un poco apartadas, la contemplaban, emocionadas y turbadas. Olga, que conocía bien la mentalidad de los caballos, comprendió que aquella potranca estaba tan unida a Micha que a partir de entonces le pertenecía. Se olvidó de inmediato de sus agravios y se acercó al box, respetuosa con la potranca y con su amo.

–Se ha enamorado de ti a primera vista...

Micha percibió el cambio de actitud y decidió confiarse a ella sinceramente, con modestia. Si alguien entre sus allegados era capaz de comprender los vínculos que había establecido con aquella potranca, era Olga.

–No. ¿Recuerdas lo nerviosa y emotiva que era? Cuando volví, había empeorado. Los mozos me han asegurado que nunca se dejaba aparejar, y que no tenía los nervios para competir... No le veían más

que un porvenir de yegua de cría.

Micha tendió las manos en forma de copa y la potranca hundió en ellas los ollares. Sus grandes ojos expresaban la atención que ponía en todo lo que él decía.

–Sabe que se habla de ella –comentó Olga, enternecida.

–Claro que lo sabe.

Nuevo beso, nuevos temblores. Micha reanudó su historia.

–Con ella he actuado con mucha prudencia. Había que domarla, ganar su confianza. Algunas visitas..., algunas caricias..., unas palabras murmuradas..., nunca demasiado tiempo. Entonces empezó a tranquilizarse, a familiarizarse. Pero me guardé mucho de aprovecharme... Dejé que se acercara, poco a poco, día tras día. ¡Era maravilloso ver cómo se iba abriendo! Ahora ya no le oculto mis sentimientos, ni ella los suyos. Me parece que gracias a este amor compartido, su exceso de emotividad va desapareciendo poco a poco.

–¿Y qué pretendes hacer?

Una vez más, Micha percibió la nueva curiosidad de su hermana y decidió implicarla en sus proyectos. Tras haberla observado un par de veces, se había dado cuenta de que Xénia, su mujer, permanecía ajena a aquel dominio que tan querido les era a él y a su hermana. Ella parecía sumergida en la lectura de un cuadernito, lejos, muy lejos de su discusión, del parque y de los establos.

De hecho, Xénia pensaba en la cena que debía preparar, en los alimentos que faltaban y en el escaso dinero que llevaba en el monedero. Acababa de releer la lista de los gastos consignados en su nuevo cuaderno doméstico. Por ejemplo, los del día anterior:

> Plancha y almidonado del cuello de Micha: 1 rublo 75.
> Patatas nuevas: 2 rublos la libra.
> Pan sin cartilla: 10 rublos la libra.
> Cerezas negras: 6 rublos la libra.

Era desalentador.

–En enero –explicaba Micha–, *Cambrioleuse* tendrá oficialmente cuatro años. Es una edad delicada: la edad en la que se pasa de la condición de potranca a la de yegua... Su crecimiento habrá terminado. Si no hubiera sido por la guerra y hubiese podido ocuparme de ella normalmente, habría podido comenzar mucho antes la doma.

–¿La doma? –preguntó Xénia, distraída por un momento de sus cuentas.

Olga estuvo a punto de responderle: «No finjas que te interesa algo que, de todos modos, no entenderías», pero se contuvo.

–Es el adiestramiento preparatorio del caballo. La base de su educación –dijo con ese tonillo suyo de maestra de escuela, que molestaba a menudo a Xénia.

–... Por tanto –siguió Micha, sin preocuparse de aquella interrupción–, voy a empezar pronto su doma... Según creo, la cosa será rápida. Desde ahora hasta finales del verano, pienso engancharla. Y para que las cosas vayan suavemente, seré yo quien la conduzca.

–Magnífico programa –dijo Olga, con sinceridad–. Tu potranca-yegua me gusta mucho.

–¡Y no has visto nada todavía!

Micha entreabrió la puerta del box y en voz baja llamó:

–*Cambrioleuse*..., preciosa mía...

Con un cabezazo prudente, la potranca empujó la puerta y dio dos pasos hacia el exterior de su box. No la retenía ligadura alguna. Micha retrocedió y la potranca le siguió. Su pelaje gris, sus patas finas y todavía frágiles que rozaban con la punta de los cascos el suelo del patio, gustaron mucho a Olga.

–Ni grande ni pequeña... Ni fuerte ni debilucha. Está muy bien proporcionada tu *Cambrioleuse*.

–¿Verdad?

Micha hizo entrar a la potranca en el box, buscó en un bolsillo de su chaqueta y, para sorpresa de todos, extrajo una manzana. De las distintas miradas que le contemplaban, sólo quiso ver la de su potranca: una mirada en la que la codicia se mezclaba con el amor. Se la tendió, ella tragó, y Olga y Xénia no pudieron contener un gemido de despecho. ¿Cuánto hacía que se habían comido la última manzana? En los mercados se había convertido en una fruta muy rara. Micha no les dejó tiempo para lamentarse.

–Xénia, querida mía, intenta encontrar algo adecuado para la cena de esta noche. En cuanto a ti, Olga, voy a presentarte a *Valet de Coeur*, nuestro benjamín, del cual espero mucho. No tiene nada que ver con mi *Cambrioleuse*: dos años, maleable, siempre de buen humor, blando ante la doma por miedo a las reprimendas. El alumno ideal, vaya. No importa con qué mozo acabe, siempre es su ojito derecho.

Xénia había conseguido la gran hazaña de encontrar algo con que alimentar de una manera más o menos correcta a sus invitados. Ayudada por Varvara, había intentado dar cierto aire festivo a las dos habitaciones que habitaban con Micha. Era un alojamiento exiguo, sin comodidades y sin encanto alguno, con una habitación minúscula en el mismísimo rellano, y en la cual dormía Varvara. Pero nadie habría soñado siquiera con quejarse: con relación a muchos moscovitas, todavía se podían considerar unos privilegiados.

Como no encontró flores, Xénia había compuesto un ramo con unas hojas verdes. Tres chales de Fortuny de inspiración bizantina recubrían los pocos muebles que tenían. Un icono de la virgen de Kazán, ante la cual ardía una velita, un grabado que representaba el hipódromo y unas fotos recientes de sus hijos constituían la decoración. En los alféizares de las ventanas, en unas jardineras pequeñas de madera, cultivaba unas cebollas.

Aquella noche eran tres parejas quienes compartían un guiso de col, un pan de hogaza obtenido gracias a la cartilla de racionamiento y unas cerezas negras, dulces, jugosas, compradas en el mercado a buen precio. Estaban Xénia y Micha, Olga y Léonid, Basile y Nina Annenkov, amigos antiguos a quienes habían perdido la pista desde el principio de la guerra.

Basile era un oficial de carrera desmovilizado, y no sabía qué orientación dar a su vida. Desde la descomposición del Ejército ruso, sólo subsistía lo que llamaban la Guardia Roja, sin conocimientos militares, sin jerarquía y sin disciplina. El 10 de julio, en la clausura del Congreso de los Soviets, Trotsky había expuesto su plan de formación de esa Guardia Roja. Él no ignoraba que las competencias militares se encontraban del lado de los oficiales del antiguo emperador, ahora devueltos a la vida civil, a quienes proponía ir a enmarcarse en su nuevo ejército. Había resumido así los grandes principios de la nueva moral militar: «trabajo, disciplina, orden». Se parecía tanto a lo que había conocido Basile que estuvo tentado de responder positivamente al llamamiento de Trotsky. Participar como oficial instructor en la creación de un nuevo Ejército era algo que correspondía también a su ideal patriótico. Pero ¿cómo ignorar que a partir de entonces, por todas partes, se empezaba a organizar el Ejército blanco, decidido a derrocar a los bolcheviques y a recuperar el poder? Pasaban los días y Basile no sabía qué decidir.

–Deja la carrera militar –le decía Micha–. Todo eso pertenece al pasado... Mejor ven a ayudarme a reorganizar las carreras de trotones.

A falta de sillas, estaba sentado en el suelo, igual que Olga. Ésta se ponía nerviosa.

–¡Nos tienes hartos con tus caballos! Basile tendría que ir al sur a unirse al ejército de los voluntarios de Denikin. Si no hubiera perdido ya a dos hermanos y no fueses tú el único que me queda, también te pediría que hicieras lo mismo. ¿Por qué todas esas dudas, Basile? ¡La elección está bien clara!

Xénia, sentada en la cama entre Nina y Basile, notaba la angustia de su invitado. Una angustia teñida de un sufrimiento sincero que le acercaba a ella. Si se hubiera atrevido, como buena ama de casa, habría cambiado de tema. Pero ¿qué habría evocado? ¿Los precios que subían sin cesar? ¿Los sacos de harina y de azúcar intercambiados por una sortija en el mercado negro, y que Varvara había disimulado bajo las tablas del suelo? ¿Los rumores de la ejecución de Nicolás II, persistentes desde hacía algunos días? Sí, de eso era de lo que debían hablar, aquella noche. No se sabía nada de la suerte del emperador y de su familia.

Pero Basile, en su deseo de ser honrado consigo mismo y con sus amigos, intentaba responder a Olga.

–Desde luego, pienso en reunirme con Denikin... Pero la guerra civil no tiene sentido... Lo sé, estoy íntimamente convencido... Ser ruso y disparar contra otros rusos... No, no puedo decidirme a hacerlo.

–Entrar en el Ejército rojo como oficial instructor equivale a hacerle la guerra a los nuestros.

–Y por eso tampoco acabo de decidirme a hacerlo.

Basile era un hombre alto, demasiado delgado, con las piernas y los brazos largos; y parecía no saber qué hacer con ellos. En su rostro destacaba una gran cicatriz debido al estallido de un obús. Todos conocían su valentía y su inteligencia militar, todos estaban conmocionados por su angustia. Incluso Olga.

–Perdona que me meta una vez más en cosas que sólo te conciernen a ti...

Mordió una rebanada de pan e hizo una mueca de asco.

–El pan no sólo está racionado en cantidades cada vez más escasas, no solamente se ha convertido en una espantosa mezcla de harina y salvado... ¡Hoy es incluso peor!

Léonid, su marido, que fumaba en silencio junto a la ventana grande abierta, asintió.

–Es verdad. El pan ha franqueado una nueva etapa: es una mezcla de harina y serrín. Malo de sabor, malo para la salud.

Unas niñas pequeñas entonaron una canción abajo, en el patio. Aunque también sufrían la penuria alimenticia, al menos tenían familia, un techo. Sus voces eran las de unas criaturas contentas de vivir, ya acostumbradas a las dificultades y a las que todavía no les asustaba el porvenir. Luego se pusieron a jugar, y sus gritos y risas llenaron el pequeño apartamento de dos habitaciones. Las escucharon en silencio un momento. Después Léonid, en voz baja, como para excusarse de lo que debía anunciar, volvió a tomar la palabra:

–Parece seguro ahora que el zar ha sido asesinado.

–¡Hace mucho tiempo que corren esos horribles rumores! –protestó Olga.

–Los rumores, desgraciadamente, siempre preceden a la realidad. Hace un rato he atendido a un obrero impresor al que la máquina le había seccionado un dedo. Antes de que me lo trajeran, vio el titular que componían sus camaradas para el periódico de mañana: «Ejecución de Nicolás Romanov».

Nadie más en la habitación osó poner en duda la información. Todos se replegaron sobre sí mismos, púdica, dolorosamente. Incluso indignarse parecía vano. En el patio, alguien tocaba el acordeón. Una melodía popular y melancólica que entonaron las niñas; después unos hombres y unas mujeres se les unieron. Se organizaba una fiesta espontánea sin que nadie supiera por qué. Micha se enderezó y sacó de debajo del colchón una botella de aguardiente de cerezas.

–¡Xénia, unos vasitos! Amigos míos, hermana, hay que cantar también... y reír... ¡Si no, moriremos!

Se puso a cantar a voz en grito cualquier cosa, sin pensar, sobrecogido por entero por el deseo de no llorar, de no hundirse, de no ceder a la desesperación. Los otros habían bajado la cabeza para no verle. Por fin, Olga se levantó y lo abrazó tierna, casi amorosamente.

–Hermano mío, mi hermanito pequeño, calla, deja de cantar... Esta noche no..., no después de una noticia tan espantosa... –dijo, y le cubrió el rostro de besos.

Xénia, que acababa de llevar los vasos, los contemplaba con el corazón encogido. Tuvo entonces una breve visión que jamás olvidaría. Veía otra habitación pequeña, también pobremente amueblada, con sus chales Fortuny, unas fotos, un icono; Olga, que intentaba consolar a su hermano como debía de hacerlo ya cuando ambos eran niños; una ventana abierta que daba a un patio por

donde subían las palabras de una canción. Xénia sabía que aquellas palabras no eran rusas y que acababa de entrever una imagen de su futuro exilio. Un exilio que sólo ella presentía inevitable.

En otro momento de la velada sacó su cuaderno y escribió bajo la fecha del 19 de julio de 1918: «Estábamos rotos por la noticia de la muerte de nuestro zar, un núcleo minúsculo en una Rusia en la que ya no teníamos un lugar propio. Y supe que un día habría que abandonarla para siempre, porque nosotros ya no pertenecíamos allí».

Octavilla del Comité Ejecutivo Central Panruso

Difundida por toda Rusia en julio de 1918

Estos últimos días, Ekaterinburgo, la capital roja de los Urales, estaba amenazada por el avance de las bandas checoslovacas, al mismo tiempo que se descubría un complot contrarrevolucionario que tenía como objetivo otorgar el poder soviético al verdugo coronado. Por este motivo, el Comité Regional de los Urales decidió fusilar a Nicolás Romanov, lo que se hizo el 16 de julio. La mujer y los hijos de Nicolás Romanov están en lugar seguro.

El Comité Ejecutivo Central Panruso ha declarado que la decisión del Comité Regional era justa.

Diario del exilio (1935).
Trotsky

En realidad, esta medida no sólo era oportuna, sino también necesaria. La severidad de ese acto sumario probaba al mundo que estábamos decididos a proseguir la lucha, implacablemente, sin detenernos ante ningún obstáculo. La ejecución del zar ofrecía la ventaja no sólo de asustar al enemigo, de inspirarle horror, de desmoralizarle, sino también de impresionar a nuestros propios partidarios, demostrarles que no se puede dar vuelta atrás y que no hay otra alternativa que la victoria completa o la ruina completa... Ya Lenin había comprendido eso muy bien.

Carta de Olga a Maya Belgorodsky

21 de julio de 1918

Querida mamá:

¿Qué se sabe en Crimea del asesinato de nuestro zar? Pienso en la desesperación de su madre, la emperatriz viuda. Imagino que se ha instaurado un duelo nacional en Yalta. Aquí, en Moscú, debemos contentarnos con encargar unas misas a escondidas, evitando reunirnos en gran número. Nuestros amigos monárquicos y liberales están tan indignados como asustados. La gente del pueblo parece indiferente. Es cierto que la guerra civil y las dificultades cotidianas se imponen sobre todo lo demás. Yo misma estoy preocupada por otras cosas que no son el asesinato de nuestro zar. Las autoridades bolcheviques piden cada vez con mayor firmeza a los antiguos oficiales del Ejército imperial que se vuelvan a censar. Eso me parece peligroso. Ya he intentado prevenir a Micha, y él me ha acusado de preocuparme de tonterías. La verdad es que él no ve más allá de las narices de los trotones, y que está fascinado por el encanto (real) de su potranca *Cambrioleuse.* Sería mucho más prudente que Xénia y él abandonasen Moscú y volviesen a Baïtovo. Pero ¿cómo decidirlo?

Mi *Ausweis* no me autorizaba a circular más que en el trayecto Yalta-Moscú, y fue Léonid el que partió en mi lugar hacia Petrogrado. Irá a nuestra casa, a la calle Fontanka, a coger ropa de casa, vestidos, etc. ¿Podrá sacar dinero de nuestros dos bancos? Creo que no: los bolcheviques tienen todo el poder sobre ellos, y nuestras cuentas están bloqueadas. Sin embargo, sigo creyendo que acabarán por «saltar». Su campo de acción se va estrechando, y sus adversarios son cada vez más numerosos. Ya son incontables los partidos que se oponen a ellos: el Partido Constitucional Democrático, la Unión por Rusia, que reúne bajo la misma cólera a socialistas de derechas y jóvenes de izquierdas, etc. A la «izquierda» de los bolcheviques están los anarquistas, que ahora se rebelan. Ayer los vi desfilar seguidos por la población hambrienta, con sus banderas negras y este lema: «¡Revolución contra los comisarios!». Incluso habían recuperado las consignas de la izquierda socialista-revolucionaria: «¡Disolución de la Cheka y supresión de las brigadas de requisa de trigo en el campo!».

Gracias a tu larga carta sé que mis niños se están portando bien. Para Xénia y para mí es un gran sufrimiento vernos privadas de ellos. La vida cotidiana en Moscú es más difícil de lo que nos anunciaba Micha. Léonid y yo vivimos en una sola habitación pequeña del apartamento de una tía suya. Los otros cuartos están ocupados por nobles expulsados de sus hogares, hogares que ahora habitan los bolcheviques. También está aquí una prima tuya, medio loca de pena desde la muerte de su hijo único en enero de 1918. A ratos pierde la cabeza por completo y llama a todos los hombres que hay en el apartamento por el nombre de su hijo. Y es muy triste oírle decir: «Volodia, Volodia». Hay muchos transeúntes, ya que es la única forma de hacer circular las cartas y las informaciones. ¡Pero se diría que los nuestros no tienen nada mejor que hacer! Cuando vuelvo del hospital, rendida, me cuesta mucho soportar esas conversaciones interminables, siempre las mismas, sobre nuestros bienes confiscados, nuestra grandeza desaparecida y el alimento del

que nos vemos privados. ¡Sobre todo los días que, como esta noche, tengo hambre!

La persona que debe ir a Crimea y llevarte esta carta sale dentro de dos días, de modo que ahora la interrumpo y la reanudaré mañana, cuando, al menos eso espero, tenga cosas más «divertidas» que contarte.

Esta noche se celebra una gran velada (la primera desde hace mucho tiempo) en la embajada de Turquía, la única embajada que todavía existe en Moscú. Xénia, Micha y yo vamos a hacer un esfuerzo y ponernos elegantes. ¿Sabes lo que más ilusión me hace? ¡El bufé! ¡Estoy segura de que podremos comer hasta hartarnos!

Xénia y Olga, la base de cuyo guardarropa se encontraba todavía en Petrogrado, pidieron prestadas a sus amigas moscovitas las prendas que les faltaban. Xénia llevaba un vestido de muselina gris con fondo de seda y un cinturón verde intenso. Olga lo mismo en malva. Las dos se habían recogido la larga cabellera en un moño elaborado, adornado con flores la una; con estrellas de pedrería la otra.

–¡Qué antiguo régimen os habéis puesto! –se burló Micha. Él llevaba un traje de verano de lino blanco que, a causa de su delgadez, le bailaba un poco por los hombros y la cintura.

Hacía calor después de comer. Un viento llegado de la llanura soplaba sobre la capital, levantaba el polvo y los papeles que cubrían el suelo. Los pocos árboles de la avenida ya perdían sus hojas, prematuramente quemadas por el sol. La gente deambulaba, taciturna, cansada, indiferentes los unos a los otros. Algunos se encorvaban bajo el peso de un enorme saco de víveres recibidos del campo a cambio de sus últimas propiedades. Se apresuraban a volver a casa para poner a salvo sus tesoros. En la mayoría de los casos se trataba de niños o de ancianos.

Había más niños, hambrientos, silenciosos, agrupados en torno a una cantina popular que acababa de cerrar sus puertas. Todos los víveres disponibles habían sido distribuidos, y las mujeres encargadas de aquel trabajo intentaban expulsarlos.

–No hay nada más..., volved mañana..., volved a casa...

Se habría dicho que los niños no las entendían: se quedaban allí, inmóviles, mudos, con la mirada fija.

–Vamos, marchaos, volved a vuestra casa.

–Es espantoso decir eso –murmuró Xénia–. Como si tuviesen algún lugar adonde ir...

Había aminorado el paso, y Micha la cogió por el brazo.

–Te lo ruego, hoy, por esta noche nada más, olvídalo todo...

Lo primero que les sorprendió fue la gran cantidad de invitados, la profusión de alimentos y bebidas que presentaban unos criados uniformados, la riqueza de las colgaduras y del mobiliario. Pero una vez pasado ese primer momento de sorpresa, sin ponerse de acuerdo, los tres al mismo tiempo se precipitaron al bufé más cercano. «Estábamos tan hambrientos –contaría más tarde Olga a sus hijos–

que comimos como lobos. Sólo después nos preocupamos de convertirnos en seres civilizados.»

Micha abandonó rápidamente a las jóvenes para unirse a un grupo de oficiales desmovilizados. Con un vaso en la mano festejaban alegremente su reencuentro. Todos estaban decididos a aprovechar el momento presente, y nadie se arriesgaba a evocar la guerra civil que empezaba a extenderse por todas partes, ni la amenaza que pesaba sobre ellos desde que el Gobierno les había pedido que se volvieran a censar. Acogieron con calor a un grupo de soldados de la Guardia Roja, que llevaban la estrella de cinco puntas en la gorra, y que, como ellos, no habían cumplido aún los treinta años.

Olga y Xénia saludaron al embajador de Turquía y, tras una corta y amable conversación, prosiguieron la visita del lugar en medio de una multitud cosmopolita donde estaban representadas todas las nacionalidades. Probaron todos los alimentos, emocionadas por el champán y el lujo insólito de la recepción. Enseguida localizaron a amigos y conocidos. Se felicitaron por encontrarse allí, alabaron el refinamiento y la abundancia de los platos, evocaron una época no demasiado lejana en la que ese tipo de veladas formaba parte de la vida cotidiana... Y rápidamente volvieron a las conversaciones habituales sobre las dificultades de la vida, la pérdida de posesiones y privilegios. De nuevo circularon las sempiternas recetas sobre la mejor manera de esconder las joyas, la plata y los valores. Olga se inclinó hacia su cuñada y susurró:

–Tú eres muy libre de seguir escuchando estos desvaríos, pero yo me voy. –Y después de haber dirigido a la concurrencia la sonrisa más exquisita, desapareció.

La biblioteca, vasta, de techos muy altos, la atrajo de inmediato por el número impresionante de libros que parecía contener. Había ejemplares en todos los idiomas y sobre todos los temas. Olga los contempló con avidez: desde su llegada a Moscú, no había tenido contacto alguno con los libros. «Es increíble, pero incluso se me había olvidado su existencia...», le contaría a Léonid, al reunirse con él. Hojeó sucesivamente una obra de medicina y una selección de poesía oriental traducida al inglés. Algunos invitados entraban y salían, ruidosos y atareados. Una joven dormía en un sofá, con un plato aún medio lleno de comida a sus pies. A su lado, sentado detrás de una mesa de *bridge*, un hombre leía la prensa extranjera. Olga lo reconoció de inmediato.

Se trataba de un banquero rumano, muy renombrado por sus grandes conocimientos de economía y también, curiosamente, por

sus dotes como vidente. Olga le había tratado en diversas ocasiones y le gustaba hablar con él de finanzas y de política. Volver a verle de pronto en la biblioteca de la embajada de Turquía la alegró tanto que le llamó en voz alta. A su vez, él la vio y fue a saludarla.

–¡Qué suerte volvernos a encontrar!

–Sí, ¿verdad?

Él la invitó a sentarse a su lado, detrás de la mesa de *bridge*. Juntos evocaron de la manera más ligera posible la suerte de Rusia, sus relaciones con otros Estados, las oportunidades de supervivencia del Gobierno bolchevique. Él se mostraba relativamente preciso en lo concerniente a la política internacional y a la próxima capitulación de Alemania, pero sus juicios sobre Rusia eran reservados. Olga se dio cuenta e insistió. En vano. Su amigo el banquero no tenía nada que añadir.

–Pero ¿y sus poderes de videncia? –protestó Olga.

Él le sonrió, levemente burlón al recordar sus antiguas disputas sobre ese asunto.

–Así que me sale ahora con eso...

Y como notaba que estaba atenta:

–No es lo mismo. Hay cosas que pienso en estado de conciencia, y otras que veo... Son dos estados muy diferentes, que, felizmente, no interfieren jamás el uno con el otro. No estoy en disposición de responder a una pregunta de tipo general, como: «¿Cuál es la suerte de Rusia?». Pero puedo responder a alguna pregunta concreta, concerniente a una persona, por ejemplo. ¿Quiere probar?

Olga había desconfiado siempre de todo lo que tenía relación con el ocultismo e incluso experimentaba a ese respecto cierto menosprecio teñido de agresividad. Pero aquel día, en la biblioteca de la embajada de Turquía, todo le parecía tan irreal, tan lejos de sus referencias habituales, que se sintió tentada de pronto.

–Vivimos en un universo enloquecido –dijo–. Así que, ¿por qué no?

Él le explicó que debía formular una pregunta por escrito en un trocito de papel y después doblarlo de forma que él no pudiera leerlo. «Voy a tenderle una trampa», pensó Olga. Y en lugar de escribir el nombre de una persona, escribió el de su propiedad saqueada y destruida durante el verano de 1917: Baïgora. A continuación dobló el papel, lo colocó en el centro de la mesa de *bridge* y miró con curiosidad a su amigo banquero. ¿Adoptaría aires de médium inspirado? ¿Entraría en trance? Se equivocaba. El comportamiento de su vecino no se modificó apenas, salvo que había puesto las manos bien planas delante de él, a cada lado del papel.

Sus ojos seguían obstinadamente bajos. Pasó un minuto, quizá dos. A Olga se le hizo una eternidad.

–Hay algo que no entiendo –dijo.

Pasaron más minutos. Olga empezaba ya a impacientarse. A su lado, el banquero seguía muy concentrado, indiferente al guirigay de los invitados que no dejaban de entrar y salir de la biblioteca, cada vez más animados y ruidosos. Parecía que ni siquiera los oía. Al final volvió a hablar.

–De todos modos, es algo muy malo. Si se trata de una persona, está muerta... Si se trata de un lugar o de una casa, no queda nada... Polvo..., cenizas..., muchas cenizas...

Su mirada buscó la de Olga.

–¿He respondido a su pregunta?

–Sí –dijo ella, muy afectada.

En el mismo momento entrevió al grupo formado por los oficiales y los soldados. Blancos y rojos, ya achispados, formaban una alegre banda aparentemente muy unida. Micha se encontraba entre ellos. Eso llenó de espanto a Olga: los amigos de una noche de su hermano serían aquellos que, más tarde o más temprano, vendrían a detenerle. Hacía mal en mostrarse tan confiado, en hacerse notar, en recordar su grado de oficial en el Ejército imperial, ya disuelto.

–¿Puedo formular otra pregunta?

Él accedió. Volvió a coger el trocito de papel y escribió: «¿Micha?». Como la vez anterior, lo dobló bien y lo puso en el centro de la mesa de *bridge*. Su amigo pareció ausentarse de nuevo, con los ojos bajos y las manos planas.

–No tiene nada que temer por esta persona.

–¿Está seguro?

Él no respondió, pero sus labios esbozaron una sonrisa divertida. Olga se sintió tranquilizada de inmediato. ¿Eran las copas de champán que se había bebido antes? Una especie de fiebre se apoderaba de ella, unida al deseo de saber más, a la excitación de abandonar el dominio de lo racional por el de lo irracional. Su interlocutor lo adivinó.

–¿Otra pregunta?

En el mismo trocito de papel, Olga escribió: «¿Nuestra familia?», y esperó ansiosamente la respuesta. Ésta tardó un poco. Con los ojos bajos y las manos colocadas planas a ambos lados del trocito de papel, su amigo el banquero dudaba:

–¿Se trata de una persona? ¿De varias?

–De varias.

Entonces llegó al momento la respuesta.

–Estas personas vivirán un gran duelo después de una gran pérdida... No se trata de una pérdida de vidas humanas..., sino de otra pérdida, de otro duelo, quizá más doloroso aún... Esas personas van a abandonar Rusia..., todas juntas... Después se dispersarán por los cuatro puntos cardinales y sus hijos crecerán bajo otras nacionalidades...

Olga notó que se ponía blanca. Lo que acababa de oír la había desilusionado y la había conducido al presente que tanto detestaba. Empezó a horrorizarle la fiesta, ahora absurda, que continuaba desarrollándose a su alrededor; los primeros acordes de un vals, a lo lejos; la abominable y escandalosa despreocupación de los invitados. Entonces, tranquilamente, con la fuerza de carácter que tan a menudo venía en su ayuda, decidió olvidar aquella predicción.

Pero el banquero rumano todavía tenía algo que decirle.

–Siento en usted una energía y una decisión tales que siempre obtendrá todo aquello que desee..., siempre.

Transcurrió una semana, de la cual, más tarde, Olga diría: «Era la calma que precede a las grandes tempestades». Léonid había vuelto de Petrogrado muy impresionado por el estado de abandono en el cual se encontraba la antigua capital.

–No habría creído jamás que en sólo unos meses una ciudad pudiera cambiar tanto..., hundirse en una miseria semejante.

Hablaba de la pobreza extrema, de la desolación de lugares y habitantes, de las calzadas destrozadas, los escaparates condenados mediante tablones claveteados y las vitrinas vacías; de los cadáveres de caballos muertos de hambre que se pudrían a lo largo de la arteria principal, la prestigiosa perspectiva Nevsky.

El hogar familiar de la calle Fontanka estaba ocupado ahora por una administración de la salud pública, lo que, para Léonid, era un mal menor.

–Fui acogido por el responsable, un médico bolchevique, instalado allí desde la primavera, y que me hizo los honores de nuestra casa como si ahora fuese también la suya. Atrajo mi atención hacia determinados estragos anteriores a su llegada, y de los cuales, según él, no es responsable.

Léonid había decidido detener allí su relato, pero Olga le apremió a que prosiguiera.

–Nuestra casa desprendía una tristeza desgarradora, que me recordaba las casas abandonadas que había visto al principio de la guerra, en Prusia Oriental... Los muebles y tapices que habíamos dejado se los llevaron y los enviaron no sé dónde... El suelo estaba sembrado de libros y de fotos arrancadas de sus marcos...

Léonid recogió las fotos y, gracias al médico bolchevique, tuvo acceso a los armarios del primer piso, donde se encontraban guardados vestidos, zapatos y ropa de casa. Llenó dos maletas grandes y volvió a la estación, con prisa por abandonar Petrogrado y volver a Moscú.

–Pero ¿qué va a ser de nuestra casa? –preguntó Olga.

–¿Y cómo quieres que lo sepa? –Al ver su angustia, la cogió entre sus brazos y la estrechó largamente, con ternura, sin poder ocultarle su desánimo–. A decir verdad..., tuve la sensación de que no volveremos jamás a la calle Fontanka... Quizá nuestros hijos...

Léonid no tenía nada que añadir, y Olga renunció a su proyecto de acudir sin autorización a Petrogrado como había pensado por un

momento. Moscú, en comparación, le parecía una ciudad relativamente civilizada, y casi habría dado la razón a Micha: quizá deberían olvidar el pasado y empezar allí una nueva vida.

En el mes de agosto el calor se hizo insoportable. A veces estallaban breves y violentas tormentas al final del día, que aportaban un poco de frescor. El apartamento en el que habían alquilado una habitación Olga y Léonid estaba tranquilo, sin el paso habitual de visitantes. Habían abierto los postigos y todos yacían, agobiados por el calor, en la cama o en un sillón.

Olga, que aquel día tenía permiso, estaba sumida en la contemplación de las fotos que había llevado Léonid de su casa de Petrogrado. Había una docena en la cual se la veía crecer rodeada de sus tres hermanos, Adichka, Igor y Micha. Fotos banales, como las que se encontraban en todas las familias. Pero la muerte de los dos mayores las volvía más preciosas que nada. «Mamá estará muy contenta», se decía Olga. Pensó con emoción que de aquellos cuatro niños felices, se podría creer que unidos para toda la vida, dos faltaban ya. Por mucho que lo supiera en su corazón y su carne, aquello le seguía pareciendo irreal. Una parte de sí misma secreta y obstinada se negaba aún a admitir su desaparición definitiva.

En el silencio afelpado del apartamento sonó de repente el timbre de la puerta de entrada. Los habituales tenían la costumbre de llamar tres veces seguidas, un poco espaciadas: un código que al menos tenía el mérito de impedir que alguien tuviese miedo de abrir. Pero aquella vez, ése no fue el caso.

Olga se irguió, alerta de inmediato, dispuesta a enfrentarse a lo peor. Sabía que los otros inquilinos del apartamento reaccionarían como ella. Desde hacía algún tiempo tenían lugar detenciones arbitrarias e imprevisibles. Los bolcheviques no parecían distinguir entre nobles, demócratas y miembros de otros partidos políticos. No ser de los suyos constituía un delito en sí mismo.

El timbre de la puerta de entrada sonó una vez más, después una tercera, insistente, prolongada. Un ruido que acabaría por atraer la atención de todos los habitantes del inmueble. Olga pensó enseguida que la persona que llamaba era quizás uno de los suyos, que tenía prisa por refugiarse. Esa misma situación se había producido algunas veces durante el verano.

Conocía de vista al joven que estaba en el rellano, y que por cortesía se quitó la gorra. Se llamaba Yuri y trabajaba de mozo en la caballeriza de Micha.

–Tiene que ayudarme –dijo enseguida–. Su hermano está en peligro, tiene que salir de Moscú enseguida.

La expresión inquieta de su rostro, las palabras que acababa de pronunciar tuvieron un efecto inmediato en Olga. Garabateó a toda prisa una nota para Léonid, en la que le pedía que se uniera a ella lo antes posible en el parque Petrovsky, y salió detrás de Yuri.

En la calle, él le enseñó los carteles que acababan de pegar en paredes, vallas y troncos de árboles: lo que ella temía con razón desde hacía semanas acababa de materializarse: «Todos los ex oficiales del Ejército imperial entre 16 y 66 años deben presentarse para registrarse en la Escuela de Equitación en el plazo de veinticuatro horas. El plazo expira mañana al anochecer», leyó. Entonces se volvió hacia Yuri y dijo:

–Es una trampa para coger a todos los que se encuentran aún en Moscú, ¿verdad?

–Por eso he venido a buscarla. Su hermano no ve el peligro... Debe usted convencerle de abandonar inmediatamente la ciudad, con su esposa.

«Pero ¿cómo?», se preguntaba Olga. Micha no disponía de ningún salvoconducto y sus documentos probaban que había sido oficial del Ejército imperial. En la primera barrera, en el primer control, le detendrían y le meterían en prisión por un delito de fuga. Lo demás sería fácil de imaginar: le declararían culpable de alta traición y le ejecutarían. Pensó en el Comité Nacional Lituano, que funcionaba a la manera de una embajada. Su marido conocía bien al que lo presidía, un hombre generoso e independiente que seguramente aceptaría redactar un documento en el que certificaría que Micha era súbdito lituano. Pero ¿cómo encontrarle a aquellas horas?

De repente, el cielo se oscureció y estalló la tormenta, violenta, seguida de una lluvia torrencial. En las calles, los escasos viandantes corrían en todas direcciones en busca de cobijo. Yuri continuaba avanzando, con Olga a sus talones. Los truenos apenas la sobresaltaban, apenas notaba la lluvia. Un coche grande con neumáticos los sobrepasó y los salpicó de barro. En su precipitación, Olga había salido calzada con las zapatillas de casa, recuperadas unos días antes por su marido en la calle Fontanka. Eran unas chinelas de seda delicadas, bordadas en rojo y oro, que enseguida se empaparon de agua. Olga se las quitó y siguió andando descalza, con una zapatilla en cada mano.

El documento que convertiría a Micha en súbdito lituano sólo sería válido si iba también firmado por los alemanes. Por lo tanto, era necesario que encontrase rápidamente al cónsul general de Alemania. Pero ¿tendría éste la audacia de convalidar un documento ilegal? Ella esperaba que, provista de un certificado que hiciera de

Micha un súbdito lituano, sabría convencerle. Si Lituania estaba en manos de los alemanes, ¿no debía proteger la embajada a sus residentes? Pero ¿bastaría con aquello? Volvió a pensar en los avisos de movilización de los bolcheviques. El documento lituano, firmado por el cónsul general de Alemania, ¿no debería especificar que Micha, a causa del mencionado documento, no estaba sometido a la movilización? Intentó convencerse desesperadamente de que aquello conseguiría salvarle. Después recordó que el embajador de Turquía partía hacia Kiev al cabo de tres días. Había reservado dos vagones enteros para él y su séquito. Aceptaría de buen grado hacer pasar a Micha por uno de sus secretarios, incluso su intérprete. Pero ¿dónde esconder a Micha durante aquellos tres días? ¿Y cómo conseguirle un pasaporte falso?

La tormenta se alejaba ya, la lluvia había cesado y las calles de la capital, lavadas, brillaban bajo los últimos rayos del sol. Aquellos que habían podido encontrar un refugio reaparecían, asombrados por la rapidez de los cambios en el tiempo. Por todas partes había carteles que recordaban el drama que se preparaba. «Miles de personas han debido de pegarlos simultáneamente», pensaba Olga. Algunos desconocidos se volvían a su paso y la seguían con los ojos. Olga sorprendió aquellas miradas, inquieta. ¿Era posible que hubiesen adivinado hacia dónde corría? ¿Su deseo de hacer escapar a su hermano? Olga no se daba cuenta de que iba empapada, despeinada, y que en su afán por avanzar más deprisa se había levantado bastante la falda. Eran sus piernas, finas, musculosas, y sus pies desnudos lo que atraía la atención. Unos días después, una amiga de su madre le diría:

–Pasaste a mi lado sin verme, vestida de una forma increíble, con el pelo suelto y despeinado... Parecías una salvaje..., una bohemia... ¡Ni siquiera me oíste cuando te llamé!

–No era yo –respondería Olga, con seguridad–. Se equivoca.

El sol había desaparecido y la luz descendía suavemente. Los accesos al parque Petrovsky estaban perfumados después de la tormenta y sus árboles goteaban todavía cuando Olga y Yuri penetraron en el recinto de los establos. Era el momento en que los mozos alimentaban a los caballos y Micha participaba en el trabajo, discutiendo con los unos y bromeando con los otros. Entraba en un box, acariciaba el caballo, lo besaba entre los ollares, salía y volvía a empezar de nuevo en el box siguiente. Algunos caballos le acogían con un relincho de alegría.

Había transcurrido ya una hora, durante la cual Olga se había cansado de suplicar, argumentar, amenazar. En vano. Micha no se sentía en peligro, incluso deseaba presentarse al día siguiente mismo a la convocatoria de los bolcheviques.

–Así estaré en regla con ellos, habré dado pruebas de mi buena fe y me facilitarán el trabajo aquí.

Sólo Yuri consiguió hacer que su confianza se tambaleara durante un instante cuando le informó de que desde hacía algunos días preguntaban por él. Unos individuos que decían ser policías y que conocían su identidad y su grado en el Ejército imperial habían interrogado a algunos mozos.

Olga, Micha y Yuri se encontraban en la oficina de acogida de visitantes, donde habían reunido todo lo que concernía a los caballos, las cuadras y el hipódromo. Reinaba una gran calma en los alrededores. Sólo algunos chillidos de pájaros, cada vez más espaciados, turbaban el silencio. La noche llegaba y Yuri había encendido una lámpara.

Sobre una estantería, trofeos y medallas se amontonaban junto a cuadros enmarcados y con cristal de los caballos ganadores. Micha los contemplaba, los tocaba, como para convencerse de su legitimidad. El retrato de un magnífico semental negro con el cuello estirado por encima de un pecho estriado de espuma le enternecía especialmente.

–*Brave Cheyenne*, clasificado entre los cinco primeros en el derbi de 1914. ¡En su primera carrera! ¿Te acuerdas, Olga? Estábamos allí para verlo correr... ¡Nuestra alegría! ¡Nuestro orgullo!

–¡Sólo me queda un hermano y es el más estúpido!

Bruscamente, Olga no pudo contener ya más su cólera y su indignación. Con un movimiento súbito, arrancó el retrato de manos de su hermano y lo arrojó con un vigor increíble en dirección a la estantería. Las copas de plata rodaron por el suelo, y el cristal que protegía la foto del semental se rompió en mil pedazos. Micha, petrificado por la violencia de su hermana, la miró fijamente, incapaz de responderle, de reaccionar. Se había convertido de nuevo en el pequeño de la familia, aquel que siempre se sometía a la autoridad de sus mayores.

En aquel instante llamaron a la puerta.

–¡Adelante! –gritó Olga, con el mismo tono furioso.

Era Léonid, prevenido por el mensaje que ella le había dejado en la habitación. Había descubierto los avisos de movilización y comprendió enseguida el motivo de aquella reunión. Su rostro tenso expresaba a la vez su miedo y su decisión.

Muchos años más tarde, Olga escribiría para los suyos:

> Durante mucho tiempo guardé rencor a Micha por no haberme escuchado y por haberse dejado convencer por los argumentos de Léonid y Yuri, que eran exactamente los mismos que los míos: esa convocatoria era una trampa para desembarazarse de los oficiales del Ejército imperial. Micha, en su estúpida ingenuidad, iba a precipitarse de cabeza. Estar llena de angustia y a la vez sentirse herida, eso todavía me sorprende... En resumen, una vez convencido Micha, el problema seguía siendo el mismo. ¿Cómo organizar su huida y la de Xénia? ¡Teníamos tan poco tiempo! Hacer un llamamiento al presidente del Comité Nacional Lituano, al cónsul general de Alemania o al embajador de Turquía era algo poco realista. No quedaba más que una solución, la más peligrosa: intentar que pasara la frontera sin documentos. Yuri conocía a alguien que, a cambio de una suma de dinero que parecía razonable, podría guiarlos. La operación era horriblemente complicada y peligrosa. Se trataba de subirse a un tren hacia Petrogrado, y saltar durante la noche cerca de una pequeña estación en el campo. Allí había que esperar y subir a otro tren sin ser vistos, bajar junto a la frontera estonia, franquearla a pie por un lugar perdido y sin vigilancia. «Si llegamos hasta allí, estamos salvados», le aseguró a Yuri el campesino estonio que le iba a servir de guía. Una fuga semejante era muy arriesgada... Si los atrapaban sin documentos, mi hermano, mi cuñada y su guía serían fusilados de inmediato. Pero no había otra solución que confiar en aquel guía desconocido. Si algo aprendí en aquella época maldita, fue a tomar decisiones rápidas. Por seguridad, mi hermano durmió aquella noche en casa de Yuri, donde Xénia se reunió con él por la mañana. Debían permanecer allí escondidos hasta que cayese la noche. Yo pasé todo el día corriendo para reunir la suma de dinero necesaria. Léonid, para no atraer la atención, fue a trabajar como de costumbre. Todo estaba perfectamente cronometrado. A las 19.00, yo debía depositar el dinero en tal sitio; a las 19.30, tenía que pasar a recoger a mi hermano y a mi cuñada y dirigirme con ellos a pie a la estación Nikolaievsky, donde, en un lugar fijado de antemano, esperaría nuestro guía estonio acompañado de Yuri. Está claro que mi hermano y su mujer no debían llevar equipaje alguno, ya que se suponía que volvían a Moscú a los dos días.

Al dirigirse hacia la estación Nikolaievsky, Olga, Micha y Xénia intercambiaron pocas palabras. Cada uno a su manera, se esforzaban por parecer unos burgueses cualesquiera de paseo. Sólo su ausencia de conversación y la rigidez de su marcha habrían podido llamar la atención, quizá. Pero el día declinaba, y la multitud que rodeaba la estación era tan densa que pasaron totalmente inadvertidos.

Aquella muchedumbre estaba formada por viajeros en espera de un tren, merodeadores, vagabundos, soldados y ciudadanos que esperaban la llegada de los campesinos que acudían a vender sus preciosas mercancías al mercado negro. En cuanto éstos llegaron,

hubo una avalancha general. Había que pegarse, usar los codos y, sobre todo, actuar con la mayor rapidez: la milicia reprimía severamente toda forma de mercado negro. Pero la penuria alimenticia era tal que los moscovitas estaban dispuestos a correr todos los riesgos para encontrar algo que comer.

Como estaba acordado, Yuri y el guía estonio se encontraban en la escalera de entrada de la estación. Se saludaron y Yuri se apartó. El guía invitó a Micha y a Xénia a seguirle y sonrió amistosamente a Olga. Algo en ella debió de inquietarle, ya que se acercó y preguntó en un murmullo:

–¿Hay algún problema?

–Ninguno –se esforzó por responder Olga.

De hecho, estaba aterrorizada: cerca de aquella misma estación, una bala perdida había matado a su hermano Igor en los primeros motines de marzo de 1917; también en una estación, la de Volossovo, en Rusia central, fue asesinado Adichka, su otro hermano, el mayor. Y ahora Micha, el último, el único que le quedaba, se encontraba a su vez en una estación. Esa coincidencia horrible, espantosa, en la cual no había pensado antes, le daba náuseas. Su estómago se retorcía de dolor y ella tenía la sensación de que su corazón iba a dejar de latir. Una mano se posó en su brazo.

–Vaya delante con su hermano, yo la sigo con la otra dama –dijo el guía estonio. Y en voz baja, casi a su oído–: Comprendo que esta separación la apene... Pero anímese, se diría que se va a poner enferma...

La mayor parte de las farolas de la estación estaban rotas. Se desplazaban como podían, en la semipenumbra que precedía a la noche. Pronto se encendieron los pocos faroles dispuestos de trecho en trecho en los andenes. La multitud era compacta, lenta.

Olga avanzaba agarrada al brazo de su hermano, con el rostro vuelto hacia el de él. Lo contemplaba con avidez para retener todos los rasgos: los ojos muy azules, la nariz un poco gruesa, las orejas despegadas, de las cuales se burlaba antaño y que a menudo la enternecían hasta las lágrimas. Volvía a ver a Micha en las diferentes épocas de su existencia y rezaba para que aquella vida no resultase brutalmente cortada. Se preguntaba qué experimentaría él, si pensaría también en la muerte trágica de sus dos hermanos. Pero Micha no aflojaba los labios. Y cuando por fin habló, fue para pedirle que escribiera.

–Yuri se ocupará muy bien de los caballos, pero en cuanto a lo de redactar las cartas, prefiero contar contigo... Haz visitas frecuentes a *Cambrioleuse* y, sobre todo, sé muy dulce con ella: es muy cariñosa.

Estaban llegando ya al andén bueno, y progresaban lentamente a lo largo del tren, a la busca de su vagón. Unos guardias rojos paraban a algunas personas al azar, al parecer, y registraban su equipaje. Olga y Micha pasaron sin que los molestaran. Olga mantenía los ojos bajos, por temor a que su mirada angustiada la traicionase. Estaba tan tensa que no se daba cuenta de la fuerza desesperada con la que apretaba el brazo de Micha, de los intentos que hacía él para desembarazarse. Algunas horas más tarde se percataría de que en aquel momento había olvidado por completo la existencia de Xénia, los riesgos terribles que corría también ella al huir con su marido. Y se diría: «Xénia ha dado muestras de un valor extraordinario. No debo olvidar felicitarla cuando nos volvamos a encontrar».

El tren de Petrogrado se iluminó, las puertas se abrieron y todas las personas presentes en el andén tomaron los vagones por asalto. Olga apenas tuvo tiempo de trazar la señal de la cruz sobre la frente de su hermano y darle un beso. «Que Dios te guarde», le pareció oírle decir. Después subió al tren donde se encontraban ya Xénia y el guía, apretados entre tantos otros en el marco de una ventanilla.

–¿Qué hay que traerle de su domicilio? –gritó el guía.

Olga comprendió que era una forma de recordarle su papel: en ningún caso debía dejar que se transparentara su angustia, sino que, por el contrario, debía hacer alarde de una desenvoltura sonriente. Si se encontraba antes de la salida del tren con uno de sus conocidos, la versión oficial consistiría en decir que Micha y Xénia hacían un viaje relámpago a la antigua capital. Y debía comportarse en consecuencia.

–¡Manuales escolares para los niños y mi abrigo de piel! –gritó, al azar.

El tren poco a poco se fue sacudiendo entre el estruendo de las ruedas. Micha y Xénia, aplastados en la esquina de la ventanilla con una multitud de viajeros desconocidos, intentaban sonreír. Una pobre sonrisa crispada, temblorosa, en la cual ella leyó el reflejo exacto de su propio miedo. «Quizá sea la última vez que los veo», pensó. Y estuvo segura de que era lo mismo que pensaban ellos.

Olga se quedó mucho tiempo inmóvil en el andén, contemplando sin ver los vagones que desfilaban en una nube de polvo y de hollín. Pensaba, con estupor, que era ella sola la responsable de aquella huida. «Micha no quería irse, y yo le he obligado», se decía con el corazón sobrecogido, al borde de las lágrimas. Como en la víspera,

hacía un calor agobiante.

Carta de Olga a Maya Belgorodsky

Moscú, 31 de agosto de 1918

Mamá, queridísima mamá:

Creo que he encontrado una forma de hacerte llegar esta carta, y tengo necesidad de contarte de inmediato mi alegría, mi inmenso alivio. Un testigo digno de crédito se ha encontrado con Micha y Xénia, que acababan de llegar a Kiev, agotados tras un viaje insensato, pero vivos. Huyeron hace ya más de dos semanas sin papeles, sin autorización para abandonar Moscú y gracias a un guía estonio desconocido en quien tuvimos que confiar. Actualmente deben de estar intentando llegar a Crimea, y es posible que los veas antes de que te llegue mi carta. Ellos te contarán con detalle esta huida alocada, improvisada en veinticuatro horas, que les ha salvado la vida realmente, y después todo lo que han vivido desde entonces y que yo ignoro. ¡Dile a Micha que su hermana mayor, una vez más, ha tenido razón! Es una trampa, una abominable trampa, que los bolcheviques han tendido a los oficiales del Ejército imperial. A aquellos que han acudido a la convocatoria se les ha conminado a alistarse de inmediato en el Ejército rojo, y a ir a combatir contra los nuestros, al sur. La mayoría de ellos se han negado, y han sido fusilados el mismo día. Entre ellos uno de nuestros amigos, Basile Annenkov, a quien habíamos visto a menudo durante el verano. Su mujer, Nina, ha sido detenida y corro de una administración a otra para pedir su liberación. En cuanto a aquellos que han entendido la situación y que se han escondido, los persiguen como si fueran animales. A muchos los han encontrado y asesinado. Otros están ocultos. Es una lástima ver a esos hombres, conocidos por su valor y su dedicación patriótica, reducidos a unas condiciones de supervivencia tales, a una desesperación semejante. Pero Micha y Xénia están sanos y salvos, y esta noche es lo único que cuenta...

En Moscú todo está resultando mucho más difícil. Está claro que los bolcheviques quieren desembarazarse de aquellos que se oponen a sus ideas. Los arrestos se multiplican por todas partes. Si a Léonid y a mí, de momento, nos han dejado en paz, es porque ocupamos puestos útiles para la salud de los habitantes de esta maldita capital. En la ciudad aparecen casos de tifus y de cólera. El calor, la hambruna y las terribles condiciones higiénicas han debilitado muchísimo a la población. Léonid teme las epidemias. Pensamos abandonar Moscú en cuanto podamos mediante un tren hospital, e ir a reunirnos con vosotros. Ya no tenemos nada que hacer aquí, y debemos reunirnos y poner en común lo que nos queda, tanto material como espiritualmente. En Yalta esperaremos juntos a que nuestros ejércitos, ayudados por una población civil y campesina sublevada, acaben por fin con los bolcheviques. ¡Tienen todos los partidos contra ellos, porque corre la sangre por doquier! ¡No pueden aguantar mucho tiempo! Pero ya no tengo energía para escribirte, querida mamá. Estas dos semanas de angustia por Micha y Xénia me han dejado completamente agotada. Si no tuviera mi trabajo en el hospital, y mi obligación con la búsqueda de alimentos y con las gestiones para sacar a nuestra pobre Nina de prisión, creo que dormiría una semana seguida. Sin embargo, me contentaré con una noche. Te mando un beso, querida, queridísima mamá, así como a mis pequeños, Nathalie y los

demás niños.

OLGA

P. S.: ¡Ojalá vuelvas a ver pronto a Micha y Xénia!

P. S. bis: Léonid llega con noticias extraordinarias. Después del asesinato cometido en la persona del inmundo Uritsky, le toca el turno a Lenin. Por lo visto le atacaron a la salida de un mitin y no se sabe si está vivo.

Pravda, 1 de septiembre de 1918

Lenin lucha contra la enfermedad. La vencerá. Así lo quiere el proletariado, tal es su voluntad; así lo ordena el destino.

Telegrama del sindicato de obreros del cuero a madame Lenin

Con usted, esperamos la curación del jefe proletario. Tendrá lugar: tal es la voluntad del proletariado.

Telegrama del destacamento del ejército rojo de la fábrica de explosivos de Tambov

Declaramos que, por una gota de su sangre, nosotros verteremos ríos de sangre de los enemigos de la clase obrera. Reclamamos una noche de San Bartolomé. Muerte a todos aquellos que impiden al pueblo trabajador construir su vida.

Para desgracia de Rusia, Lenin sobrevivió. La autora del atentado era una joven judía, Dora Kaplan, que pretendía haber obrado sola, «para permitir a su país vivir una verdadera revolución». Pero había pasado por las filas de los anarquistas antes de implicarse en el movimiento socialista revolucionario, también opuesto a Lenin y a Trotsky. Fue ejecutada enseguida. Entonces comenzó lo que se llamó más tarde «el terror rojo». Un decreto de principios de septiembre de 1918 dio todo el poder a la Cheka. Eso justificó los arrestos en masa, las ejecuciones sin proceso, la toma de rehenes y las deportaciones. La Cheka, a partir de entonces, podía obrar sin cobertura legal y atacar a todos aquellos que estimaba hostiles al régimen bolchevique. Los nobles, los blancos, los sacerdotes y los propietarios fueron los primeros objetivos, pero también los demócratas, liberales, mencheviques, anarquistas y socialistas revolucionarios. La consigna de Lenin –«¡Matad! ¡Ahorcad! ¡Fusilad!»– fue aplicada a gran escala y durante largo tiempo. Igual que su voluntad de exterminar a todos los Romanov. Hasta 1919, el poder no reconoció haber asesinado no solamente al zar, sino también a los miembros de su familia, y a aquellos que les habían seguido en su exilio. Ahora se conocen todos los detalles de la horrible masacre perpetrada la noche del 16 de julio de 1918 en Ekaterinburgo, en los Urales, y los nombres de sus verdugos, todos miembros de la Cheka. Pero en septiembre de 1918, a pesar del terror rojo que se había desencadenado y al que asistíamos, cada vez más impotentes, teníamos todavía la ingenuidad de creer que los bolcheviques habían respetado a la emperatriz y a sus hijos.

YALTA

A la luz nacarada de la madrugada, Xénia veía desfilar las costas de Crimea y recuperaba así el país de su infancia, parecido al que siempre había conocido. No faltaba ni un solo palacio, ni una sola villa; los pueblos colgados en las laderas de las montañas empezaban a despertarse apenas; las primeras barcas de pesca se alejaban de la orilla y los pescadores, desde lejos, saludaban a los pasajeros del buque en ruta hacia Yalta.

Micha y la mayor parte de sus compañeros de viaje dormían todavía, acostados en la misma cubierta, acunados por la marejadilla, abrumados de fatiga. Sólo algunos, como Xénia, permanecían acodados en la borda, respirando con avidez el aire puro y vivo que les daba la sensación de reconciliarse con la vida. A veces intercambiaban entre ellos una breve y tímida mirada para verificar que no soñaban. Después, más tranquilos, se volvían de nuevo hacia el paisaje.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? Nadie habría sabido decirlo. En dos semanas, en lo que había sido la gran Rusia, Xénia y Micha no habían dejado de pasar de un mundo a otro, brutalmente, sin comprenderlos nunca. Habían visto pueblos en ruinas, haciendas e iglesias incendiadas, campos de cultivo arrasados. Sobre todo, habían visto a miles de seres humanos que iban unos hacia el sur, otros hacia el norte, en busca de cobijo, de miembros de su familia dispersos a través del país, y de los que no sabían si estaban vivos o muertos. Ya no había ricos ni pobres, sino fugitivos animados por el único deseo de sobrevivir, escapar al miedo, al hambre, a las masacres.

Xénia no olvidaría nunca la conmoción que había experimentado al llegar a Ucrania, a la pequeña estación fronteriza alegre y limpia donde unas jovencitas, vestidas con el traje tradicional y rebosantes de salud, les ofrecían té, fruta y pan blanco. A continuación, sentada con Micha en el borde del vagón que no había cerrado aún las puertas correderas, vieron desfilar, estupefactos, incrédulos, los campos ya segados, las aldeas pacíficas, los prados donde pacían unas vacas moteadas de pelaje sedoso, los caballos y los corderos; a los campesinos, que interrumpían su trabajo para ver pasar, también estupefactos e incrédulos, aquel tren cargado de ganado humano.

Y ahora que al fin habían llegado sanos y salvos a Crimea, seguían maravillándose todavía. Todo parecía tranquilo e intacto, sin

relación alguna con lo que habían visto en Moscú y en su periplo. Xénia sabía que debía aquel milagro a los alemanes, y experimentaba hacia ellos un sentimiento cercano a la gratitud. Ellos habían reinstaurado el orden en Crimea, y nadie pensaba ya en quejarse de su presencia. Sólo esperaba que no hubiesen ocupado su casa.

Micha se había despertado y permanecía a su lado. Juntos vieron las cimas escarpadas del monte Ai-Petri, que destacaban contra el azul perfecto del cielo; el pequeño puerto de San Andrés, las playas de guijarros. Y por encima, resplandeciente en la luz dorada de la mañana, el palacio de Baïtovo, con las terrazas, la gran escalinata y los seis leones de mármol blanco. En lo que les pareció un paraíso de flores, cipreses y palmeras, se atareaban unas siluetas. Empezaba una nueva jornada, tranquila, parecida a las precedentes. Sus hijos se levantarían pronto y continuarían su vida de niños felices, ignorantes del mundo caótico del que acababan de escapar sus padres.

–En abril, cuando me marché, recuerdo que vi a Tatiana y a Daphné agitar una bandera en una de las terrazas de Baïtovo –dijo Micha.

–¿En abril? ¡Qué lejos me parece todo eso!

Sin embargo, apenas habían transcurrido cinco meses.

Acababan de cavar la fosa y los cinco niños estaban en silencio en la penumbra húmeda de la gruta. Tatiana llevaba entre sus brazos los despojos de un gato desconocido encontrado muerto ante el pórtico de Baïtovo. Lo había envuelto previamente en un chal y se asombraba de que su cuerpo fuese tan ligero. Daphné llevaba un cirio robado en la catedral de Yalta. Detrás, los tres más pequeños tenían que contentarse con un ramo de flores. Fue Daphné quien pronunció la oración que habían preparado para los entierros de otros animales.

–Gato desconocido, te acogemos en nuestro cementerio como te habríamos acogido en nuestra casa, si hubieras estado vivo. Reposa en paz para toda la eternidad en medio de tus hermanos y hermanas animales.

–Gato desconocido, reposa en paz para toda la eternidad –repitieron los otros cuatro niños.

Tatiana se arrodilló ante la fosa y depositó los restos. Después Anton, Hélène y Marina dejaron sus ramos de flores. Daphné seguía sujetando el cirio para alumbrarlos, indiferente a la cera que le caía en las sandalias. A continuación, cada uno de ellos echó tierra con ayuda de una pala. Una vez lleno el agujero, Tatiana colocó la lápida. Era una piedra gruesa en la cual había escrito con pintura blanca: «Gato atigrado, 12 de septiembre de 1918». Los niños observaron un minuto de silencio, con el rostro grave, como conviene en semejantes circunstancias. Después, Tatiana dio la señal de partida y salieron en fila india de la penumbra de la gruta, y volvieron a encontrarse con la luz y la tibieza del exterior.

–Podéis volver a vuestros juegos, pequeños –dijo ella.

Los pequeños guiñaron los ojos bajo los efectos del sol que estaba muy alto en el cielo, y fingieron que no la habían oído.

–Marchaos... –dijo Tatiana sin elevar siquiera la voz.

Sus doce años le aseguraban un poder absoluto sobre los demás niños. Ella lo usaba sin abusar jamás, consciente de sus deberes al ser la mayor, procurando implicarlos de vez en cuando en los juegos que inventaba con Daphné, pero capaz también de mantenerlos a distancia. Los más pequeños partieron con dignidad, decididos a esconder su decepción.

Algunas semanas antes, explorando los rincones más alejados y secretos de la propiedad de Baïtovo, Tatiana y Daphné habían

descubierto, en un claro disimulado detrás de una cortina de árboles y de arbustos, un conjunto extraño de grutas artificiales y falsas ruinas góticas. Ese minipaisaje les evocó enseguida a Walter Scott, su novelista preferido del momento. Lo bautizaron «Little England».

Introduciéndose en una de las tres grutas, vieron una pequeña tumba de piedra que tomaron primero con espanto por la de un bebé. Después leyeron la inscripción grabada tan hondamente que el tiempo no había conseguido borrarla: «Aquí yace *Dolly*, mi querida perrita, 1845-1856». Después de investigar, concluyeron que la perra había pertenecido a los primeros amos de Baïtovo, los bisabuelos de Xénia. El mismo día, en la playa, encontraron el cadáver de una gaviota. La idea de crear un cementerio de animales en la gruta, en torno a la tumba de la lejana perra *Dolly*, fue evidente para ellas. Alguien, antaño, había iniciado algo, y a ellas hoy en día les correspondía proseguir su obra. Ayudadas por los más pequeños, habían enterrado dos carboneros, una corneja, algunos ratoncillos de campo, insectos y lagartos.

Sin embargo, sus actividades con los animales no quedaron ahí. Una tuvo la idea de crear un hospital; otra, un circo. El hospital no tenía enfermos, por el momento, y seguía de guardia. El circo, por tanto, era lo que movilizaba más su energía. Después de una tentativa infructuosa con los cockers de Xénia, que opusieron una resistencia inmediata y total, Daphné sugirió los lagartos. Había por todas partes en la propiedad, verdes, grises; los más gruesos se convirtieron en su presa favorita. Rápidamente se hicieron expertas en el arte de atraparlos. Los acechaban cuando se calentaban al sol y los cogían con las manos desnudas, sin red alguna. Los lagartos, atontados, se encontraban prisioneros detrás de una fina rejilla, en una jaula grande fabricada para ellos. Una alfombra de hierba, hojas y musgo se suponía que aliviaría su estancia. La cuestión principal hacía referencia a los números de circo. ¿Qué se podían proponer enseñarles? Tatiana hablaba de unirlos a un juguete infantil; Daphné, de hacerlos avanzar al son de una flauta.

–Pero primero hay que domesticarlos.

–¿Sacándolos todos los días un rato más de la jaula?

–¿Por qué no?

Se encontraban ahora en un gran claro del bosque, particularmente soleado, rodeado de robles verdes y magnolias. A la sombra de los árboles corría un arroyo que venía de la montaña. Dos siluetas arrodilladas en la hierba bebían en él.

–¿Serán unos vagabundos?

–Vamos a ver.

Ni una ni otra eran temerosas, y avanzaron confiadas, pero se detuvieron de repente, incrédulas. Aquellos a quienes habían tomado por vagabundos se levantaron de pronto y se dirigieron a su encuentro, llamándolas por su nombre.

Ya adulta, a Tatiana le gustaba recordar aquel momento: «La tía Xénia y el tío Micha iban sucios, vestidos pobremente, con unas caras que daban miedo. Al verlos tuve conciencia de que había otro mundo que no era el nuestro. Hacía más de seis meses que me encontraba en Baïtovo, y había acabado por olvidar lo que había conocido en Moscú. La tía Xénia y el tío Micha parecían dos fantasmas. Para nosotros, los niños, y para los adultos, parecía que hubiesen escapado del Infierno. En los días que siguieron a su regreso, todos los vecinos desfilaron para interrogarlos. Los pobres tuvieron que contar mil veces lo de Moscú, su huida, las tres semanas de vagabundeo hasta conseguir unirse a nosotros. La curiosidad con respecto a ellos era mucho mayor dado que acabábamos de saber la suerte que habían corrido los oficiales del Ejército imperial. Estábamos todos terriblemente afectados. La emperatriz viuda, María Fedorovna, que conocía a Xénia de siempre, pidió que fuera a contarle de viva voz todo lo que había vivido. En cuanto a mí, con doce años, supe de pronto que existía el Infierno, que nosotros habíamos sido favorecidos por una especie de milagro, y que nada demostraba que aquello pudiese durar. A partir de ese momento empecé a tener miedo. Los acontecimientos no tardarían en darme la razón. Unas semanas más de tregua y luego...».

Xénia seguía un camino costero que pasaba ora al borde de unas propiedades, ora por las playas. No había viento, y la temperatura le parecía especialmente exquisita a aquella hora de la tarde. Quizá se cruzara con algún conocido y tuviera que detenerse, intercambiar las últimas noticias. Así fue como supo que en Moscú continuaban los arrestos. Dos de sus amigos que se habían opuesto a la guardia roja habían sido fusilados de inmediato. Otro había huido e intentaba llegar a Crimea. Muchos jóvenes de la nobleza, liberales y demócratas, refugiados con su familia en los alrededores de Yalta, querían alistarse en el ejército del general Denikin.

El olor picante de los macizos de clavellinas que bordeaban el sendero le hizo olvidar por un momento lo que pasaba en Moscú. Se detuvo a la sombra de una higuera y contempló el mar quieto, azul y puro, que no turbaba ningún soplo de viento. Algunos niños subían de las playas, vigilados por su institutriz. Los suyos, un poco más lejos, debían de hacer lo mismo, después de todo un día al aire libre. Después volvió a pensar en la entrevista que había tenido con la emperatriz viuda, María Fedorovna, y de nuevo la invadió la confusión.

La emperatriz viuda la había recibido con calor y sencillez en la villa Kharax, donde vivía rodeada de los pocos Romanov que habían conseguido escapar a tiempo. La invitó a tomar el té y la interrogó largamente sobre las condiciones de vida en Moscú y acerca del estado de ánimo de sus habitantes. Poco habituada a que se la consultara, Xénia respondió lo mejor que pudo, aliviada por no tener que evocar la ejecución de Nicolás II, anunciada a bombo y platillo por los bolcheviques. Sólo cuando la acompañaba de nuevo al umbral de su villa la emperatriz viuda le preguntó:

–¿Y qué ha oído decir de mi hijo mayor?

Sorprendida por la ligereza del tono, Xénia dudó, y con prudencia, intentando no referirse a nada concreto, confesó que «corrían rumores alarmantes con respecto a él». La emperatriz viuda entonces quiso tranquilizarla:

–Estoy al corriente de esos rumores, pero estoy convencida de que son falsos... Tengo otras noticias. Si mi hijo mayor ha huido, los bolcheviques tienen un gran interés en pretender que está muerto.

Y como Xénia se quedó muda, incapaz de añadir nada más a lo que acababa de oír, la mujer la estrechó entre sus brazos.

–No olvido que la he conocido de niña, mi pequeña Xénia... ¿Recuerda que a menudo acompañaba a sus padres a Livadia? Me acuerdo de que la oía cantar... Una voz muy prometedora de contralto...

Después, tras besarla con un afecto que no era fingido, dijo:

–Vuelva a verme.

Ahora, sentada bajo la higuera, Xénia volvía a pensar en aquella entrevista y su turbación se acentuaba. Había visto ante ella a una madre que se negaba obstinadamente a creer en la muerte de su hijo mayor, a pesar de lo que se había dicho, escrito y que todo el mundo excepto ella pensaba. Y la duda lentamente se fue abriendo camino: ¿podría ser que la emperatriz viuda tuviese razón, y que su hijo el zar siguiera con vida? En aquella tarde tan dulce, Xénia esperaba que fuese así. A su alrededor todo parecía querer contribuir a tranquilizarla: los perfumes mezclados del clavo de olor, los heliotropos y los guisantes de olor, la pureza del aire, el canto de los mirlos y los gritos de los vencejos. Xénia contemplaba el mar, el sol que declinaba, las cimas del monte Ai-Petri. Cuando uno se sentía tan protegido, ¿cómo no creer en la providencia?

Si los días, en septiembre, eran todavía cálidos y soleados, las tardes se volvían cada vez más frescas, y a partir de entonces todos se recogían en el interior en cuanto caía la noche.

Los niños se habían despedido ya y estaban a punto de acostarse. Nathalie había aprovechado su marcha para retirarse también a su habitación. En el salón moruno, Maya, de pie ante una mesa de *bridge*, intentaba unir las piezas de un rompecabezas gigantesco que se suponía que representaba una caza del zorro en la campiña inglesa. Pero aquel juego, que antes tanto la absorbía, ahora ya no le interesaba. Estaba distraída y pensaba también en subir a acostarse. Sólo el deseo de no afligir con su marcha a su hijo y a su nuera la retenía todavía en el salón moruno.

Micha, hundido entre los cojines abigarrados del sofá, fumaba un cigarrillo y hojeaba un tratado de equitación que había encontrado en la biblioteca. Sus raros comentarios quedaban a menudo sin eco, ya que ni Maya ni Xénia tenían los conocimientos necesarios para responderle.

–¡Ah, si mi hermana estuviese aquí! –dijo, con un tono falsamente dramático. Y después, más sinceramente–: Espero que vele por *Cambrioleuse, Valet de Coeur* y *Brave Cheyenne*...

Xénia trabajaba en una labor de tapicería, y su espíritu volvía sin cesar a la entrevista que había tenido aquella tarde con la emperatriz viuda. Se la había relatado a su familia en el curso de la cena, pero experimentaba la inconfesable necesidad de volver a hablar de ello. Maya, desanimada por las dificultades del rompecabezas, fue a sentarse a su lado, con una obra de Lermontov en la mano.

–Comprendo tu angustia –dijo–. Hace algunos días me quedé hablando con su hija pequeña, la gran duquesa Olga, que me dijo, textualmente: «Sé que todo el mundo piensa que mi hermano fue asesinado, pero mamá está convencida de que vive».

–¿Y ella, la gran duquesa, qué piensa?

–Lo ignoro.

Xénia volvía a ver el rostro muy empolvado de la emperatriz viuda, su mirada tranquila, directa.

–Cuando la noticia de la tragedia de Ekaterinburgo llegó a Crimea –continuó Maya de nuevo–, la familia imperial en bloque se negó a creer en ella. Ninguno de ellos se puso de luto, y la emperatriz viuda se negó a que se celebrara una misa. Nosotros y algunos más

asistimos a un servicio de difuntos en la capilla de Villa Ondina...

Maya apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Su bello rostro, fatigado, parecía envejecido, a pesar del reposo de las últimas semanas. Unas arrugas nuevas en torno a los ojos y la boca se habían acentuado desde hacía poco, y Xénia se conmovió. Tomó en las suyas la mano enflaquecida, donde empezaban a aparecer algunas manchas oscuras.

–¿Es posible que tengan razón? –dijo, con timidez.

Maya retiró la mano con un gesto involuntariamente brusco.

–El salvajismo de los hombres no tiene límites. Desde la muerte de Adichka, sé que todo es posible.

En alguna parte de la planta baja, un reloj dio las diez. Maya abrió de pronto la obra de Lermontov y leyó en voz alta:

> Llegará la hora, negra para Rusia,
> en que caiga la corona de los zares,
> el populacho olvide el amor que los profesaba.
> Y muchos tendrán por pitanza la sangre y la muerte.

Después cerró el libro y dijo:

–Es el ejemplar de Adichka. Esos versos de Lermontov están subrayados por su propia mano, y en el margen escribió: «Baïgora, agosto de 1916».

Un largo silencio siguió a aquellas palabras. Micha había cerrado su tratado de equitación y contemplaba a su madre con ansiedad. ¿Debía levantarse, tomarla entre sus brazos, decirle hasta qué punto compartía su angustia? El inmenso respeto que experimentaba por ella lo paralizaba a menudo. Ante ella siempre era el niño pequeño, el último de sus hijos, aquel a quien se consuela antes que nada. La idea de haberse convertido en jefe de familia seguía siendo descabellada, abstracta. Para disimular sus sentimientos, acarició maquinalmente a los cockers de Xénia, dormidos a sus pies. Quizá porque duraba ese silencio, Maya pareció rehacerse de nuevo.

–Perdón, hijos míos queridos –dijo–. Me he equivocado, no hay que poner en duda jamás la misericordia de Dios.

Sacudió la cabeza como para expulsar los pensamientos más sombríos y, en voz baja, para ella misma, murmuró: «Pero qué valor hay que tener para no maldecir la vida». Alrededor de su cuello brillaba una cadena de oro y cuatro piedras preciosas, un regalo por el nacimiento de cada uno de sus cuatro hijos. Micha conocía de memoria lo que significaban: el diamante celebraba el nacimiento de Adichka; el rubí, el de Igor; el zafiro, el de Olga; y la esmeralda, el suyo.

–Voy a sacar a los perros –dijo, precipitadamente.

Fuera, en la terraza, contempló largo rato el cielo cargado de estrellas, el mar, la masa sombría de la montaña. Después silbó a los perros y descendió con ellos a la playa.

Diario de Xénia

20 de septiembre de 1918
La temperatura refresca, y los árboles amarillean a ojos vistas. Micha querría unirse al general Denikin y al ejército de voluntarios. Soporta mal estar aquí y no hacer nada. En Moscú o en Petrogrado, le detendrían y le fusilarían de inmediato. Sólo su madre consigue hacerle entrar en razón: ha perdido a sus otros dos hijos, es el último que le queda, le necesitamos. De momento tiene autoridad sobre él. Pero tiemblo con la idea de que deje de obedecerla. Ninguna noticia de Olga y de Léonid: estamos inquietos, todo es posible, incluido lo peor. Con nuestros vecinos de Villa Ondina, Bichette y otros amigos, hemos decidido formar un coro. Sólo nuestros niños están un poco decepcionados: ninguno de ellos ha sido considerado digno de participar en él.

27 de septiembre de 1918
Nos reunimos casi cada día bajo el escenario de la capilla de Villa Ondina, y cantamos cantos rusos y ucranianos. El viejo general Passinkoff es quien dirige el coro. Al núcleo original se han unido unos cuantos colegiales de Yalta, unos palafreneros y sirvientes, todos seleccionados por la pureza de su voz. A Bichette y a mí nos consideran las «vedettes» femeninas del grupo: ella, por su voz de soprano, y yo por la mía de contralto. Lamento que Nathalie se haya negado a unirse a nosotros. Seguimos sin noticias de Olga y de Léonid.

2 de octubre de 1918
No hay noticias de Olga ni de Léonid, estamos muy inquietos. Bichette ha recibido un mensaje de su marido, que combate en el sur, junto al general Denikin: está persuadido de que los blancos ganarán a los rojos. Sabemos con retraso que Francia, Inglaterra y los demás países aliados han firmado un armisticio a petición de la Alemania vencida. Esto no puede carecer de consecuencias para nosotros. Pero ¿cuáles? Aquí todo el mundo tiene una hipótesis propia. ¿Por qué tengo siempre la impresión de que todo esto va a terminar mal para nosotros? Se habla de la presencia en Yalta de una mujer santa que tiene unos dones de videncia excepcionales. Tengo ganas de ir a

hacerle una consulta.

6 de octubre de 1918
Al fin tenemos noticias de Olga y de Léonid: están bien y quieren reunirse con nosotros. Micha ha hecho traer unos ponis y ha organizado un picadero en el claro de arriba. Está orgulloso de nuestra hija Hélène, que parece muy dotada y que, a sus cinco años, no tiene miedo de nada. Serioja, por el contrario, se aterroriza y llora en cuanto lo ponemos en la silla. Los hijos del jardinero jefe son los mejores alumnos. Tenemos más problemas con Daphné, porque desaparece horas enteras con Tatiana, que también se muestra completamente indiferente a los caballos. Seguimos llevando aquí una vida pacífica, mientras según los rumores y los escasos testimonios directos que llegan hasta nosotros, Rusia sufre a fuego y sangre, y en Europa se está forjando una paz que ignoramos qué consecuencias puede tener para nosotros. Cantar nos hace mucho bien.

8 de octubre de 1918
Desde el regreso de su padre, nuestra pequeña Hélène se ha vuelto coqueta, pide ropa nueva y se queja de que le salen pecas. Ella y los demás niños están creciendo, y desgastan la ropa. En Yalta ya no encontramos de nada. He dado varios vestidos míos a la costurera para que les haga nuevas ropas. A Tatiana, asombrada de que «sacrifique vestidos de gala de marca», le he ofrecido un vestido largo de seda azul de Worth, que compré en París en 1913. Estaba loca de alegría, y ya se imagina la fiesta que va a dar cuando cumpla trece años, el próximo abril. Pero ¿dónde estaremos entonces, tendremos ganas de celebrar su cumpleaños? Mientras espera, ella va creciendo como un álamo, alta y fina. Es tan rubia y luminosa como su hermana Nathalie es morena y oscura. Micha la llama «abejita». Como ella no comprendía la importancia del cumplido, él tuvo que explicarle que la abeja, en el folklore popular ruso, es portadora de esperanza y representa el bienestar y todo lo solar. Gran satisfacción de Tatiana, a quien todos los niños llaman desde entonces «abejita», y enfurruñamiento inmediato de Hélène, a quien le habría gustado recibir ella ese cumplido. Entonces Micha le dijo: «Tú eres linda como un cachorrito moteado», y todo volvió al orden. Si anoto esto es porque nosotros, los adultos, encontramos consuelo sumergiéndonos en el mundo de nuestros niños, tan personal y tan protegido. Nunca se habían divertido tanto como durante este año terrible. ¿Qué resultará de todo esto, cuando sean mayores?

16 de octubre de 1918
Han vuelto el viento y la lluvia. Hace tanto frío y humedad que debemos encender las estufas. ¿Habrá combustible suficiente para pasar el invierno? El jabón ha desaparecido por completo de las escasas tiendas que aún siguen abiertas en Yalta. A partir de ahora haremos las coladas más importantes con ceniza de leña. Una fuente segura informa del espantoso asesinato de la gran duquesa Isabel y sus compañeros de infortunio.

18 de octubre de 1918
Nuestra pequeña comunidad está de luto. Los detalles de la tragedia han llegado por fin a nosotros, y tengo el deber de anotarlos para no olvidarlos nunca jamás. Detenidos durante la primavera de 1918, la gran duquesa Isabel (hermana mayor de la zarina), el gran duque Sergei Mijailovich, los príncipes Juan, Constantino e Igor (hijos del gran duque Constantino), así como el joven y encantador príncipe Vladimir Paley y sus amigos fueron arrojados vivos en el pozo de una mina y asesinados a pedradas y a culatazos. Los testigos contaban que después de la partida de los bolcheviques algunos vivían todavía, que se les oía gemir y que su martirio duró varios días. Fue el almirante Koltchak, a la cabeza del Ejército blanco, quien retiró los cadáveres y les dio sepultura. Mañana se celebrará una misa de difuntos en la catedral de Yalta.

19 de octubre de 1918
Ceremonia dolorosa y desgarradora en la catedral. Muchísima gente, y muchísima del pueblo: la reputación de santidad de la gran duquesa Isabel es bien conocida en toda Rusia. Mi suegra está tan afectada que ha tenido que acostarse. Ella conocía a la gran duquesa y encontraba consuelo en ir a conversar con ella en su convento, después de la muerte de Adichka. En cuanto a mí, guardo un recuerdo deslumbrado del joven príncipe Vladimir Paley, tan simpático, tan bueno y lleno de talento. Se decía que era un poeta excelente. De su padre, el gran duque Pablo, encarcelado y muy enfermo en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, se teme lo peor. Todos mis pensamientos de esta noche se dirigen a la princesa Paley.

22 de octubre de 1918
Micha vuelve a hablar de ir a alistarse al Ejército blanco. Todos estos asesinatos le ponen como loco, y no quiere quedarse aquí sin hacer nada. El ejemplo de su amigo de la infancia, Nicolás, que está

luchando junto a Denikin, le influye mucho. Estoy aterrorizada. He pedido una cita con la religiosa vidente, pero no se lo he dicho a nadie.

Con aire misterioso y en el mayor de los secretos, Tatiana y Daphné habían conducido a Xénia a «Little England» y la habían invitado a seguirlas a la gruta donde se encontraba el cementerio de los animales. Xénia se emocionó ante aquellas pequeñas tumbas y se comprometió a acudir de vez en cuando a poner flores. El recuerdo de una perrita llamada *Dolly* a la que tanto había querido su bisabuela la dejó pensativa. Para combatir el horrible presente, ¿no debía acaso contarles a los niños lo que había constituido la gloria de cierto tiempo pasado? La obra política, social y cultural de su bisabuelo, virrey del Cáucaso que se convirtió luego en gobernador general de la Rusia del sur; el encanto y los múltiples talentos de su esposa Sofía, celebrada por el jovencísimo poeta Pushkin... Desde hacía algunos días, tenía la sensación de que debía transmitir alguna cosa.

«Como si tuviéramos el tiempo contado, y hubiera que apresurarse», pensaba, vagamente angustiada.

Al salir de la gruta se extrañó de que, a pesar del frescor del aire, las niñas no llevaran medias. Después vio que Daphné se rascaba la pantorrilla y que sus piernas, desnudas y bronceadas, además de los arañazos habituales, estaban rojas y cubiertas de ampollas.

–¿Qué es eso?

–Secreto de Estado.

Xénia se disponía a acudir a pie a Yalta para encontrarse en secreto con la vieja religiosa con dones de videncia cuyo nombre y dirección se cuchicheaba en voz baja entre los iniciados. Pero antes quería comprender el origen y la causa de las ampollas. Daphné reía nerviosa, y Tatiana tenía la cara inquieta.

–¿Y tú también tienes algo parecido? –dijo Xénia–. ¡Enséñame las piernas!

–¡No!

–Hum, como dirían en Ucrania: «El zorro tiene pelos pegados al hocico».

Y sin más remilgos, Xénia cogió por un lado la larga falda de Tatiana y la levantó, lo que dejó al descubierto dos bonitas piernas de jovencita menos rojas que las de Daphné, pero también adornadas por unas cuantas ampollas. Su rostro indignado la divertía mucho.

–Bueno, ¿qué es todo esto?

Las niñas se consultaron con la mirada y después se alejaron unos

pasos y hablaron entre ellas en voz baja.

–¡Estoy esperando! –dijo Xénia.

Las niñas volvieron y se sentaron en la hierba, al pie de la falsa ruina gótica en la cual se apoyaba Xénia.

–Bueno –dijo Daphné–, pues se trata de un juego nuevo. Para poner a prueba nuestro valor, nos desafiamos a atravesar sin medias y sin zapatos un matojo de ortigas...

–No hay matojos de ortigas en mi propiedad –dijo Xénia, maquinalmente.

–Sí, sí que hay, en dos sitios –respondió Tatiana.

–Tus jardineros son descuidados, como diría mamá –añadió Daphné–. Pero volviendo a nuestro nuevo juego, te aseguro que correr descalza y con las piernas desnudas por las ortigas duele muchísimo...

–Pero para aliviarnos nos frotamos enseguida con un pepino cortado por la mitad...

Siguiendo lo que todo el mundo en la región llamaba el sendero del Zar, Xénia se extrañaba todavía del juego imaginado por las dos niñas. ¿Era posible que su universo infantil estuviese tan alejado del mundo real? ¿Que para salpimentar la vida cotidiana, demasiado banal para su gusto, tuviesen necesidad de inventar aquellas pruebas? Como si lo que pasaba por toda Rusia no existiera, no les concerniese... A menos que fuera lo contrario, y hubiesen encontrado en aquello la única respuesta posible a un mundo que las espantaba, y en el cual se negaban a entrar.

Un manto de bruma fina y salada subía del mar y cubría el campo. Al llegar a la altura del palacio de Livadia, parecía espesarse, y los contornos de los edificios se hallaban difuminados. Alrededor no había nadie; el palacio, con sus ventanas cerradas, parecía deshabitado. Sin embargo, se decía que estaba ocupado por los generales alemanes y sus edecanes. ¿Dónde estarían?

Xénia abandonó el sendero y subió en dirección a la antigua residencia de verano de los Romanov. Por un instante pensó en pegar la cara contra los cristales para distinguir lo que pasaba al otro lado de la ventana, en la planta baja. Pero no lo hizo. El palacio de Livadia, de caliza blanca, continuaba inspirándole el mismo respeto que antaño, cuando venía a admirar de lejos al zar, a la zarina y a sus hijos. Su sencillez despertaba la admiración de todos. Cada año organizaban una venta de caridad que atraía a una enorme cantidad de gente. De pequeña, Xénia había ayudado a la emperatriz en una

de esas ventas. Recordaba su deslumbramiento ante tal hermosura y gentileza. También se acordaba de su llegada a Yalta en octubre de 1894, cuando no era todavía más que la princesa Alix de Hesse. Xénia tenía cuatro años, y las personas mayores no hablaban más que de su llegada y de la muerte inminente del zar Alejandro III. Esa muerte sobrevino el 20 de octubre, en el palacio de Livadia. Poco después, las sirenas y los cañones de los barcos de guerra anclados en el puerto de Yalta saludaron la memoria del difunto. Después hubo un juramento de fidelidad al nuevo soberano, Nicolás II. Los parientes de Xénia estaban presentes y le contaron que había un altar situado al aire libre, encima del césped; estaban presentes la familia imperial, y altos dignatarios y sirvientes; el sacerdote que oficiaba, y el joven Nicolás II, del que nadie habría podido decir qué pensaba exactamente.

Sus recuerdos lejanos parecían pertenecer a otro mundo cuyos actores principales habían desaparecido. El zar había sido ejecutado por los bolcheviques, Xénia estaba segura de ello. Pero ¿dónde se encontrarían ahora la zarina y sus hijos? ¿En qué prisión? Xénia temió durante un tiempo por su vida, pero Micha la tranquilizó: «Los bolcheviques son demasiado astutos para asesinar a una mujer, a un niño y a unas jóvenes... La población no podría admitirlo». Ante aquel palacio que parecía vacío y abandonado, aquellas avenidas y aquel césped en el que ya no jugaba niño alguno, Xénia encontraba de nuevo aquella inquietud que, a menudo, le oprimía el corazón.

Una gata tricolor muy hermosa, de patas grandes y musculosas, surgió de detrás de una palmera y fue a frotarse contra sus piernas, ronroneando. Arrastraba un vientre enorme, estaba a punto de parir. «En Crimea las gatas tricolores dan buena suerte», recordó Xénia. Y sin dudar se arrodilló en la arena del camino y acarició a la gata.

Diario de Xénia

20 de octubre de 1918
Me apresuro a anotar enseguida la predicción de la mujer santa. Después de haberme hecho sentar a su lado en la cama de la que no sale desde hace diez años, me ha cogido la mano entre las suyas, me ha contemplado largo tiempo con una mirada muy intensa y luego ha dicho: «No te atormentes, estás bajo la protección de Dios. Rusia debe expiar sus faltas pasando por largas y terribles pruebas. Pasarán muchos años antes de su resurrección. Pocos serán los rusos que escapen a la muerte durante estos años malditos. Pero tú tienes el corazón puro, y el amor que profesas a los tuyos sabrá protegerlos». Mientras hablaba, yo notaba picor en las manos y una gran dulzura que penetraba en mí. Después ha trazado con el índice en mi frente la señal de la cruz, ha bajado los ojos aguados por los años y me ha dicho una vez más: «No te atormentes... Vete en paz». Ese momento pasado en la celda monacal sin muebles y sin ventanas tiene la fuerza y la irrealidad de un sueño. Esta noche me encuentro bien.

5 de noviembre de 1918
Olga llegó anoche después de un viaje casi normal. Sin embargo, está mal alimentada, agotada por las horas de vigilia en el hospital y las dificultades de la vida cotidiana en Moscú. Léonid quiere ir a la Lituania independiente para vender una parte de sus bienes. Después se unirá a nosotros. Nos empieza a faltar el dinero a todos. Olga ha traído unas fotos que ha encontrado en la calle Fontanka y para todos nosotros ha supuesto una gran emoción volver a ver los rostros de Adichka e Igor.

8 de noviembre de 1918
A nosotros, los adultos, Olga nos habla de los registros, los arrestos, la delación, el hambre. Ha conseguido hacer salir a Nina de la cárcel, pero a causa de los malos tratos y la ausencia casi total de alimentos, ha contraído el tifus del hambre. Léonid la ha ingresado en su servicio, en el hospital. Ha retrasado su partida a fin de cuidarla mejor, y quiere que abandone Moscú enseguida y que acuda a Yalta. Pobre Nina, es un deber sagrado acogerla en Baïtovo y rodearla de todo nuestro afecto. Pero ella no tiene derecho a abandonar Moscú.

¿Podrá huir como conseguimos hacer Micha y yo? Empiezo a darme cuenta ahora de la suerte que tuvimos... A los niños, Olga les cuenta otras cosas. En interés de la pedagogía, intenta hacerles comprender que el mundo ha cambiado, y que entiendan las dificultades que ese hecho lleva consigo. Pero elimina cuidadosamente los aspectos dramáticos. Ha tenido mucho éxito contando que fue al cine a ver *Padre Sergio*, del director de cine Protozanov. Cambió una localidad del cine por un huevo.

12 de noviembre de 1918
¡Como si no tuviéramos bastante aquí, ahora hay una revolución también en Alemania! La prensa bolchevique no habla más que de la abdicación del káiser y de los soviets obreros y campesinos que se crean en Berlín, bajo la presidencia del socialista Friedrich Ebert.

13 de noviembre de 1918
En portada de la prensa bolchevique se ve a Lenin saludar a la Revolución alemana ante una multitud inmensa. Ha declarado nulo el tratado de Brest-Litovsk y pide a los obreros alemanes y austríacos que se unan a los obreros rusos para instaurar un nuevo orden internacional. Al mismo tiempo, los países aliados han firmado en Compiègne el armisticio con Alemania. Aquí tenemos la terrible sensación de que se trata de detener una guerra para comenzar otras. Nuestra pequeña comunidad no habla de otra cosa. De golpe, estos días, todo lo demás ha pasado a un segundo plano: los niños y la hacienda. Gracias a los desvelos y la inteligencia de Oleg todavía nos las arreglamos. La leña empieza a faltar y he tenido que hacer talar unos árboles.

16 de noviembre de 1918
Los alemanes abandonan Rusia en desorden, y nos dejan sin protección. Para todos nosotros está claro que los bolcheviques, que hasta ahora se habían mostrado muy discretos en Crimea, reaparecerán y ocuparán el primer plano. Los bolcheviques y también los pillos de todo tipo que se aprovecharán del nuevo desorden, la «chusma», como dice Olga. Nos dicen que la flota francesa que ocupaba Constantinopla ha atravesado el mar Negro y está a punto de desembarcar en Odesa. La flota inglesa, por su parte, llega a Sebastopol y a Yalta. Aquellos que fueron nuestros aliados durante largo tiempo, ¿nos protegerán ahora? Sobre este punto Micha se muestra estricto: «Hemos combatido cuatro años juntos». Pero nuestra pequeña comunidad quiere organizar una guardia

propia, por sí misma.

18 de noviembre de 1918
Se forman las patrullas de voluntarios. Sobre todo son hombres jóvenes entre los quince y los veintidós años, muy devotos del gran duque Nicolás Nikoláyevich, pero con poca experiencia. Han venido algunos oficiales del Ejército blanco del sur para dirigirlos. Micha se ha unido a ellos y les enseña la disciplina y el manejo de las armas. Para ello han requisado un terreno al este de Baïtovo. Las deflagraciones se oyen en la propia casa, y paso todos los sufrimientos del mundo para evitar que los niños vayan a mirar, sobre todo Tatiana y Daphné, muy hábiles en el arte de desbaratar nuestro sistema de vigilancia. Los primeros barcos de guerra ingleses han llegado ya a Yalta. Todas las institutrices inglesas se amontonaban en el muelle para aplaudir a sus compatriotas, incluida nuestra querida miss Lucy. De vuelta a casa nos ha contado que un oficial inglés ha ido a llevar a la emperatriz viuda una carta de su hermana, la reina Alejandra. En Gurzuf se han dado algunos casos de esa terrible gripe que ha devastado Europa y que se conoce como la gripe española.

20 noviembre de 1918
Al cabo de cuarenta y ocho horas, la enfermedad se ha propagado a Yalta. En Villa Ondina están enfermos dos de nuestros amigos.

21 de noviembre de 1918
Nathalie está en la cama con fiebre alta. Esperamos al médico. Olga nos prohíbe acercarnos a ella por miedo al contagio. Sentimos que un nuevo desastre se abate sobre nosotros.

Nathalie había subido a acostarse más pronto aún que de costumbre sin hablar a nadie de los calambres musculares que la hacían sufrir horriblemente desde hacía unas horas. Al día siguiente no apareció a la hora de desayunar, ni más tarde, a lo largo de la mañana. Olga fue a verla y la encontró tiritando de fiebre y empapada de sudor; casi inconsciente. Enseguida tomó las medidas adecuadas: llamar al médico y alejar a todo el mundo de la habitación. Sólo ella misma y una criada debían acercarse a la enferma. Pero no pudo impedir que Maya acudiera también a la cabecera de su nuera. Eran tres, pues, las que velaban en la oscuridad de la habitación cuando al fin llegó el médico.

Era un hombre de unos cuarenta años que parecía no haber descansado desde hacía varios días, con una barba que se le comía el rostro, los rasgos fatigados y la ropa desordenada. Su diagnóstico fue inmediato:

–Gripe española. La enfermedad se propaga con una rapidez fulminante, y esto no ha hecho más que empezar...

–¿Y qué pasará? –preguntó Olga–. Yo soy enfermera, sé cuidar a un enfermo.

Después, en voz baja, para que Maya, ocupada en pasar la esponja por el rostro y el pecho de Nathalie, no la oyese, dijo:

–Es grave, ¿verdad?

El hombre asintió con la cabeza y su mirada expresó una angustia total.

–Es un virus que se encuentra entre los más letales. Muchos enfermos desarrollan complicaciones respiratorias y mueren... Los más amenazados son los niños y los ancianos. ¿Qué edad tiene esta joven?

–Veintiún años, pronto cumplirá los veintidós.

–Tiene todas las posibilidades.

Introdujo todos sus instrumentos en el maletín y se dispuso a abandonar la habitación. En su lecho, Nathalie se agitaba y murmuraba frases incoherentes. De vez en cuando, muy claro, destacaba un nombre que gritaba como una llamada de socorro: el de su marido. Y era un sufrimiento más para Maya y Olga oírla decir: «¡Adichka, Adichka!». En la mesilla de noche, algunas fotos lo representaban con diez y veinte años: las fotos recuperadas de la calle Fontanka. Maya siguió al médico al rellano.

–¿Se va a curar?

–Está en manos de Dios. Pero si se cura, será tan repentinamente como se ha puesto enferma.

–¿Y le quedarán secuelas?

–Ninguna.

Xénia, seguida de una Tatiana bañada en lágrimas, venía a su encuentro. Maya les encargó que acompañaran al médico y volvió a velar a Nathalie. Al bajar los escalones de la imponente escalinata Tudor, el médico dictaba las recomendaciones que había que seguir:

–Ningún contacto con la enferma..., ni con aquellos que la cuidan... No abandonen la propiedad...

Tatiana, llorando, protestaba:

–¡Es mi hermana, tengo que cuidarla!

–Ya no hay hermano ni hermana, sólo una paciente con una enfermedad muy contagiosa...

Su mirada fatigada se paseó maquinalmente por las paredes del vestíbulo, forradas de seda verde, los retratos de familia y el salón moruno que dejaba ver una puerta grande, abierta.

–El palacio de Baïtovo –murmuró–. Siempre había oído hablar de él, en el país...

Mientras Maya y Olga sostenían a Nathalie, medio inconsciente, que gemía sin parar el nombre de Adichka, la sirvienta cambiaba las sábanas. Después llegó el turno al camisón, también empapado. El cuerpo desnudo, delgado y pálido de Nathalie tenía reflejos verdosos en la oscuridad. Los gestos de las tres mujeres eran rápidos y precisos, y la enferma pronto volvió al lecho. El contacto con las sábanas secas y el nuevo camisón pareció aliviarla por un momento. Su rostro sobre la almohada no expresaba más que una inmensa fatiga. Pero la tregua no duró mucho. Volvieron los temblores y con ellos los gemidos, el nombre que murmuraba siempre, sin cesar. Maya le secaba de nuevo el sudor de la frente y Nathalie bruscamente se agarró con fuerza a la mano que intentaba aliviarla. Sus ojos velados por la fiebre adoptaron un brillo salvaje.

–Nos queríamos, ¿comprendes? –dijo, con total claridad–. Nos queríamos...

–Querida mía –murmuró Maya–, pobrecita mía...

Nathalie lanzó un gemido voluptuoso. Seguía manteniendo apretada entre las suyas la mano de su suegra. Su mirada tenía un brillo casi insostenible, mientras que una sonrisa amorosa iluminaba su lívido rostro.

–A veces –pronunció con esfuerzo–, nuestras conversaciones se prolongaban hasta el amanecer... Recuerdo una noche, justo después de nuestra boda, en que esperábamos a que saliera el sol sentados en la terraza... Me acuerdo de todos los matices del cielo..., del croar de los sapos y de los primeros mirlos... Y después, durante la noche, el ruiseñor también, el ave preferida de Adichka... Él decía que el ruiseñor..., el ruiseñor...

Nathalie, agotada por el esfuerzo, soltó la mano de Maya y cayó de nuevo en los almohadones. Sus labios agrietados por la fiebre murmuraron aún algunas palabras, pero no salió de ellos ningún sonido más. De pronto, su cuerpo se congeló con una inmovilidad terrible.

–Está inconsciente –dijo Olga.

Al final de aquel mismo día y sólo con algunas horas de intervalo, Oleg y Daphné cayeron a su vez fulminados por la fiebre. Eso suponía que había tres enfermos en casa, y para evitar los riesgos de contagio, Olga decidió reagruparlos. Los instaló en la biblioteca, que era la sala más alejada del piso de los niños. Allí montaron tres camas improvisadas y transportaron a los tres enfermos. Sólo Oleg, al ser un hombre anciano, tuvo derecho a un biombo. Nathalie y Daphné estaban la una junto a la otra, en medio del bello mobiliario Boulle, que había llevado desde Francia el bisabuelo de Xénia, cuyo retrato se exponía sobre la chimenea. La biblioteca era grande y alta de techo. Veinticinco mil volúmenes decoraban las paredes.

Maya y Olga se relevaban a la cabecera de los tres enfermos. Cuando podía, el médico pasaba a verlos. Era pesimista. La enfermedad se propagaba por todas partes, y se empezaban a contar ya los muertos. Nathalie seguía delirando, y de sus labios quemados escapaban trozos enteros de su corta vida con Adichka. Maya y Olga oyeron petrificadas el relato de su última noche y el descubrimiento del cuerpo de Adichka, horriblemente mutilado, en un vagón de mercancías. Para las dos mujeres, que ignoraban los detalles de aquella tragedia, esos momentos fueron particularmente dolorosos. Al horror de la enfermedad se añadían los sufrimientos de aquel que había sido un hijo amoroso y un atento hermano mayor.

El estado de Daphné era el más inquietante. Inconsciente la mayor parte del tiempo, tenía la inmovilidad de las piedras. Por más que Olga la tomaba entre sus brazos, la acunaba o le murmuraba las palabras más tiernas, no se manifestaba ninguna reacción en su cuerpo tieso, tan ligero que Olga creía sostener a un pájaro, a un

gatito.

Oleg, a pesar de su edad, era el único que recuperaba brevemente la conciencia, pero caía enseguida en un entorpecimiento profundo. Crueles dolores musculares le despertaban de pronto y se ponía a gemir, como un niño.

El segundo día fue el más crítico, según el médico: la fiebre no sólo no bajaba, sino que se mantenía por encima de cuarenta. Nathalie había dejado de delirar y, como Daphné, se había quedado inconsciente. Sólo Oleg manifestaba algunas señales de mejoría. Pero eran tan débiles, tan tenues, que el médico se negaba a pronunciarse.

Al final del tercer día, algo pareció aflojarse en el pequeño y rígido cuerpo de Daphné. Para su madre, que la sostenía entre sus brazos, fue tan perceptible que chilló de felicidad.

–Basta –dijo débilmente Daphné–, me haces daño.

Olga dejó a su hija entre las sábanas y contempló con el corazón alterado las señales de regreso a la vida. Eran ínfimas todavía: el guiño torpe de un párpado, algunos gemidos de dolor.

–Tengo sed..., me duele... –se quejaba Daphné.

–Mamá –llamó Olga.

Maya, que estaba ocupada lavando el torso desnudo y empapado de sudor de Oleg, salió de detrás del biombo. Vio la sonrisa radiante de Olga y puso la mano en la frente de la niñita. Daphné gritó como si aquel contacto la hiciera sufrir. Maya retiró la mano precipitadamente.

–¡Ha bajado la fiebre! ¡Está salvada!

Maya y Olga habían instalado dos camas de campaña en la biblioteca; allí velaron toda la noche. De vez en cuando, una de ellas se tambaleaba de fatiga e iba a echarse una hora, mientras la otra se aseguraba de los progresos de Daphné. Así pudieron constatar juntas o por turnos la mejora de Oleg, en el curso de la noche, y la de Nathalie, a principios de la mañana. Cuando el médico fue a auscultarlos, al final del cuarto día, se mostró confiado.

–Se curarán... Tienen ustedes mucha suerte... Se cuentan los muertos por decenas, y esto no ha acabado aún... En Villa Ondina acaba de morir la hija mayor, una jovencita encantadora, de dieciocho años...

Su mirada se posó sobre Nathalie y Daphné, que estaban dormidas, pálidas hasta la transparencia.

–La fiebre ha caído porque han vertido litros de sudor. Están agotadas, y no tendrán conciencia de lo que les ha pasado. Con el caballero ocurrirá lo mismo. Pero puedo decirle que con el acmé del segundo día, temí lo peor...

–¿Qué es el acmé? –preguntó Maya.

–Es el punto crítico de los síntomas –precisó Olga.

El médico le estrechó la mano y felicitó a Olga por su competencia.

–El hospital de Yalta está desbordado. A falta de plazas, los enfermos se amontonan, y el hecho de no poderlos aislar favorece la epidemia.

–Iré a ayudarle.

Él sonrió sin ocultar la admiración que sentía por ella.

–Es lo que esperaba de usted. Pero tómese dos días de reposo, porque si no será a usted a quien tenga que cuidar.

Salió andando hacia atrás y se detuvo un breve instante en el umbral de la biblioteca contemplando las paredes cubiertas de libros. Una alegría infantil iluminaba su rostro demacrado.

–Todos esos volúmenes..., todo ese saber...

Diario de Xénia

25 de noviembre de 1918
¡Se han salvado! Durante estos cuatro días no he podido escribir ni una sola línea, tan desesperada estaba. Debo confesar que casi perdí la esperanza, lo cual es un grave error: no hay que dudar jamás de la misericordia de Dios. Pero se abaten tantas desgracias sobre Rusia... Toda la casa ha vivido estos cuatro días sumida en el terror. Tatiana se negaba a alimentarse y parecía marchitarse. Serioja, que se dio cuenta de que pasaba algo grave, se puso a tartamudear: ya no pronuncia más de dos palabras correctamente. La epidemia causa estragos por todas partes, y nosotros lloramos la muerte de nuestra vecinita Lydia, con quien, hace pocos días, cantábamos en el coro.

27 de noviembre de 1918
Nuestros tres enfermos, en el aspecto estricto de la enfermedad, parece que ya han salido del apuro. Pero están tan agotados que apenas pueden hablar. Un sonido demasiado fuerte, un movimiento cualquiera los hace sufrir. Oleg ha vuelto a su alojamiento. Nathalie y Daphné, demasiado débiles para transportarlas, siguen en la biblioteca. Parecen hechas de cristal, tan frágiles se han vuelto. Ver esa prestigiosa biblioteca conocida por los bibliófilos del mundo entero transformada en una enfermería es algo increíble para mí. Ayer enterraron a la pequeña Lydia. Su madre, amiga nuestra, perdió a su marido en 1916, y a su hijo poco después. Su dolor es insoportable. Le quedan un niño y una niña pequeños a los que educar. Esta tragedia nos ha hecho olvidar por un momento el mundo cada vez más caótico en el que vivimos. La flota francesa ha desembarcado en Odesa, donde los bolcheviques han hecho su reaparición a lo grande. Ucrania ha sido sometida a sangre y fuego. En Yalta, en Gurzuf, se ha instaurado un clima de violencia a pesar de la epidemia. Unos elementos que no se sabe a qué bando pertenecen han empezado a sembrar el desorden. «La chusma está de vuelta», usando la expresión de Olga. Se supone que los voluntarios velarán por nosotros. Patrullan ante nuestros domicilios y vigilan la costa. Nosotros tenemos dos en casa, muy jóvenes, muy inexpertos, a quienes Micha enseña tiro y boxeo inglés.

Tatiana estaba sentada en los últimos escalones de la escalera Tudor que desembocaba en lo que se denominaba el vestíbulo de gala. En las paredes, grandes y solemnes retratos de familia parecían vigilarla, mientras ella masticaba distraídamente la punta de una de sus trenzas. Un olor a manzana y a madera encerada flotaba en el aire. «El olor de Baïtovo», pensó Tatiana, sin imaginar que lo recordaría toda su vida. Le habían dicho que Micha y sus jóvenes reclutas no tardarían en volver, y a ellos era a quienes acechaba, impaciente y tímida.

Le interesaba uno sobre todo. Era de estatura mediana, delgado, pálido y pelirrojo, con unos ojos de un negro oscuro y unos pómulos salientes. Habían intercambiado algunas palabras, la víspera, mientras ella volvía de paseo y él montaba guardia ante el pórtico. Sabía su nombre de pila: Gaito. El de su camarada lo ignoraba.

La pesada puerta de entrada se abrió súbitamente para dejar pasar a Micha y a sus jóvenes acólitos. Los tres llevaban botas de montar y pellizas cortas. La ropa nueva que habían enviado a los voluntarios les confería un aspecto marcial que Tatiana encontraba muy seductor. Recordaba su llegada, con su lamentable ropa: unos trajes hechos jirones, a pesar del frío y de la lluvia; unos zapatos agujereados.

Micha pareció sorprendido al verla sola en el vestíbulo. Era el final del día, la hora en que habitualmente los criados se afanaban recargando las estufas de porcelana, cerrando los postigos y las cortinas. Un silencio poco habitual daba un aire más solemne aún al vestíbulo, a la imponente escalinata y a los retratos de la familia de Xénia.

–¿No hay nadie? ¿El personal está de huelga? –preguntó Micha.

–No sé.

Él acarició maquinalmente la cabeza a Tatiana, como habría hecho con uno de sus perros favoritos. Ésta no era insensible a lo que le manifestaba su «tío Micha». Lo encontraba guapo, divertido, joven. Y además, era el marido de Xénia, a quien consideraba un poco su madre, desde que se había separado de la suya.

–Haz las veces de señorita de la casa –le dijo Micha–. Acompáñalos a la cocina y pide que les preparen algo para comer. Dentro de una hora vuelven a estar de guardia.

Tatiana y los dos muchachos se dirigieron hacia el subterráneo

que llevaba a las cocinas, situadas en un edificio adyacente al palacio. De camino, ella explicaba con su vocecita infantil, que se esforzaba para que sonase más firme:

–Las cocinas están lejos de la casa por los olores. Ya me comprenden.

Lanzó una mirada a los dos chicos que la seguían. Gaito callaba, quizá por timidez. El otro parecía más hábil para entablar relaciones y bromear.

–En nuestra casa –dijo–, la cocina es la habitación principal de la isba. Mi madre y mi hermana duermen allí desde la muerte de mi padre. La única habitación es para mí, ya que me he convertido en jefe de familia. Pero como estoy en la guerra, mi madre la alquila.

Parecía orgulloso de sus palabras, mientras que Tatiana lamentaba las suyas. Ella comprendía que los dos muchachos venían de un medio modesto, y que de ninguna manera debía intentar deslumbrarlos con el lujo del palacio. Quizá por eso callaba Gaito. Se prometió parecer lo más humilde posible y hacer todo lo que estuviera en su mano para que él se sintiera más a gusto.

En la cocina sólo estaba presente Macha, la cocinera principal, que estaba ocupada pelando una montaña de patatas. Se levantó al entrar todos, pero Tatiana le rogó que se volviera a sentar.

–Qué vergüenza –dijo Macha–. ¡Mis ayudantes se han puesto en huelga! ¡Reclamar un aumento más cuando están cobrando el doble que el año pasado! ¡Y soy yo quien hago todo el trabajo!

Los dos muchachos colgaron sus morrales en un perchero y se sentaron uno a cada lado de una larga mesa, impresionados por las dimensiones de la cocina, los hornos de madera y de carbón, la batería de cazos y los barreños de cobre. Macha dispuso ante ellos unos platos, cubiertos, dos vasos y un cántaro de agua.

–El menú de esta noche es sopa de champiñones, albondiguillas de carne y compota de manzanas con jarabe de arándanos y confitura de membrillo –dijo.

–Muchas gracias, señora –murmuró Gaito.

–Gracias –repitió su compañero, con voz más firme.

Al servir la sopa, que hasta aquel momento se cocía a fuego lento sobre uno de los hornillos de leña, los examinó de pies a cabeza, aprobando la ropa nueva y las botas apenas manchadas.

–Sois bien jóvenes... ¿Cómo os llamáis? ¿Y de dónde venís?

–Mitia.

–Gaito.

–Nuestros padres eran silvicultores en Osetia, en el Cáucaso... Al mío lo mataron los bolcheviques porque se oponía a que se quemara

nuestra iglesia. El de Gaito murió aplastado por un árbol.

–Pobrecillos.

–No nos quejamos, estamos orgullosos de habernos alistado en el ejército de los voluntarios.

Los dos chicos comían con apetito todo lo que les servían. Tatiana, que prefería callar, los observaba, temerosa e interesada al mismo tiempo. Se preguntaba qué edad tendrían, ¿dieciséis años? ¿Diecisiete? Y pensaba con espanto qué harían en la guerra. Por si lo hubiera olvidado, la visión de su pistola orgullosamente metida en el cinturón le había recordado la siniestra verdad. En un espejo colocado en la pared sorprendió fugitivamente el reflejo de una niña, casi una joven, con el rostro flaco, ojeras y unas trenzas rubias que contribuían a hacerla más infantil. Sacó entonces de los bolsillos de su delantal dos peinetas, se levantó las trenzas y las dispuso como una corona en torno a su cabeza. Aunque rápidos, sus gestos no habían escapado a Mitia.

–Así está mucho mejor, señorita.

Ella enrojeció al oír aquel comentario atrevido, y se preguntó qué hacer. La llegada repentina de Micha la dispensó de responder.

–Querida Macha –dijo él, con su voz estruendosa–, créeme, aprecio muchísimo que tú trabajes mientras todos los demás se buscan las pulgas...

Como la conocía desde hacía años y tenía la edad de su madre, la besó familiarmente en las dos mejillas.

–Pero, por el amor de Dios, sírvenos un poco de tu vino de Crimea... Y no te olvides de sacar un vaso para los chicos, y otro también para ti.

Pellizcó la barbilla de Tatiana.

–Tú sólo tendrás derecho a un sorbito, nada más.

El gesto y las palabras desagradaron a la chica, que vio con reproche cómo levantaba su copa de cristal para admirar la transparencia ambarina del vino, y después lo degustaba, chasqueando la lengua de satisfacción.

–¡Por Mitia! ¡Por Gaito! ¡Por nuestros valientes voluntarios!

Se entreabrió lentamente la puerta de la cocina e hizo su aparición un galgo negro. La cocinera se levantó para echarlo, pero Micha la obligó a sentarse de nuevo.

–Déjalo que venga, es mi preferido. Y él lo sabe, el muy bribón...

Al oír su voz, el perro se quedó inmóvil, y después, tímidamente, con precaución, se acercó a la mesa. Sus patas parecían rozar apenas el suelo embaldosado de la cocina, y un estremecimiento de alegría recorría su espinazo. Llegado a la altura de Micha, se quedó inmóvil

y puso su largo hocico negro de terciopelo sobre las rodillas de su amo.

Fuera era ya de noche y había que encender las luces. Los dos chicos esperaban que Micha les diese la orden de ir a reemprender su turno de guardia. Pero Micha parecía ausente. Una de sus manos acariciaba al galgo, echado a sus pies en aquel momento, mientras que la otra cogía regularmente la botella de vino de Crimea que Macha, a petición suya, había depositado ante él.

–¿Y si nos tocaras alguna canción? –dijo de pronto.

Se dirigía a Gaito, que, sin responder, se levantó y sacó de su morral un pequeño acordeón. Se sentó y empezó a tocar una melodía más bien melancólica. Su pie marcaba el ritmo con la punta de la bota. Mitia se había levantado y cantaba con una voz entonada, pero un poco aguda. Después empezaron otra canción, y otra más.

Ha llegado la noche.
Bajo las nubes, la luna, a veces,
de unos soldados ilumina la tumba.
Y blanquean las cruces
de nuestros héroes bellos y lejanos.
Alrededor, siniestras, unas sombras se agitan;
nos dicen que murieron para nada.
Los cuerpos de los héroes
ya se han convertido en polvo.
No tuvieron nunca unos últimos honores
ni una última plegaria.
¡Reposad en paz,
muertos por la Rusia bien amada!

Los sollozos interrumpieron a los músicos: Tatiana, con los codos apoyados en la mesa, lloraba lágrimas cálidas.

–Es demasiado triste... Es demasiado triste... –creyó oír Micha. Una de sus trenzas se había soltado y se bamboleaba sobre su hombro algo flaco, de niña.

Tatiana, con los ojos todavía rojos, miraba su mano como si no le perteneciera, como si fuera un objeto raro, precioso, caído de la luna. Con las mejillas ardientes y el corazón palpitante subía la escalera, sin saber adónde ir. Por la puerta entreabierta de su habitación, Xénia la vio pasar y la llamó.

Estaba ocupada guardando las joyas en pequeñas cajitas de plata y de cuero, tapizadas de terciopelo azul, rojo y verde. Collares, broches, colgantes, anillos y pendientes resplandecían sobre el tocador. A un lado habían instalado un pequeño despacho en el cual Serioja hacía los deberes. Éste levantó la cara y su rostro se iluminó

de felicidad al ver a Tatiana.

–Abejita..., escucha..., ya sé leer...

Abrió un manual titulado *Lecciones de cosas* y balbuceó:

–La «golondrina» es la anfitriona de la casa: construye su nido con tierra en el rincón de nuestra ventana. El «pinzón», el «jilguero», el «ruiseñor» y la «curruca» hacen el suyo con musgo en los árboles del jardín.

Había farfullado y dudado, pero había llegado hasta el final. Xénia y Tatiana le dieron un beso para felicitarlo.

–Mañana intenta hacer los ejercicios indicados en el manual –dijo suavemente Xénia.

El niño se centró de nuevo en su trabajo. Pero antes había atrapado la mano de Tatiana y había depositado furtivamente en ella un beso. Ésta había reaccionado como si la hubiesen quemado. Su mano se había convertido de nuevo en ese objeto extraño y precioso que ya no le pertenecía. Con todo su peso se hundió en la cama, con la mano tendida para contemplarla mejor. Xénia le daba la espalda y no se había dado cuenta de nada. Jugaba con un pesado brazalete de oro adornado con un grueso zafiro.

–Tania, Taniushka –dijo–, estoy tan feliz de que nuestros enfermos hayan salido adelante que tengo ganas de hacerte un regalo.

–Hum... –dijo Tatiana.

–Al principio de la guerra con Alemania, con muchas mujeres y jovencitas, participé en los esfuerzos de guerra trabajando en el «Depósito», que dirigía la princesa Putianin, en el palacio Catherine, en Petrogrado... Se trataba de cortar gasas y enrollar vendas para hacer curas... Éramos una cincuentena. Era muy animado, y conversábamos ruidosamente en varios idiomas... A menudo, después de la pausa del té, un mayordomo con librea proclamaba: «¡Sus Altezas!». Entraban a continuación las grandes duquesas Olga, Tatiana, María y Anastasia, que se ponían a trabajar con nosotras. Eran las cuatro muy guapas, muy educadas, concentradas y silenciosas. Nosotras no podíamos decir nada, ya que la etiqueta exige que no hablásemos hasta que las duquesas se dirigiesen a nosotras... Se habría podido oír volar a una mosca. Mi preferida era la gran duquesa Tatiana. Su belleza me fascinaba de tal manera que no podía mirarla a la cara. Todo el rato tenía que recordar las enseñanzas de mi miss inglesa, cuando era pequeña: «*Child, do not stare!*». Pero veía sus manos...

Acurrucada en la cama, Tatiana no escuchaba más que a medias lo que la otra le contaba. Seguía mirando su mano izquierda, morena

por los meses de sol, que reposaba sobre un almohadón de seda blanca como una sortija en su joyero. Esa mano que ella consideraba ingrata y mal cuidada, Gaito la había besado. Aquello había tenido lugar al salir de la cocina, a espaldas de los otros, mientras ella se agachaba para recoger su pañuelo empapado de lágrimas y se lo guardaba en el bolsillo.

«No me volveré a lavar nunca la mano», se prometió Tatiana.

Xénia, absorta en sus recuerdos del otoño de 1914, proseguía con su voz habitual, dulce y un poco monótona.

–... la gran duquesa Tatiana llevaba el mismo brazalete que me habían regalado cuando cumplí dieciséis años. Estaba muy de moda. Como tú también te llamas Tatiana, te lo regalo, sin esperar a que sea Navidad ni tu cumpleaños...

«Porque, ¿dónde estaremos entonces?», pensaba Xénia con angustia. De repente tomó conciencia del silencio de la habitación. Ahora que se había callado, no oía más que los crujidos del lápiz de Serioja en el cuaderno.

–¿Tania? ¿Taniushka?

Se volvió y al fin vio a la jovencita acostada en su cama, sin haberse molestado siquiera en quitarse las botas. «La enfermedad de su hermana la ha dejado agotada», pensó. Se levantó y fue a sentarse junto a ella. En su muñeca infantil, apoyada sobre la almohada, colocó el pesado brazalete de oro.

–La piedra azul es un zafiro de los Urales. A causa de tu extrema juventud, no sería conveniente ofrecerte una verdadera piedra preciosa, pero el zafiro se considera una piedra semipreciosa...

La luz rosa y tamizada de la lámpara de la mesilla de noche iluminaba el rostro tierno y soñador de Tatiana; la boca entreabierta, los ojos velados por el bienestar. Su cuerpo suave se desplegó y se estiró como el de un gato, larga y perezosamente.

–Soy feliz –murmuró. Y tras enderezarse bruscamente, se apretó contra Xénia–. ¡Ah, sí, qué feliz soy!

Xénia la dejó hacer, un poco turbada: le parecía que Tatiana acababa de dar un primer paso fuera de la infancia.

–Las piedras azules traen buena suerte –dijo, por si acaso.

Memorias inacabadas de Olga

Incluso vista desde Suiza en 1950, la situación de Ucrania en 1918 me parece de una complejidad increíble. Para mis hijos y mis nietos voy a intentar, sin embargo, dibujar una especie de retrato.

Si Crimea, a finales de 1918, mantenía una apariencia de equilibrio, no ocurría lo mismo con su vecina más próxima, Ucrania. Era un abominable amontonamiento de partidos y razas, todos arrojados los unos contra los otros. Después de la partida de los alemanes, la Ucrania independiente tuvo que vérselas con los rojos, los blancos, los polacos que reclamaban Kiev y los nuevos jefes ucranianos nacionalistas, como Petliura, Majnó, Budiennny, por citar sólo a los más conocidos, que tenían cada uno su doctrina que defendían con el salvajismo de los bribones. Añadamos a este hervidero el Ejército blanco de Denikin en el sur, el del almirante Kolchak en Siberia. Y añadamos también a los ingleses en el Cáucaso y Crimea, a los franceses en Odesa, los cuales no podían hacer gran cosa para calmar a todos esos grupos en guerra los unos contra los otros. Saqueos, pogromos, incendios, asesinatos, ejecuciones de poblaciones inocentes, ajustes de cuentas..., eran el telón de fondo de aquella época bárbara. La noción de solidaridad nacional preconizada por los bolcheviques había volado en pedazos. Cada uno miraba por sí mismo, y reinaban las bandas armadas. Kiev, la capital, pasaba de mano en mano, y cada nuevo dirigente presumía de exterminar a los partidarios del precedente. El escritor Bulgakov da una idea muy ajustada de este periodo demencial en su novela *La guardia blanca.*

En Yalta nosotros sufríamos las consecuencias, el aumento de poder de los bolcheviques y la reaparición de elementos no identificados y peligrosos. Nos faltaban noticias. Las más serias eran todavía las que difundía la prensa británica, y que algunos oficiales ingleses, a nuestra petición, nos transmitían. Si no, circulaban las informaciones más locas sobre el avance o el retroceso de los ejércitos blancos de Kolchak y Denikin. Un día subía como la espuma nuestra esperanza, y volvía a caer enseguida, poco después. La tensión de aquel mes de diciembre de 1918 en el cual esperábamos la victoria de los nuestros y nuestra liberación definitiva está inscrita

al rojo en mi memoria. Yo lo creía con todas mis fuerzas, con toda mi alma.

Otros preveían nuestro fin próximo, como Xénia, mi cuñada, cuya actitud derrotista, en aquella época, me sublevaba. Debo confesar que yo me equivocaba, y que sólo ella había comprendido la verdad. Otros, como nuestra amiga Bichette Lovsky, se negaron a abandonar sus tierras de Crimea, apostando por la victoria del Ejército blanco. Yo, por mi parte, encontraba alivio como de costumbre en la acción, trabajando junto al médico Vassiliev, en el hospital de Yalta. Apenas detenida la epidemia de gripe española, fueron el tifus y el cólera los que tomaron el relevo. En Baïtovo, felizmente, nadie resultó afectado por esas terribles enfermedades.

Las lluvias, en diciembre, parecían no cesar nunca. A una calma de varias horas la sucedía una tempestad. En Baïtovo hubo que empezar a racionar la leña: se renunció a utilizar el salón moruno y la biblioteca, demasiado difíciles de calentar; se abatieron unos árboles más. Xénia rebuscó en el guardarropa de sus padres, bien conservado en unos armarios inmensos, para encontrar algo más cálido con lo que vestir a su familia. Una costurera venida de Yalta cortaba, cosía y rehacía ropas para los niños.

Daphné se repuso de la gripe española y se asombró al no reconocer del todo a su amiga Tatiana. Ésta ahora dudaba en reemprender sus juegos de antes, se ponía soñadora, misteriosamente lánguida. A veces, su rostro enrojecía sin motivo; a veces se reía sola. La presencia de los dos jóvenes voluntarios parecía influir en su conducta. Cuando ellos estaban alrededor se mostraba más vivaz, más parlanchina. Daphné observaba con perplejidad esas metamorfosis. Una mañana sorprendió a Tatiana de pie junto a Gaito. Ambos permanecían prudentemente apoyados en la barandilla de la terraza y conversaban. Entre dos chaparrones, un sol vago creaba una atmósfera velada, un poco irreal; por encima del mar se dibujaba un arco iris que desapareció casi enseguida. Daphné quería aprovechar aquella tregua para visitar el cementerio de los animales, muy descuidado desde su enfermedad. Deslizándose junto a Tatiana, le oyó decir claramente a Gaito:

–Me he acostumbrado a tu presencia.

Era tan enigmático que Daphné se olvidó de su proyecto y volvió, pensativa, junto a los otros niños.

Nathalie se reponía algo más despacio. Le quedaba de su enfermedad una inmensa fatiga y una pequeña debilidad respiratoria que se empeñaba en disimular ante los suyos. Haber estado a punto de morir no le daba gusto por la vida, pero algo pareció despertar en ella. Se la oía tocar furtivamente el piano, cosa nueva. Pero si alguien se acercaba un poco para verla y oírla mejor, se interrumpía enseguida, como si la hubiesen cogido en falta.

–Ya no sé tocar, las manos no me obedecen... Tengo los dedos rígidos... –decía, como excusa.

Siguiendo los consejos de Maya, la dejaron tranquila. Pero para muchos, oír sonar el piano blanco de Rajmáninov era algo que les traía esperanza, una señal de que Nathalie, poco a poco, a un ritmo

lento y doloroso, se reconciliaba con aquello que le había sido más querido: la música.

El final del año 1918 se aproximaba y la situación general seguía siendo confusa. De Ucrania, desgarrada, procedían noticias a la vez trágicas y fantasiosas, que asustaban a todo el mundo; particularmente, a los extranjeros presentes en Crimea. Y eso a pesar de la importante presencia de la flota inglesa en los puertos de Yalta y de Sebastopol.

Hacia el 20 de diciembre se conoció el asesinato de un residente francés en la casa que se encontraba junto a la propiedad de Baïtovo. Ese crimen no tenía explicación alguna. Parecía más bien un ajuste de cuentas. Pero ¿entre quién, y por qué? El francés no tenía opinión política, no se le conocía ningún enemigo y su casa estaba vigilada por voluntarios. Se decía que era un espía. Pero ¿al servicio de quién? Después se propagó un rumor cuyo origen nunca se supo, pero que arraigó en la pequeña comunidad de las institutrices inglesas. Se decía que había sido asesinado por unos soldados alemanes en desbandada que había expulsado la llegada de los aliados; que los vencidos se vengaban de los vencedores matando a los franceses y a los ingleses. Ese rumor provocó un auténtico pánico. Todas las institutrices querían volver cuanto antes a su país. La presencia de la flota inglesa facilitaba su huida, y muchas se inscribieron para la siguiente partida.

Miss Lucy, confusa, dudaba. Ella y Xénia tuvieron algunas conversaciones privadas. Xénia, más que nunca, deseaba enviar a sus dos hijos y a Serioja a Londres, junto a su madre. Confiándolos a miss Lucy desechaba todos sus temores y sus dudas. Consultó a Micha, que no sabía qué pensar. La situación del país cada día se volvía más arriesgada, y los rojos progresaban en Ucrania y se aproximaban a Crimea. En Yalta y en distintas estaciones balnearias de la costa los bolcheviques salían de nuevo a la palestra y empezaban a alimentar el desorden. El bandolerismo y la violencia arbitraria volvieron a imponerse de forma desorganizada y esporádica. Su desprecio de las autoridades aliadas, su nueva insolencia, anunciaban la llegada próxima de los suyos. Rápidamente se comprobó que los franceses y los ingleses no tenían demasiada ascendencia sobre ellos. Estaban lejos de lograr el orden instaurado por los alemanes. Las brigadas de jóvenes voluntarios supervisaban permanentemente el litoral, pues temían un desembarco. Pero aquello no bastaba, y todos sabían que el primer ataque enemigo los diezmaría.

En el puerto de Yalta, la flota inglesa atraía a mucha gente. Los

marinos autorizaban las visitas a bordo y una multitud muy dispar se apelotonaba allí cada día. El acceso era tan fácil que algunos elementos bolcheviques se introdujeron para organizar su política de propaganda, abiertamente, sin que nadie pensara siquiera en impedírselo: según la tradición británica, todo el mundo tiene derecho a expresarse. Olga se ponía frenética.

–Nadie comprende hacia dónde nos lleva Lenin. Cuando entiendan en qué consiste el comunismo, será demasiado tarde.

Recordaba con amargura a los franceses, a quienes había frecuentado antaño, en la embajada de Francia en Moscú, y que en agosto se habían unido a un grupo anglo-francés creado por los bolcheviques. Recordaba su nombre: capitán Jacques Sadoul y teniente Pierre Pascal.

A los simples curiosos que formaban la mayoría de los visitantes y a los militantes bolcheviques (Olga exageraba su número; en diciembre de 1918, eran aún poco numerosos) se sumaban habitualmente algunos individuos no identificados, cuyo único objetivo era robar un bolso, un reloj. Ahí también explotaba Olga:

–No deberían dejar que subiese a bordo la chusma. ¡El espíritu democrático de los ingleses es ridículo, insoportable!

Xénia, por su parte, veía las cosas de un modo totalmente distinto.

Notaba la comodidad de los buques, la abundancia de alimentos, la gentileza y la hospitalidad de los marineros ingleses. Zarpó un primer barco con un importante contingente de institutrices a bordo. Se anunciaba un segundo barco para marzo o abril de 1919, y Xénia había tomado ya una decisión: con o sin miss Lucy, Hélène, Petia y Serioja se irían a Londres, a reunirse con su madre. Ella le escribió entonces una larga carta en ese sentido. Un oficial inglés se encargaría de entregársela. Tranquila ya por la suerte futura de sus hijos, Xénia se sentía mucho más calmada, casi feliz. Pensaba con alegría en las fiestas de Navidad que habían tenido lugar entre la ternura y el recogimiento; en la cena que se disponían a dar para celebrar en Año Nuevo. Debía aprovechar la presencia de sus niños antes de que partiesen. Aquello le ocuparía todo el tiempo libre del que disponía. Lo que sería después de ella misma, de Micha y de otros miembros de su familia y de su propiedad de Baïtovo, ni siquiera se atrevía a pensarlo.

En Año Nuevo, los corazones no estaban de fiesta en ninguna parte. Porque sus padres lo habían hecho antes que ella, porque en tiempos de confusión no resulta inútil respetar las tradiciones, Xénia había invitado a cenar a algunos amigos y a Bichette Lovsky, Para la

ocasión habían reabierto el salón moruno, más grande que el pequeño, el chino, y habían cargado a fondo las estufas de porcelana. Micha debía elegir las mejores botellas de vino y decidir el orden de las degustaciones.

Excepcionalmente, aquel día, el viento se calmó ya a primeras horas de la tarde; las lluvias débiles y esporádicas parecían autorizar la salida, y miss Lucy arrastró a los niños mayores a dar un largo paseo por el litoral. Tatiana, Daphné, Hélène y Anton se fueron, pues, por el sendero del Zar. Partieron cantando a voz en grito la balada irlandesa que habían cantado en Navidad, y su alegría pareció de buen augurio a Xénia: como si los niños fueran los pequeños barómetros del humor de los adultos en general.

Los días eran cortos y se encendía muy pronto la electricidad. Ayudada por Nathalie, Xénia decoraba la gran mesa de la galería que hacía las veces de comedor. Disponía ramas de acebo sobre el mantel de lino blanco, y rosas de Navidad, orgullo de sus invernaderos, en delicados jarroncitos de plata.

La galería, toda de madera, era imponente por sus dimensiones, ciento cincuenta metros de largo y ocho de alto, y también por el palco que dominaba la mesa. Xénia sorprendió la mirada curiosa de Nathalie.

–Es para acoger una pequeña orquesta de cámara –dijo–. Mi familia siempre fue muy melómana... Ninguna cena, por poco importante que fuera, carecía de concierto...

Nathalie, por un momento, se distrajo de sus pensamientos.

–Debía de ser maravilloso...

Su mirada soñadora autorizó a Xénia, siempre muy discreta, a formular una petición.

–Si quisieras tocar para nosotros, esta noche...

Nathalie se tragó el «no» seco que le vino a los labios de inmediato, consciente de que debía hacer un esfuerzo, aunque sólo fuese por agradecer su hospitalidad a Xénia.

–Las manos –dijo, mirándose las manos finas y largas, con las uñas muy cortas–. Las manos ya no me obedecen...

Estiró y cerró los dedos, torció las muñecas como para hacer un poco de ejercicio. Su rostro, todavía muy pálido, estaba impregnado de una dulzura que Xénia no le conocía.

–Si cantas algunas romanzas de Chaikovsky, podría acompañarte –dijo, con prudencia.

En aquel momento se abrió la puerta grande de entrada y se oyeron los gritos de niños..., y de miss Lucy, que los llamaba al orden:

–*Children! Children! Don't run, don't scream.*

Pero eso no impidió que Tatiana, pálida y temblorosa, con las trenzas medio deshechas, irrumpiera en el comedor.

–Allá abajo..., en la playa..., hay dos ahogados...

A la luz temblorosa de las antorchas que sujetaban unos criados, Xénia, Nathalie y Oleg descubrieron los cuerpos devueltos por la corriente y que yacían sin vida sobre los guijarros.

Las olas, regularmente, salpicaban sus pies, a los que habían quitado las botas. Yacían de cara, con la ropa hinchada por el agua. Oleg volvió con delicadeza a uno de ellos. Era un hombre muy joven, casi un niño, con el rostro casi arrancado por una bala disparada a bocajarro. El otro tenía un agujero en la nuca. Los dos llevaban la insignia de los voluntarios.

–Los conozco –dijo Oleg–. Son los muchachos que hacían guardia ante el faro.

Se persignó, seguido por Xénia, Nathalie y los criados.

–Transportemos sus cuerpos a cobijo –dijo después–. Se está levantando viento, el mar se los volverá a llevar...

Fue largo y delicado calmar el terror de Tatiana, Daphné, Hélène y Anton. Xénia y Olga se emplearon lo mejor que pudieron, con juegos, cuentos, cualquier cosa susceptible de distraerlos. Xénia intentó explicarles que los hombres, como los animalitos, también morían. Pero para los niños aquello era algo muy lejano del pacífico y lindo cementerio de los animales. Después les recordaron el árbol de Navidad y los regalos; se habló de un posible paseo en carreta, del próximo nacimiento de un nuevo potrillo y de la compra de unas tórtolas. Los dos más pequeños subieron a acostarse, tranquilos y soñadores. Daphné seguía muy alterada. En cuanto a Tatiana, se retiró a su habitación con el corazón oprimido por la aprensión: ¿y si el enemigo atacaba a Gaito? ¿O a Mitia? Xénia, entonces, le subió una taza de infusión de azahar.

–Tus amigos hacen guardia en el interior de la propiedad... Micha irá a verlos –le dijo, para tranquilizarla.

A continuación se celebró la cena en una atmósfera de gran tristeza, aunque todos los invitados hicieron lo posible por aportar un poco de calor, de animación. Aplaudieron la sopa de champiñones y el pato asado acompañado de manzanas marinadas y jalea de arándanos. Pero a aquellos que habrían deseado olvidar la situación

cada vez más trágica del conjunto del país, y pronto de Crimea, el asesinato de los dos jóvenes voluntarios les ponía de relieve la trágica realidad. Aquel crimen, según Micha, no traía firma alguna, y esa constatación no calmaba los espíritus, precisamente. ¿Quiénes eran los asesinos, de dónde habían venido? La hipótesis de un inicio de desembarco bolchevique, aunque no se podía probar, era posible.

–Acusar a los rojos es demasiado sencillo –dijo de pronto Nathalie.

Había hablado con una voz dura, casi cortante. Contemplar a aquellos dos jóvenes a los que habían matado a quemarropa la había alterado especialmente. Los cuerpos mutilados le habían recordado otro cadáver, y de nuevo se había sentido aplastada por la desesperación. Después, para sorpresa de las personas presentes, había insistido en proceder ella misma a lavar los cuerpos de los muertos, que se transportaron a una sala del palacio, a la espera del entierro. Se dedicó a aquella tarea con sangre fría, con una especie de rigidez que no la abandonó durante toda la cena y que sólo parecía empezar a disiparse ahora que se encontraban ya todos tomando café y licores en el salón moruno.

–No estás equivocada necesariamente –le respondió Micha–. Sabemos que en el Cáucaso del norte y en Ucrania castigan con dureza a aquellos que llaman los «verdes», bandas compuestas de desertores que actúan por su cuenta y riesgo, y que matan a rojos, blancos y oficiales extranjeros...

–Pero el Cáucaso del Norte está bajo el control del general Denikin –objetó Olga.

–¿Estamos seguros de eso?

Micha se volvió hacia Bichette, graciosamente sentada sobre los cojines multicolores de un sofá muy bajo, que se confundía con las numerosas alfombras.

–¿Tienes noticias de Nicolás?

Bichette dijo que no con la cabeza. Parecía muy cansada y de hecho lo estaba, desde que había ofrecido sus servicios al hospital de Yalta, donde faltaba de todo, tanto personal como medicamentos. Su ignorancia de la medicina no la había desanimado, y ayudaba en lo que podía, sin negarse a llevar a cabo ninguna tarea, hasta las más ingratas. Era para ella la mejor manera de manifestar su solidaridad hacia su marido Nicolás, alistado en el Ejército blanco del general Denikin.

Olga, sentada a su lado, fumaba un cigarrillo tras otro. También estaba agotada. Con la aparición del tifus y el cólera, los enfermos se acumulaban. A su petición, los habitantes de Yalta habían regalado

colchones, sábanas y mantas. Gracias a esos donativos se había podido instalar un segundo dormitorio en lo que antes era el refectorio. A pesar del trabajo incesante de todos aún había muchos muertos, a veces incluso entre el personal del hospital. Pero desde hacía dos días se había tranquilizado todo, y el médico se había atrevido a hacer una predicción optimista:

–La epidemia ya se ha frenado. La enfermedad no progresa.

–Ya era hora –le confesó Olga–. No teníamos ya de nada, ni medicamentos, ni desinfectantes, ni termómetros...

Hacia las once, Maya manifestó el deseo de retirarse a su habitación. Desde las noches pasadas en la biblioteca velando a Nathalie, Daphné y Oleg, estaba débil y arrastraba una fatiga que ni siquiera el sueño disipaba ya. Después les llegó el turno a los invitados. Sus villas se encontraban en Gurzuf y temían atravesar Yalta en el momento en que la multitud saliera a la calle para celebrar el nuevo año. Aquello no concernía a Bichette, que dormía en Baïtovo. Se besaron sin desearse nada, y Micha los acompañó hasta la puerta, donde Gaito y Mitia montaban guardia. Una vez que se fueron los invitados, él sacó del bolsillo de su abrigo una petaca y tres vasos.

–No me he olvidado de vosotros –dijo–. Vamos a brindar por la victoria de nuestros ejércitos, por el retorno de la paz y por el año nuevo.

Los chicos no se hicieron de rogar. Les había hecho falta mucho valor para superar el terror que se había apoderado de ellos al anunciarles el descubrimiento de los cuerpos de dos de los suyos, y para quedarse allí de noche con la única defensa de las pistolas que llevaban al cinto. Jamás, hasta entonces, el viento que movía los árboles, los crujidos de las ramas y los ladridos de los perros en la montaña les habían espantado tanto.

El salón moruno, iluminado por unos pequeños farolillos de colores, era como un recinto aparte dentro del palacio. Era algo sorprendente, se prestaba a la ensoñación. Nathalie, con su vestido de luto, acomodada entre los cojines de color pistacho y rojo frambuesa, se iba distendiendo poco a poco. De vez en cuando miraba a Bichette, tendida como una odalisca sobre los cojines. Su rostro, redondo y plácido, y sus largos cabellos rubios sujetos en una sola trenza muy gruesa le producían, cada vez que los veía, una punzada de angustia. Ver a Bichette era como volver a tener delante a Adichka; era recordar sus veladas juntos, los ejercicios de música

en común, sus paseos a caballo, el patinaje en el estanque helado, durante el invierno de 1916-1917. Era sobre todo recordar que Nicolás y Bichette Lovsky habrían podido salvar a Adichka de la muerte intentando un golpe de mano para liberarlo. Era difícil, extremadamente peligroso, Adichka y Nathalie estaban encerrados y custodiados por una multitud ebria y sanguinaria que no deseaba más que asesinarlos cuanto antes. «Liberarlos era demasiado arriesgado», había dicho Nicolás en la investigación que siguió al asesinato de Adichka. «Nos habrían capturado y asesinado allí mismo.» Esa frase, leída una y otra vez, torturaba a Nathalie. ¿Y si, a pesar de todo, hubiesen conseguido salvar a Adichka? Esa duda, ese interrogante, se infiltraba en ella como un veneno.

Había una mandolina tirada en la alfombra. Bichette la cogió y empezó a pellizcar las cuerdas, y se puso a recitar:

> No me cantes, bella mía,
> las canciones de Georgia;
> su amargura me recuerda
> otro río, otra vida.

Nathalie creyó reconocer aquel poema que Bichette recitaba improvisando algunos acordes con la mandolina. ¿Pushkin? No estaba segura. Miró de nuevo a Bichette, su piel clara, sus labios bien perfilados, sus muñecas algo gruesas y sus manos regordetas con las uñas mordidas, que le recordaban las manos de su hermana Tatiana. ¿Qué sentía ella realmente por Bichette? ¿Qué sentiría al ver a Nicolás, cuando volviese del sur, donde estaba combatiendo? No le había vuelto a ver desde su alistamiento en el Ejército blanco.

Bichette sorprendió la mirada ceñuda de Nathalie, y dejó de cantar y de tocar.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

Su visible preocupación hizo sonreír a Nathalie. Una sonrisa apenas esbozada, pero sinceramente amistosa.

–Sigue, sigue con tu poema... –dijo, como respuesta.

Bichette no se hizo de rogar. En los cojines pistacho y rosa frambuesa, con su pelo rubio y su vestido de seda azul bordeado de piel, estaba encantadora. «Un bombón –pensaba Nathalie–. O quizás un pastelito de almendra, en una caja de confitería.» Y de forma inesperada, se dijo: «Ella no tiene nada que ver con la muerte de Adichka. Ni tampoco Nicolás». Esa idea tenía el peso y la seriedad de una decisión, y fue como una bocanada de aire puro. Por primera vez pudo contemplar a Bichette con calma, con ternura. Y con uno de esos movimientos espontáneos que antes la caracterizaban, se deslizó

por encima de los cojines y apoyó la cabeza en las rodillas de Bichette.

–Feliz año nuevo, querida amiga –le murmuró. Y después, incorporándose, añadió–: Salgamos un rato a la terraza, Olga nos está ahumando con sus cigarrillos.

Fuera ya no llovía. Pero el cielo bajo y sombrío ocultaba la luna y las estrellas. Sólo el mar tenía algunos reflejos metálicos, y aquello aportaba un poco de vida a aquel paisaje oscuro e inmóvil.

Envueltas en chales y esclavinas, Xénia, Olga, Bichette y Nathalie escrutaban el horizonte, demasiado cansadas para hablar. Aparte del rumor de las olas sobre los guijarros, ningún sonido particular llegaba de los pueblos vecinos, ni corría ningún perro por la montaña. Se podía imaginar que hombres y animales se habían ido a dormir sin esperar al nuevo año. Como si nadie, tácitamente, esperase ya nada. Bichette fue la primera en romper el silencio.

–Feliz Año Nuevo –dijo, con un tono que pretendía ser ligero.

–Feliz Año Nuevo –respondieron mecánicamente Xénia, Olga y Nathalie.

Se besaron unas a otras en la noche oscura y fría. De pronto, estalló un cohete en el cielo, seguido, de inmediato, por otros. En la playa de Yalta había fuegos artificiales. Pero el cielo, iluminado durante un breve instante, volvió a quedarse oscuro y el silencio lo cubrió todo de nuevo.

Acababa de empezar 1919.

Diario de Xénia

20 de enero de 1919
Estallaron incidentes violentos en Gurzuf, que requirieron la intervención de la marina inglesa. Parecía que los instructores bolcheviques estaban de vuelta y empujaban a la población local a nuestra pequeña comunidad. Su propaganda se extiende por todas partes.

En Baïtovo, todo sigue su curso. Los niños se divierten con sus regalos de Navidad y olvidan que antes eran muchísimo más suntuosos... Cuando pienso que no hace mucho tiempo, cada Navidad, en cada aniversario, no tenía más que acudir a los grandes almacenes de juguetes de la Konnyuchenaya, donde se podían comprar juguetes del mundo entero... Petrogrado era un paraíso y no lo sabíamos. Recuerdo también las ceremonias del 6 de enero de 1914, en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, cuando nuestro zar Nicolás II presidía la tradicional bendición de las aguas del Neva. ¿Qué queda de aquellos días felices de antes de la guerra? En estos momentos no dejo de pensar en todo aquello, con esa sensación terrible de que es un mundo que ha desaparecido y que ya estamos olvidando.

25 de enero de 1919
Sorpresa y alegría al ver llegar a nuestra casa a un marinero inglés cargado con un paquete grande que procede de Londres. Es mamá quien nos envía pudines, galletas de todo tipo, té, carne, jamón en conserva, gelatinas de fruta... Algo para las fiestas, a partir de mañana. Es mucho más valioso, dado que ya no encuentro gran cosa en Yalta, donde las últimas tiendas están a punto de cerrar.

Emoción inmensa entre los niños. Los jardineros han encontrado en el suelo un águila grande de la montaña herida en el ala, que pensaban rematar con una bala de revólver. Micha ha intervenido para intentar curarla. Ahora está encerrada en una jaula. Estamos muy afectados al ver a esa ave regia prisionera detrás de los barrotes.

Diario de Tatiana

27 de enero de 1919

Escribo poco en mi diario, y eso no está bien. Pero el tiempo corre, y ya no tengo tiempo para nada. Están las horas de estudio, los paseos, los momentos en familia. No tengo ocasión de hablar con Gaito y Mitia más que muy de vez en cuando, pero saber que están ahí basta para que me sienta feliz. Me parecen maravillosamente valientes cuando me dicen que no tienen miedo y que esperan a los bolcheviques con decisión. Con Daphné es mucho más difícil que antes, ya que ella no siempre comprende que a veces tengo la necesidad de estar sola. Pero hemos reanudado nuestra actividad en el cementerio de animales y ayer enterramos una ardilla y una gaviota. La gran águila prisionera en su jaula da pena, pero el tío Micha nos ha dicho que es demasiado pronto para soltarla, y que hay que esperar. A pesar de las reprimendas de la tía Olga, que cree que soy demasiado joven, llevo siempre puesto el maravilloso brazalete de oro que me regaló la tía Xénia. Lo miro cien veces al día, y me siento feliz. Para Navidad, la tía Xénia me ha regalado unos pendientes que hacen juego, pero «no debo perforarme las orejas antes de cumplir los dieciséis años». Tres años esperando, ¡cuánto tiempo! Daphné continúa domesticando sus lagartos. Están tan embrutecidos por su cautividad que puede ponerse varios en los hombros y los brazos sin que se escapen. Pero todo eso ya no me divierte.

Diario de Xénia

1 de febrero de 1919
Importante servicio religioso en la catedral de Yalta por las víctimas de la gripe española, el tifus y el cólera. Muchas familias de luto, gran fervor religioso. Las epidemias en Yalta parecen ya contenidas, pero no ocurre lo mismo en las grandes ciudades, donde se propagan con una rapidez fulminante. Los niños van bien, trabajan bien. Buen tiempo, claro y frío. Micha ha conseguido convencer a Nathalie para que vuelva a montar a caballo. Ha encontrado para Olga y ella dos de esos infatigables caballos tártaros, que ha cambiado a un campesino por un reloj de pared y otro de bolsillo. El «trueque» se practica cada vez más. Es frecuente ver llegar al mercado de Yalta a campesinos cargados con vituallas y que luego se van con una alfombra, una lámpara, un abrigo de piel, un reloj. Nosotros mismos también tenemos que recurrir a esta práctica, aunque en Baïtovo tenemos nuestra propia fruta, volatería, huevos y verduras. Pero, ay, no en cantidad suficiente para todo el mundo.

7 de febrero de 1919
El Ejército rojo ocupa Kiev.

10 de febrero de 1919
Ahora que Kiev está completamente en manos de los bolcheviques, Ucrania ha dejado de ser un Estado independiente para convertirse en una provincia rusa. Muchos amigos y parientes no han podido huir a tiempo y se han encontrado atrapados. ¿Cuál será su suerte? Las comunicaciones son muy malas entre Ucrania y Crimea. Todos estamos muy inquietos.

15 de febrero de 1919
Ayer, a petición suya, me entrevisté con la emperatriz viuda. Me recibió con su sencillez habitual, y me trató como a un miembro de su propia familia. Yo iba con mi hija Hélène, muy impresionada al reunirse con la esposa del zar Alejandro III y la madre del zar Nicolás II. La emperatriz viuda me confió que su hermana, la reina Alejandra de Inglaterra, insiste en que abandone Crimea con su familia. De momento ella se niega, e insiste en su lugar en Rusia, en el seno del

pueblo ruso. Continúa creyendo que «Nicky» está con vida, y que el anuncio de su ejecución por parte de los bolcheviques no es más que una mentira. Su inquebrantable convicción es muy impresionante. Me confió su indignación por el anuncio del oficio religioso a la memoria de «Nicky» que se ha celebrado en Londres, en presencia de la pareja real. Parece no conceder importancia alguna a los riesgos que corre al permanecer aquí. Unos oficiales que han llegado de refuerzo montan guardia en torno a ella y las grandes duquesas. Ante su valor y su desprecio del peligro, no me he atrevido a decirle que mis niños se van a Londres a mediados de abril.

Las lluvias de febrero se espaciaron, al fin. Entre dos calmas, el friolero sol de marzo volvió a hacer su aparición y todos en Baïtovo experimentaron sus favores. Flotaba un aire primaveral, cargado de perfumes, y la montaña se cubrió de anémonas y orquídeas salvajes, malvas y rosas. Los árboles frutales empezaron su floración: la llegada de la primavera se hacía notar por todas partes. Los niños mayores volvieron a dar grandes paseos, mientras que los más pequeños jugaban en los guijarros de la playa. Micha, seguido a veces por Nathalie, recorría los alrededores a caballo. Una energía repentina empujaba a todo el mundo a salir, a hacer ejercicio. El invierno parecía definitivamente acabado, y resultaba más fácil entonces olvidar durante un instante la guerra civil y las epidemias que arrasaban todas las ciudades grandes. Las noticias se comunicaban por la noche, después de la cena. Durante la jornada se aprovechaba lo mejor posible el buen tiempo, recién recobrado.

Aquel día un sol más intenso había permitido que se instalaran fuera algunos muebles de jardín. Xénia había hecho disponer en la terraza algunas tumbonas y sillones de mimbre. Confortablemente echada, con una manta escocesa encima de las piernas, tenía en sus manos una labor de tapicería, en la cual no trabajaba aún. Escuchaba los cantos de los pájaros, seguía en el cielo los vuelos precisos de los estorninos. En el palacio se había empezado la gran limpieza que marcaba el final del invierno y desde las ventanas abiertas llegaban las risas y las conversaciones de los criados. Un buen humor perceptible reinaba en todas partes, no se hablaba ya de huelgas ni de aumentos de sueldo. Oleg dirigía su mundo ostentando una sonrisa satisfecha.

–Con el regreso del sol, el ambiente general es mucho mejor –le había dicho a Xénia.

Ésta, en su tumbona, rodeada de sus dos cockers, contemplaba la enorme escalinata, los seis leones de mármol blanco, las terrazas de nuevo atestadas de laureles en sus macetas, el mar, del mismo azul que el cielo... Como estaba sola, podía pensar en sus dos hermanos desaparecidos, en sus juegos de antaño. «Nosotros crecimos aquí, en Baïtovo, no debería irme», pensaba, olvidando que desde hacía meses pretendía lo contrario. Segura de la suerte de los niños (la fecha oficial de su partida se había fijado para el 14 de abril), le parecía que su lugar estaba allí, en Baïtovo. ¿El avance de los rojos al norte

de Crimea? Minimizaba las consecuencias. Comprendía perfectamente la actitud de la emperatriz viuda, que reivindicaba su lugar «en suelo ruso, entre los rusos». El calor del sol en la piel y el paisaje armonioso le daban a aquel instante una sensación fugitiva de eternidad. A pesar de la suerte dramática de Rusia, de los desgarros de la guerra civil y de la muerte presente por doquier, ella de golpe sentía la esperanza tenaz de que alguna cosa iba a cambiar, de que iba a sobrevenir un milagro. Xénia sonreía de placer, de felicidad, sin saber que aquella sonrisa, aquella euforia y aquella esperanza sólo eran una respuesta a aquel primer día de primavera.

Su ensoñación se vio interrumpida por la llegada de Daphné. Había salido sin anunciarse de detrás de un arriate de flores, y avanzaba por la terraza, lentamente, con los brazos extendidos hacia delante, con una rigidez desacostumbrada. Llegada a la altura de Xénia se quedó inmóvil en una pose de bailarina y con una inclinación de la barbilla señaló su cuello y sus hombros. Cinco lagartos se encontraban allí unidos, formando un curioso collar a la vez vivo e inmóvil. Xénia retuvo un movimiento de espanto y luego se enderezó para poder examinar de cerca a los lagartos.

–¿No huyen?

–Están domesticados.

–¿Sí? ¿Y cómo es posible?

–Tatiana asegura que están embrutecidos por su cautividad. Pero eso no es justo, yo he hecho con ellos un auténtico trabajo de domadora...

Con su vestido de algodón claro, su largo cabello moreno suelto y sujeto sólo por una cinta, su pose de bailarina y sus extraños adornos, Daphné parecía una alegoría de la primavera.

Se oyeron detonaciones de fusil a lo lejos, sin duda en la parte montañosa de la propiedad. Y Xénia, de repente, notó el corazón oprimido por la ansiedad. En otros tiempos, habría acusado a un cazador de practicar la caza furtiva en sus tierras. Antes. Pero los cockers que estaban a sus pies seguían durmiendo, y Daphné, ahora locuaz, le explicaba los secretos de su método de adiestramiento. Xénia se arrellanó en su tumbona y miró con esperanza el paisaje a su alrededor, tan tranquilo, igual al que contemplaba con felicidad unos minutos antes. «Esperemos que no sea más que un cazador», pensó. En el primer escalón, una gata gris desconocida, con las patas largas y los ojos amarillos, se instaló para calentarse al sol. Más tarde, al recordar aquellos días, Xénia diría: «Sí, todo era precario e incierto; y, sin embargo, era feliz».

Memorias inacabadas de Olga

Después de la partida de los alemanes y la llegada de los aliados, yo estaba llena de esperanza. Los ingleses y los franceses, acogidos con entusiasmo por la población rusa y los voluntarios de Denikin, «confraternizaban» al principio con nosotros. En noviembre de 1918 hubo incluso un teniente francés llamado Erlich que declaró: «¡Pueden contar con la ayuda de Gran Bretaña y de la Francia libre! Estamos por ustedes, con ustedes... Creo firmemente que pronto, en las torres del Kremlin, la bandera roja manchada con la sangre de tantas víctimas inocentes será reemplazada por el glorioso emblema tricolor de la Gran Rusia, una e indivisible». El eco de ese discurso llegó hasta distintos frentes e inflamó el ardor de los voluntarios. Pero no se vio seguido de efecto alguno. En noviembre de 1918, sin embargo, se instauró una especie de Gobierno antibolchevique en Crimea, en conexión con el ejército de voluntarios de Denikin. Realista, Denikin no pedía a los aliados que combatieran a su lado, sino que protegieran pacíficamente las provincias rusas de los pillajes y otras exacciones bolcheviques. Esto le habría permitido reunir a todas sus tropas y liberar las ciudades clave del sur, del este y del oeste, y después marchar hacia Moscú o Petrogrado. A principios de 1919, esa esperanza en la intervención de los aliados a nuestro lado fue desmentida de la manera más cruel. La actitud de los franceses hacia nosotros se reveló particularmente odiosa. En Odesa adoptaron medidas discutibles tanto los franceses como las decenas de agrupaciones políticas locales, que hablaban todas en nombre de la «Verdadera Rusia», sobre todo propagandistas ucranianos separatistas y bolcheviques. Los voluntarios fueron eliminados, y eso condujo al abandono puro y simple de Odesa a los bolcheviques, el 22 de marzo de 1919. Como consecuencia inmediata, la flota francesa, ganada por la propaganda bolchevique, se amotinó. Los voluntarios desarmados y evacuados tardaron más de un mes en unirse al Ejército blanco, en Novorossisk. En Crimea, en el mismo momento, la situación también era dramática: los bolcheviques ocupaban el estrecho de Perekop, tomaban posiciones en Sebastopol y se aproximaban a Simferopol, que estaba situado solamente a ochenta y cinco kilómetros de Yalta.

Diario de Xénia

26 de marzo de 1919
Los nuestros retroceden y los bolcheviques ganan terreno. Gran tensión en todas partes. Circulan noticias alarmantes que no estamos siempre en condiciones de verificar. Parece que los bolcheviques ocupan el estrecho de Perekop y se dirigen hacia Simferopol. En Sebastopol la situación se deteriora: los franceses están a punto de abandonar la plaza y dejarla en mano de los bolcheviques, y la población está aterrorizada. En Yalta, la presencia británica los mantiene todavía a distancia. ¿Hasta cuándo?

27 de marzo de 1919
Estamos todos muy inquietos, y el humor de los niños se resiente. Tatiana ha venido a verme y me ha preguntado: «¿A qué esperamos? ¿Qué va a ocurrir?». Yo no he sabido qué responderle. ¿Podía decirle que nuestra única elección era vivir el día a día, sin mirar hacia el porvenir? ¿Podía confesarle mi angustia? Para distraerla, la he propuesto una visita a los marinos británicos. En el crucero nos hemos encontrado con muchos amigos, también muy inquietos, que hablaban de huir, sin saber cómo, sin prestar atención a la presencia de los niños. Los pequeños rostros súbitamente angustiados de Tatiana, Hélène, Daphné y Serioja me han hecho daño. Hemos vuelto a Baïtovo por el sendero del Zar, donde hemos recogido ramos de flores. Las orquídeas salvajes crecen en todos los campos, al borde de los caminos. Los prados están de color malva por las anémonas. Llega la primavera, radiante, pero eso no hace más que subrayar la crueldad de esta espera.

28 de marzo de 1919
Corren rumores de que los soberanos ingleses insisten cada vez más en que la emperatriz viuda y los suyos abandonen Crimea. Parece ser que ella se sigue negando obstinadamente. Por medio de los oficiales británicos sigue día a día el progreso de los bolcheviques. En Sebastopol la situación de los opositores al régimen comunista se vuelve dramática. Muchos quieren huir por mar, centenares, según se dice.

29 de marzo de 1919

Hemos sabido que las paredes de Sebastopol están cubiertas de proclamas bolcheviques que llaman a la población de la ciudad a oponerse en masa a la partida de los emigrantes. El coronel francés responsable de Sebastopol ha instaurado el estado de sitio. Llueve y hace frío. Esta primavera que festejábamos era engañosa, mentirosa.

Memorias inacabadas de Olga

Lo que tuvo lugar a finales de marzo en Sebastopol, con la complicidad pasiva de los franceses, fue dramático. Los comités bolcheviques locales llamaron a la población de la ciudad a oponerse a la partida de los numerosos civiles que deseaban huir. Se tomaron al asalto los cargueros rusos. Entonces colocaron unas bombas de efectos retardados en las calas del carguero *Rion*. Las explosiones causaron un centenar de víctimas, entre ellas muchas mujeres y niños. Poco después, el 2 de abril, bajo la influencia de los comités bolcheviques, los franceses prohibieron la evacuación de los civiles y ordenaron a los voluntarios que abandonaran la ciudad y que dejaran todo el poder a los bolcheviques. Se autorizó a un último carguero ruso a abandonar el puerto. El general blanco Rerberg y su Estado Mayor velaron hasta el final por el embarque de los civiles. A continuación, todos ellos con sus familias, subieron a bordo del buque francés *Duguay-Trouin*.

Sin embargo, el 7 de abril, los bolcheviques reclamaron a los franceses que les entregaran a los oficiales rusos. A las autoridades francesas, que estaban a punto de aceptar, Rerberg les dijo: «Nos dejan ustedes la elección entre ser arrojados al mar o ser fusilados por los rojos». Sin duda habría pasado algo así si un buque de guerra inglés presente en la bahía no los hubiese aceptado a todos a bordo. Así pues, el general blanco y su Estado Mayor saludaron a los ingleses, exactamente igual que nosotros, en Yalta, en el mismo momento.

Para nosotros todo fue muy rápido, porque el Ejército rojo había tomado Simferopol y se disponía a dirigirse hacia Yalta. Las vías terrestres estaban cortadas, y quedaba sólo el mar.

La mañana del 7 de abril de 1919, el comandante de las fuerzas navales británicas en Sebastopol se dirigió a la emperatriz viuda para anunciarle que el rey Jorge V ponía a su disposición el crucero *Marlborough* y que debía huir con su familia. Al principio, la emperatriz se negó, pero luego aceptó. La noticia de su partida y la del gran duque Nicolás Nikoláyevich corrió como un reguero de pólvora y provocó un pánico inmenso. Miles de personas amenazadas por la llegada inminente de los bolcheviques quisieron huir. La

emperatriz, con el valor y la lealtad que la caracterizaban, pidió entonces a las autoridades inglesas que se tomaran las disposiciones necesarias para evacuarlos. Ella misma no consintió en abandonar Yalta hasta que hubiese embarcado la última persona. Los ingleses tuvieron que ceder y numerosos buques aliados entraron en el puerto para llevarse a esos miles de personas.

La organización con una urgencia extrema de ese éxodo masivo exigía un mínimo de cuarenta y ocho horas, y ése fue el tiempo que tuvimos para hacer las maletas. Las consignas eran estrictas: no más de dos baúles por familia, nada de animales domésticos ni de objetos voluminosos. (Pequeño paréntesis: todos fuimos tan disciplinados que las bodegas del buque se encontraron medio vacías, y tuvimos que sufrir la marejadilla. ¡Los remordimientos por no haber desafiado las consignas me atormentaron mucho tiempo! Todos habíamos tenido que abandonar nuestras propiedades más esenciales.)

El éxodo en torno a la emperatriz viuda y al gran duque Nicolás reagrupó a familias de todos los horizontes políticos y geográficos. Todos eran candidatos al exilio, fuera cual fuese, en aquella ocasión: Constantinopla, en un primer momento. Después, lo desconocido. Otra parte de la población (entre los cuales se encontraba nuestra amiga Bichette Lovsky) prefirió dirigirse al Cáucaso, entonces en manos de los blancos. Éstos debían embarcar el mismo día, el 11, a primera hora de la tarde, en un vapor ruso.

Muchos años después, conservo de aquel episodio tan decisivo para la vida de todos la sensación de una gran confusión, debida a la urgencia y al miedo. Y también de una gran irrealidad. Hice lo que tenía que hacer en estado de trance. El enemigo que se aproximaba, pero al que ya no veía, la fuga de miles de personas, entre ellas nuestra familia, no eran cosas «realistas». Todo aquello no se parecía a lo que habíamos vivido hasta el momento. Se parecía más bien a los relatos que me encantaban cuando era pequeña. Hoy en día me parece que todo aquello lo leí en libros infantiles. Muchos detalles se me escapan, ya no estoy segura, por ejemplo, de cuáles eran las condiciones meteorológicas. Creo recordar que llovía y que el mar embravecido impedía que atracara el pequeño antitorpedos inglés en San Andrés, bajo el palacio de Baïtovo, propiedad de mi cuñada Xénia Belgorodsky. Mi hija Daphné, que entonces tenía ocho años, recuerda un día radiante de primavera.

Hasta las tres de la tarde del 11 de abril de 1919, Nathalie, Tatiana, Olga y Micha no pudieron reunirse por fin con su familia a bordo del buque de guerra inglés. La evacuación de los emigrantes no había terminado, y quedaban en el muelle un centenar de personas. Las barcas y lanchas de salvamento continuaban su trabajo, luchando contra las olas, el viento y las corrientes. La lluvia había cesado desde hacía poco. A veces las nubes se separaban y al momento se volvían más numerosas aún. Pero los pequeños fragmentos de cielo entrevistos fugitivamente reavivaban por un breve instante la esperanza de los emigrantes amontonados en cubierta.

Las mujeres, las personas de edad y los niños pequeños habían encontrado refugio en el interior del buque. Los otros permanecían en la cubierta. Algunos, agarrados a la borda, seguían la lenta progresión de las lanchas; acogían con emoción a aquellos de los suyos que habían quedado en tierra y que por fin se unían a ellos. Se besaban, se abrazaban con la sensación de haberse enfrentado a muchos peligros y de reencontrarse milagrosamente sanos y salvos. También lloraban de pena, de fatiga, de alivio.

En la cubierta, un gran número de personas estaban sentadas en el mismísimo suelo, unas contra otras, con la cabeza hundida entre los hombros, la espalda curvada bajo el peso de la angustia. Entre ellos se encontraba Nathalie.

Ella tenía apretado contra su pecho su bolso de viaje de terciopelo dentro del cual había escondido el diario de Adichka que le había devuelto Pacha. Se mostraba indiferente a aquella partida, al frío, a la lluvia. Haber vuelto a encontrar a Pacha, haber entrevisto algunas líneas de la letra de su marido, la habían trasladado casi dos años atrás. El presente se difuminaba y dejaba su lugar al pasado, y apenas tenía conciencia de estar abandonando Yalta. Estaba impaciente por encontrar un refugio y leer aquel diario. Y al mismo tiempo, aquel momento le daba miedo. Tenía la sensación de que la emoción sería demasiado fuerte y saldría rota de su lectura. La reconstrucción del pasado feliz, recuperado durante un instante, subrayaría cruelmente que lo había perdido para siempre, y que a partir de entonces siempre estaría sola. Volvía a ver a Pacha, a quien había propuesto huir; su negativa a abandonar el suelo ruso para ir a una tierra extraña, su afectuosa solicitud, su orgullo. Volvía a ver a Bichette, que iba a embarcar en un vapor ruso en dirección a

Novorossisk. Esas dos mujeres habían sido testigos de su corta vida con Adichka.

Tatiana y Daphné, en la borda, miraban no hacia tierra, sino hacia alta mar. Seguían con una mezcla de espanto y maravilla los movimientos de la flota inglesa. Los buques de guerra, llenos de refugiados, esperaban que acabara la evacuación, que se les diera la señal de zarpar hacia Sebastopol. En medio, el crucero *Marlborough* atraía todas las miradas. Llevaba a bordo a la emperatriz viuda y al gran duque Nicolás Nikoláyevich, los cuales, tal y como se habían comprometido a hacer, velaban para que todos los refugiados pudieran embarcar.

Tatiana creyó reconocerlos y se los señaló a Daphné. La emperatriz viuda estaba en la proa, rodeada de los suyos. Detrás destacaba limpiamente la alta e imponente silueta del gran duque Nicolás, antiguo jefe de los ejércitos del zar.

Al lado del *Marlborough* se veía otro buque, éste era ruso. Llevaba a bordo a los últimos oficiales y voluntarios presentes en Crimea, que se disponían a unirse al Ejército blanco de Denikin. Ellos no huían, sino que partían al combate. Tatiana, con el corazón oprimido, pensó en Gaito y en Mitia, en la guerra que para ellos acababa de empezar. Durante un breve instante había creído distinguir la llameante cabellera de Gaito, pero ahora ya lo dudaba.

–Sí, sí, es él –afirmaba Daphné, más bien para darle gusto que porque tuviese ganas, por su parte, de verlo por última vez.

En la esperanza de ser reconocidas, agitaron los brazos, pero nadie a bordo del buque ruso les respondió.

En el otro lado, también pegada a la borda, Xénia contemplaba Baïtovo, su palacio abandonado, que surgía entre los pinos de Crimea, los cipreses y las palmeras. Distinguía los postigos abiertos, adivinaba la vida que empezaba a organizarse sin ella, sin su familia. ¿Sería la última vez que lo veía? Sabía que acababa de abandonar la maravillosa propiedad de sus antepasados, esa obra maestra del refinamiento y la imaginación que le habían legado y que ella, a su vez, habría tenido que dejar en herencia a sus hijos. Llevaba en brazos a su hijo Petia, y le señalaba la escalinata con los leones de mármol blanco. Junto a ella se encontraba Micha. Tenía una mano colocada en la nuca de Hélène, otra en la de Serioja. Los niños, impresionados por la emoción de los adultos, permanecían en silencio.

Un chorro de vapor surgió hacia el cielo, seguido del mugido de las sirenas: el buque ruso con los oficiales blancos y los jóvenes voluntarios a bordo zarpaba para unirse a Novorossisk. Todos se

levantaban, corrían a verlo. Esos hombres que partían a luchar para intentar salvar a Rusia suscitaban la admiración de todos. Muchos perecerían, otros muchos no volverían jamás. Estaban de pie, en guardia, saludando por última vez a aquella a quien seguían considerando su soberana, la emperatriz viuda, y su antiguo generalísimo, el gran duque Nicolás, que, a su vez, también en guardia, los saludaba. Después, juntos, entonaron el himno nacional ruso, que resonó también en todas las cubiertas de todos los buques.

Los últimos refugiados habían embarcado, los buques ya estaban llenos. Las sirenas del *Marlborough* resonaron para dar la señal de partida y todos los buques de guerra respondieron: la flota inglesa podía abandonar Yalta y dirigirse a Sebastopol. Xénia seguía llevando a su niño en brazos.

–Mira bien los leones cuando se vaya el barco. El movimiento nos dará la impresión de que se mueven.

–Leones –repetía Petia, alegremente.

–Los dos primeros están dormidos, los dos siguientes se despiertan, y los dos últimos rugen –explicaba Xénia, consciente de que repetía lo que su propia madre le había enseñado cuando ella era pequeña.

Xénia no sabría jamás que, algunos años más tarde, el cineasta Eisenstein, paseándose en barco a lo largo de las costas de Crimea, vería desde el mar los seis leones de mármol blanco, que volvería después para filmarlos y que esos leones se verían en el mundo entero. ¿Cómo habría podido imaginar que los leones de Baïtovo, por arte del montaje, enmarcarían otra gran escalinata, la de Odesa en *El acorazado Potemkin*?

¿Cómo habría podido imaginar que el cineasta vería aquel día el palacio abandonado, abierto a los cuatro vientos e invadido por una vegetación que se había vuelto salvaje? El Baïtovo que abandonaba se parecía al que siempre había conocido. Ella lo veía alejarse, mientras el buque pasaba junto a la costa tapizada de anémonas y de orquídeas salvajes, bajo los frutales en flor, los cipreses y las palmeras.

Olga se había unido a su hermana y su cuñada.

–Volverás a Baïtovo –dijo, con convicción, apretando el brazo de Xénia.

–Volveremos –rectificó Micha, con el mismo tono.

Xénia, con todo su ser, presentía que no iba a ser así. No dijo nada, sólo murmuró a su pequeñín:

–Mira, mira por última vez... No lo olvides nunca...

El niño percibió el enorme dolor de su madre y, sin saber por

qué, se echó a llorar.

Era de noche cuando la flota británica entró al fin en el puerto de Sebastopol. Por la tarde, a última hora, nuevos buques fueron a colocarse a los costados de los buques de guerra. Así fueron transferidos los emigrantes de un buque a otro, guiados y ayudados por la tranquila solicitud de los marineros ingleses. Todo se hizo con orden y dignidad. Sin un grito, sin un lamento, bajo un cielo de tinta. Había dejado de llover desde media tarde, pero el aire conservaba un frescor húmedo y salado.

La familia Belgorodsky había abandonado el antitorpedero en el cual habían embarcado y se hallaban en un cómodo buque inglés que había servido para transportar tropas durante la guerra. Todo se organizó con rapidez: las mujeres y los niños ocuparían los camarotes, los hombres dormirían en cubierta. Nadie pensó en reclamar nada.

Una vez acostados los niños más pequeños, los adultos se apiñaron en las cubiertas de los barcos. Habían retirado ya las últimas pasarelas. Se oían órdenes procedentes de aquí y allá, y el rugido de los motores. En el muelle se agitaban algunas siluetas en la semioscuridad. Algunos relámpagos iluminaban los grupos de curiosos que habían acudido a contemplar el éxodo. ¿Fatiga? ¿Indiferencia? ¿La imponente presencia de la flota británica? Contrariamente a lo que había pasado los días anteriores y en Yalta unas horas antes, de aquellos grupos emanaba poca hostilidad.

De nuevo, un chorro de vapor surgió hacia el cielo, seguido de un mugido grave y tembloroso. De nuevo el *Marlborough* de la emperatriz viuda dio la señal de partida. Poco después resonaron las sirenas de todos los buques que se disponían a seguirla, a los cuales respondieron también los barcos rusos y los de pesca que permanecían en el muelle. Los buques se despedían. Todo aquello duró largo rato. Después, uno por uno, abandonaron el puerto y se dirigieron mar adentro, en la estela del *Marlborough*.

Nadie hablaba, en ninguna parte. No se oía más que el ruido de las olas que se estrellaban en los cascos, el viento y el rugido sordo de los motores; las respiraciones ahogadas de los vecinos más cercanos. Algunas nubes, bajas y muy negras, tapaban el cielo, cerraban el horizonte. No había ni una sola estrella, en ninguna parte, que aportase un poco de vida, un poco de esperanza. A lo lejos, las luces de Sebastopol se borraban lentamente en la noche.

Hombres, mujeres y niños permanecían apretados unos contra otros en las cubiertas. Muchos lloraban en silencio. Muchos se abrazaban. Otros permanecían apartados, postrados en un dolor mudo. Todos experimentaban el mismo pesar, la misma angustia ante lo desconocido que se abría ante ellos y que parecía, aquella noche, negro y hostil. Cada uno de ellos, en aquel momento, se encontraba solo en su sufrimiento. Y cada uno se aferraba a cierta idea de la vida, prometiéndose que volvería, que el exilio no iba a durar. Sólo algunos sabían la verdad. Esos veían desaparecer las costas de Rusia con el corazón desgarrado. Y creían verlas aún, cuando ya no quedaban más que las olas y el agua, en el infinito. Sabían que de los miles de emigrantes que habían tenido que huir de Crimea, aquel 11 de abril de 1919, casi ninguno volvería.